

Selecta

*El amante
de Fade*



CATHERINE BROOK

El amante de Jade

Joyas de la nobleza 5

Catherine Brook

Selecta

Índice

[El amante de Jade](#)

[Sinopsis](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

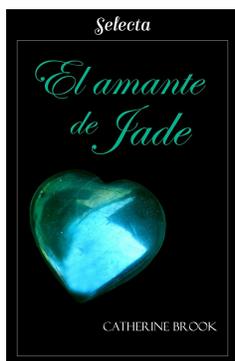
[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

Primero se negó a la propuesta escandalosa de él...

Pero poco después aceptó convertirse en su amante por dinero.



Jade Kingsley sabe que no es ni será jamás la esposa que alguien pueda desear. No es ninguna belleza. Prefiere los libros a socializar y, ¡ah, sí! tiene un zorro de mascota. Por ello, cuando una situación la exhorta a buscar dinero, en vez de empezar la búsqueda de un marido, como debería ser considerando entre los de su clase, comienza a buscar un amante. ¿Y qué mejor amante que aquel hombre que ya se lo había propuesto en una ocasión?

James no se podía creer que tuviera que abandonar Londres para evitar pasar por la vicaría, y solo porque su cuñada no podía ver a alguien soltero sin querer casarlo. Tampoco se podía creer que le hubiera hecho una propuesta indecente a la hija de un barón sin darse cuenta de que lo era. Pero nada de lo anterior era tan tremendo como lo fue la incredulidad de recibir la aceptación a esa propuesta por parte de la misma mujer que lo había rechazado en su momento.

Ser un caballero nunca fue una tarea tan difícil hasta que Jade decidió que James sería su amante. Pero él no tenía ninguna intención de ceder a ello, aunque el deseo dentro de sí se retorciese cada vez que la miraba y no se la pudiera sacar de la cabeza.

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Capítulo 1

Inglaterra, 1820

Lord James Armit caminó con tranquilidad por las calles del pueblo. Sus astutos ojos azules buscaban algo que lo pudiera entretener y lo sacara del letargo de aburrimiento al que se había sometido voluntariamente desde hacía ya unos meses.

Estando como estaba Londres en plena temporada social, era casi imperdonable que un libertino como él estuviera ahí, en el campo, buscando algo con qué matar el tiempo. Sin embargo, había sido una medida extrema que tuvo que tomar si no quería terminar ese año pasando por la vicaría; y es que su cuñada, Rowena Armit, era una celestina en toda regla. Debía ser la mayor casamentera de Londres, y tenía la firme convicción de que todo el mundo era más feliz casado; por eso, como él acababa de cumplir los veintinueve años, ya era apto para buscar una esposa que no quería.

La soltería era el bien máspreciado de todos los hombres y él no estaba dispuesto a dejarla ir tan joven. Era hijo menor y no tenía responsabilidades a su cargo, por lo que la obligación de engendrar herederos no sería necesaria, al menos que su hermano, el duque de Richmond, siguiera como hasta ahora, sin progenie.

Él no quería ser duque, eso era muy ajetreado y requería un nivel alto de responsabilidad. No se podía decir que fuera irresponsable, pero tampoco había sido preparado para semejante carga, por lo que

rogaba al Ser Divino que un día de estos la noticia de que se esperaba un heredero al ducado llegara a sus oídos, no solo por él, sino por su hermano y por su cuñada. James estaba y estaría feliz siendo lo que era hasta ahora, un inversionista con dinero suficiente para mantenerse él mismo y llevar una vida esplendorosa. Sus negocios, que por cierto había dejado abandonados por huir al campo, no le exigían tanta responsabilidad como un ducado y podía seguir con su vida alegre sin ningún problema.

Cualquiera diría que huir al campo era una medida un tanto drástica; después de todo, era un hombre adulto que podía tomar sus propias decisiones, pero el que afirmara eso no tenía una cuñada como la que él tenía. Rowena Armit era la personificación de la persistencia y no iba a descansar hasta verlo casado, como había hecho con todas sus pupilas, las Loughy. En el fondo, sentía cierto pesar por dejar a Esmeralda Loughy, a quien quería como una hermana, sola en las garras de su cuñada, pero todo fuera por la supervivencia de su soltería.

No obstante, dicha supervivencia le estaba causando un aburrimiento crónico que amenazaba con hacer flaquear su fiera determinación. Cuando había huido, lo había hecho con toda la intención de pasar ahí toda la temporada, pero, ahora, en pleno mes de abril, no estaba tan seguro de lograrlo. La tranquilidad de la propiedad solariega no era nada comparado con el bullicio de Londres y, estando como estaba lleno de entretenimiento y fiestas en esta época del año, se sentía fuera de lugar.

No es que no apreciara el campo, de hecho, se había ido ahí no solo por escapar, sino para que su tranquilidad le ayudara a pensar en otras estrategias que sirvieran para evadir a su cuñada y que no significaran su ida de Londres cada temporada, pues estaba claro que,

si hacía eso siempre, su próximo destino terminaría siendo Bedlam. Él era un hombre activo, alegre, social; estar recluso ahí, sin nadie interesante con quien hablar ni nada que hacer, solo podía significar la pérdida de su salud mental y tampoco era el caso. La caza, la práctica de tiro, montar a caballo dejaron de ser de su interés hacía días y ahora necesitaba algo más, algo que esperaba encontrar en ese pueblo.

Era mundialmente conocido que no había mejor remedio para el aburrimiento que un buen revolcón con una persona agradable de vista, pues no solo te entretenía, sino que te dejaba de un buen humor que necesitaría si quería seguir ahí hasta que encontrara una solución a su problema. El sexo era desde tiempos inmemorables el mejor remedio para casi todos los males y él estaba dispuesto a buscar a alguien que pudiera proporcionárselo. En ese pequeño pueblo tenía que haber alguna joven viuda necesitada de atención, o quizás alguna criada o doncella dispuesta a prestar sus servicios por un rato efímero de placer.

James no era arrogante ni dado a alabarse a sí mismo, pero sí sabía el efecto que causaba en las mujeres y lo que estas estarían dispuestas a hacer por meterse en su cama. Sabía, sin temor a equivocarse, que fuera cual fuera la elegida, no se haría del rogar, y eso era posiblemente lo mejor de todo, pues ahorraría tiempo y tendría sus momentos de placer lo más pronto posible.

Pasó sus ojos por el pueblo fijándose en todas y cada una de las mujeres que se encontraba. No sabría diferenciar a una casada de una soltera o viuda, pero ese no era un inconveniente que no se pudiera resolver con una simple conversación antes del flirteo.

Siguió observando, pero no pudo hacer más que suspirar ante la terrible decepción que empezaba a embargarlo. No se podía decir que las mujeres del pueblo fueran feas, pero ninguna parecía llamar su

atención. Había unas cuantas doncellas bonitas que debían trabajar en casas vecinas, pero ninguna que le despertara algún deseo. No había nadie... Sus ojos se detuvieron de repente en una hermosa cabellera negra recogida en un sencillo moño con pocas horquillas.

La portadora de tan brillante cabello era una mujer de figura esbelta y bien proporcionada, vestida con ropa algo vieja y desgastada, típica de una doncella. Estaba de espaldas hablando con el herrero en la puerta de la herrería y James no pudo distinguir bien su cara. Curioso, se acercó un poco hasta que pudo verla mejor. Se quedó sorprendido, pero no sabía bien por qué.

La mujer en sí no tenía nada fuera de lo común. Era bonita, pero acababa de ver a otras más hermosas. Sus rasgos no mostraban nada extraordinario, y no podía definir el color de sus ojos, sin embargo, seguía viéndolos como hechizado. No sabía si desprendía alguna clase de aura que captaba su interés, o tal vez era el cuerpo voluptuoso que escondía tras esos ropajes austeros, pero no podía apartar la mirada como si una fuerza desconocida lo obligara a permanecer ahí. Ella se movió un poco y pudo ver cómo fruncía el ceño, para luego poner una cara de indiscutible súplica al herrero que, después de unos segundos, asintió. Ella sonrió y James pareció no poder moverse del lugar.

Podían decir que exageraba, pero estaba seguro de que esa era la sonrisa más hermosa que había visto en su vida. Acostumbrado como estaba a sonrisas falsas y ensayadas, esa sonrisa de natural alegría, o triunfo en ese caso, lo dejó completamente desarmado. Decidido, empezó a acercarse; su búsqueda había terminado.

Jade contuvo a duras penas el impulso de abrazar al amable herrero y agradecer por su buena disposición.

Ahora que su situación estaba en estado crítico, eran pocas las personas que se atrevían a prestarle un favor sin solicitar nada a

cambio, y ella no los culpaba. El pan de cada día de la gente del pueblo era el trabajo, y nadie podía darse el lujo de brindarlo sin ninguna retribución, aunque fuera la hija de un barón quién lo pidiera; sin embargo, Jade en ese momento no se encontraba en posición de pagar a nadie, ni siquiera al herrero por unas simples herraduras que necesitaban los caballos.

Durante los últimos meses, su situación parecía ir de mal en peor, y su padre, castigado con la mala suerte, no daba un paso hacia delante. Era cierto que desde hacía más o menos cinco años su situación empezó a decaer, hasta el punto de que solo pudo tener una temporada decente en Londres, pero ahora estaba en ese momento en que la cosa era insalvable. Por más que se buscaba, no había forma de que los acreedores de su padre en Londres no vinieran a exigirle su pago y, como no lo tendrían, se lo llevarían a Marshalsea, y su madre y ella quedarían desamparadas.

Su padre no era un mal hombre, ni tampoco un mal padre, pero el pobre no tenía, en lo más mínimo, don para los negocios y siempre quiso vivir mejor de lo que la finca del baronado lo permitía. Los aristócratas, que solían tenerle aversión al trabajo, se conformaban con lo que las propiedades ligada a los títulos dieran; no obstante, su padre quería más y ahí fue donde iniciaron sus desgracias.

Cuando su hermana fallecida, Susan, fue presentada, hace ya cinco años, en sociedad, su padre, ansioso por que su hija predilecta no tuviera nada que envidiarles a las demás damas, había decidido recurrir a las inversiones para conseguir más capital, sin embargo, el resultado había sido contrario a lo imaginado. La inversión resultó pérdida y su padre entonces decidió seguir probando suerte para recuperar el capital perdido, a pesar de que Susan, de corazón tan noble, le insistía en que no era necesario. Su hermana nunca había

sido vanidosa ni necesitaba vestidos extravagantes y caros para ser feliz, además de que era todo lo hermosa que ella no era, también era buena y bondadosa, inspiraba tal aura de alegría que en su primera temporada consiguió comprometerse con el que era ahora el barón de Clifton. Por alguna de esas malas jugadas del destino, la tisis se la llevó poco antes de su matrimonio y trajo consigo más desgracias de las acumuladas.

Habiendo tenido que guardar luto por todo un año, su presentación en sociedad la tuvo a los diecinueve años y Jade en verdad se esforzó por conseguir un buen marido; nunca había creído en ideales amorosos y sabía que su familia dependía exclusivamente de ella. No obstante, su cara nunca podría haber rivalizado con la de su hermana, y los pretendientes jamás llegaron, sobre todo si se considera su mísera dote de mil libras. Fue un total y rotundo fracaso y después las cosas iban demasiado mal para pagar otra temporada. De hecho, si había sobrevivido todos esos años, era en parte por la generosidad del antiguo prometido de su hermana, que por algún motivo se había visto en la obligación de ayudarlos durante todo ese tiempo, y lo seguiría haciendo si no fuera porque ella, creyendo que ya abusaban demasiado de la generosidad del barón, armó un ardid para que este creyera que todo estaba bien, y para que su padre pensara a su vez que no los podía seguir ayudando. Sabía que había sido un acto egoísta de su parte si se consideraba su situación, pero la verdad es que no se arrepentía; Anthony Price, Barón de Clifton, no tenía por qué pagar los platos rotos de su padre.

Suspirando, se giró y empezó el camino de vuelta a casa. Cualquiera que la viera podía dar por hecho de que la familia había caído lo más bajo que podía. Su ropa había pasado de moda hace siglos y ahora estaba desgastada; la hacía parecer más una doncella que una dama. En la casa no había más criados que los necesarios y

habían vendido todo lo de valor que tenían. Estaban en la ruina total y no había nada que los pudiera sacar de ahí... Bien, Anthony los podía sacar de ahí, pero primero muerta antes que perder su orgullo y pedirle nuevamente ayuda al hombre. Sabía que la ayudaría de forma desinteresada pues, a pesar de todas las barbaries que se decían de él, era buena persona. Sin embargo, ya había hecho bastante y Jade no podía pedirle más. Lo mejor sería pensar la manera en que haría para mantener a su madre cuando su padre terminara en la cárcel.

Tan concentrada estaba en sus problemas que casi tropieza con el hombre rubio que se le interpuso en el camino. Frenando sus pies, Jade alzó la cabeza para murmurar una disculpa y casi se quedó estática de la sorpresa.

El hombre que tenía frente a sí debía ser el espécimen más apuesto que hubiera visto jamás. Tenía el típico cabello rubio de un inglés y los ojos del mismo color azul que todos, pero había algo que lo hacía ver diferente. Podía ser la apostura de sus rasgos, o lo fornido de su cuerpo, o tal vez esa sonrisa encantadora que le dirigió; no lo sabía, pero Jade se veía incapaz de moverse.

Él amplió su sonrisa como si supiera el efecto que provocaba y ella se vio obligada a reaccionar.

—Disculpe. Estaba distraída —le dijo e intentó pasar de largo, pero él le bloqueó el camino.

—No se preocupe, de hecho, venía buscándola a usted.

—¿A mí?

Jade miró al hombre con sospecha y se dio cuenta de que en realidad no lo había visto nunca. El hombre tenía toda la pinta de un aristócrata, pero eso era imposible pues las personas importantes que vivían cerca estaban en Londres disfrutando de la temporada.

—Sí, a usted. —Él volvió a sonreír y Jade dio instintivamente un paso hacia atrás—. Puede decirme su nombre.

—Yo... —Ella nunca había sido buena relacionándose, ni se diga hablando con gente extraña—. Soy la señorita Kingsley.

Era su impresión, ¿o parecía complacido cuando mencionó que era señorita? ¿Debería salir corriendo? Tal vez debió llevar a Harry consigo. «No seas exagerada, Jade», se reprendió. Estaban parados en la mitad del pueblo, él no podía hacerle nada, ¿cierto?

—Un gusto conocerla, señorita Kingsley. Yo soy... James, James Armit.

¿Armit? ¿Armit...? ¿Dónde había escuchado ese apellido?

—Un placer, señor Armit. —Jade intentó rodearle, pero él volvió a bloquearla.

Sí, debió llevarse a Harry consigo, su fiel mascota hubiera conseguido espantar al desconocido, así como posiblemente hubiera espantado a medio pueblo.

—¿Tiene prisa? —preguntó—. ¿A dónde va? Quizás pueda acompañarla.

—No —respondió Jade de inmediato y dio un paso hacia atrás. ¿Por qué tenía la impresión de que estaba en problemas?

James frunció el ceño y miró a la joven que parecía querer salir corriendo. Esa no era la respuesta que solía recibir cuando se acercaba a una mujer. Con regularidad, solían corresponderle la sonrisa y coquetearle sin pudor... ¿Sería que los años lo habían vuelto demasiado arrogante?

—¿Por qué no? —preguntó acercándose un poco y Jade consideró la posibilidad de que estuviera tratando con un loco. ¿Sería?

—Porque no lo conozco —respondió como si fuera obvio—. Ahora... ¿me dejará en paz?

Él volvió a fruncir el ceño como si su reacción lo desconcertara. Tal vez sí estaba loco. ¡Oh, Dios!, y ahora ¿qué hacía?

—Bien precisamente por eso —respondió recuperando su buen humor—. Podemos conocernos mejor. Para eso me acerqué a usted.

Jade se quedó estática y miró a ambos lados como si buscara a alguien; a James le parecía que creía que no se refería a ella.

—¿Para conocerme a mí? —Su tono de incredulidad lo desconcertó.

—Sí... Me ha llamado usted la atención, y me pregunté si no querría... pasear un rato tal vez.

Jade se encontró pensando en el tiempo que tardaría la gente en acudir en su ayuda si gritaba. El hombre era un caballero, hablaba como un caballero y vestía como un caballero, pero no parecía estar en sus cinco sentidos. Ningún hombre se acercaba a ella para conocerla mejor, pues todos ahí la conocían, y los forasteros no solían prestarle atención, ya que no era el tipo de mujer que llamaba el interés para algo serio y, después de una mala experiencia hace años, lo tenía bastante claro, además de muchos motivos para desconfiar de la persona que tenía en frente.

—Quizás pueda acompañarla a donde vaya. ¿Regresa a su trabajo o va a su casa?

Jade, que había empezado a dar unos pasos hacia atrás, se detuvo en seco al oír la palabra «trabajo».

—¿Trabajo?

Él pareció confuso con su reacción, de hecho, parecía que hablaban

dos lenguas distintas, o al menos no hablaban de lo mismo.

—Sí... ¿Dónde trabaja? ¿O solo ayuda en su casa?

Sí, definitivamente, no estaban hablando del mismo tema.

—Me temo, señor, que está confundido. Yo no trabajo en ningún lado...

—Espléndido. Así será todo más fácil.

—¿Más fácil?

Dios, debía parecer una retardada, pero es que en verdad no lograba seguir la conversación.

—Pues sí, será más sencillo vernos si no trabaja en ningún lado.

—¿Vernos? ¿Por qué habría de querer volver a verlo? —Era un hombre guapo y todo, pero no lo conocía.

Al ver su reacción desconcertada, James se percató de que había estado dando rodeos y no había hablado claramente con ella. Debió suponer que no todos podían leer entre líneas.

—Me disculpo, creo que no he sido del todo claro.

—No, no lo ha sido.

—Verá, he venido a pasar una temporada por acá y temo que estoy un poco aburrido. Me preguntaba si usted querría... ayudarme con eso. —Eso debía bastar para que entendiera, ¿no? Por su cara se dio cuenta de que no. Suspiró—. Le estoy proponiendo una aventura. Sé que no nos conocemos, pero le aseguro que no se arrepentirá —dijo y sonrió seductoramente.

Ella pudo haberse perdido en la belleza de esa sonrisa si su cerebro, no tan ingenuo como años atrás, no hubiera comprendido a qué se refería. ¿Una aventura? ¿Acaso ese hombre acababa de hacer

una propuesta indecorosa? ¿Pero quién se creía? ¡Ella era una dama! ¿Así de rápido correrían los rumores sobre su situación que los caballeros ya la creían una mujer perdida? ¿Que se creían con el derecho de hacerle propuestas indecorosas? ¡Pues no! Puede que a sus veintitrés años no tuviera esperanza alguna de matrimonio, pero jamás se rebajaría a semejante situación.

—¿Cómo se atreve? —espetó ella sin poder contener el tono de incredulidad y ofensa—. Mi padre lo retaría a duelo por mucho menos. Quítese de en medio o empiezo a gritar.

James, desconcertado, no se movió y ella lo tomó como una muestra de terquedad.

—Quítese del medio si no quiere que mi padre se entere de la ofensa que me ha hecho.

—Yo... Lamento si la he ofendido, pero no creí...

—¿No creyó que fuera a rechazarlo? —culminó ella más enojada que ofendida ahora—. Sépase que soy una dama, a pesar de todo, señor. La hija del barón de Seaford jamás se rebajará a semejante posición y puede decírselo a quien sea que le haya hecho llegar el rumor.

James pudo haber comprendido a qué se refería con «rumor» si su cerebro no hubiera dejado de funcionar en el momento en que ella dijo que era hija de un barón. ¡Hija de un barón! ¿En qué lío se había metido?

—Dios, señorita Kingsley... Yo no sabía... —Pero ella no siguió escuchando, caminó y lo dejó en medio del pueblo atontado y con muchas miradas curiosas sobre él.

«La hija de un barón», se repitió James mientras regresaba a su casa. Le hizo propuestas indecorosas a la hija de un barón. Solo

esperaba no recibir pronto a los padrinos del padre de la chica. ¿Cómo pudo haber cometido semejante error? La mujer podía vestir y parecer de clase inferior, pero su porte y su forma de hablar debieron haberle advertido que era una dama. «Puede que no hayas querido advertirlo», le reprochó su conciencia recordándole las ganas que tuvo... o, mejor dicho, que aún tenía de llevarla a la cama, aunque desconocía el porqué. Como dedujo, no era excepcionalmente hermosa, pero vaya que tenía algo que llamaba la atención, algo que, mejor sería no investigar si no quería terminar muerto. Podía ser un libertino, pero ante todo era un caballero y jamás deshonoraría a una dama ni se atrevería a decirle ese tipo de cosas. Si hubiera sabido...

Negando con la cabeza, se dijo que ya no tenía caso. Lo hecho, hecho estaba. Solo podía rezar para que ella no dijera nada y no lo metiera en un problema.

Cuando llegó a la casa, rememoró la escena más calmado y admitía que causaba un poco de gracia. Debió de quedar como un completo imbécil, pero lo que le divertía era recordar la cara ofendida de ella. Había algo de adorable en la forma en que fruncía el ceño y en las chispas de rabia que brotaban de esos ojos que ahora, sabía, eran de un oscuro verde. No era hermosa, pero sí bonita y James se encontró sin poder sacársela de la cabeza. Sabía que no podía volver a verla, pero no podía evitar recordarla. Se encontró deseando acariciar ese cabello negro que parecía tan suave, y besar con dulzura esos labios carmesí que sobresalían en su blanca piel... ¡Rayos! Debía olvidarla y lo haría. Mañana buscaría a otra que pudiera encargarse de lo que quería y el infortunado encuentro quedaría en el olvido. La señorita Kingsley quedaría en el olvido.

Capítulo 2

Jade nunca se había sentido tan indignada en su vida. En sus veintitrés años hubo muchas ocasiones en las que se sintió ofendida por algo, y algunas vaya que tenían peso, pero nunca como ahora, cuando fue confundida con una vulgar fulana. Sí, confundida, pues ahora entendía que el hombre, en realidad, desconocía que era una dama; y, aunque admitía que en parte era su culpa por su vestuario y apariencia, no podía dispensarlo por completo de responsabilidad.

Era cierto que tenía puesto el peor vestido de su armario, que no solo había pasado de moda hacía años, sino que estaba desgastado y remendado hasta más no poder. Sin embargo, tampoco iba a usar su mejor vestido para ir al pueblo. Además, en ningún momento había hecho o dicho algo que pudiera darle a entender al hombre que estaría encantada de tener una «aventura» con él, y que lo diera por supuesto la molestaba.

«Engreído», pensó mientras entraba a su casa, pero tampoco podía culparlo completamente por eso. El hombre era apuesto y, con seguridad, eran muchas las que estarían felices de prestarles sus favores. No se podía culpar porque diera por supuesto que ella también lo haría, pero tampoco podía perdonarlo por una cuestión de orgullo.

Dentro de su casa, observó con desagrado el interior.

A medida que su situación iba volviéndose más crítica, tuvieron

que recurrir a vender todo lo de valor que encontraran, por lo que los cuadros y los muebles habían desaparecido. Había tenido que dejar de usar velas de cera de abeja que desprendían un agradable olor para utilizar otras más económicas y de menor calidad. Gran parte del personal había sido despedido y solo quedaban el mayordomo, la cocinera, el ama de llaves, una doncella y como dos lacayos. Los arrendatarios empezaron a irse por el descuido en que tenía su propiedad y así los ingresos siguieron menguando. Ahora, solo se sostenían con lo poco que daba los que aún trabajaban en el campo, pero no era suficiente para mantener una casa semejante. Afuera había que hacer un arreglo en la fachada y dentro, otros arreglos más. En resumen, el lugar apenas era habitable. Jade sabía que tenía que hacer algo pronto, pero no tenía ni la más mínima idea de qué era.

Caminó por el vestíbulo y subió un corto tramo de escaleras que daban a la segunda planta. Atravesó unos cuantos pasillos y se disponía a subir hacia sus habitaciones cuando unos sollozos provenientes del salón de té de su madre la alertaron de que algo malo ocurría.

Suspirando, Jade rezó una oración para que fuera algo que tuviera solución y se encaminó hacia el pequeño salón con pase a la terraza.

—Aléjate de mí, criatura espantosa. —Oyó que mascullaba su madre entre sollozos cuando entró.

Harry, sentado a los pies de su madre, no se dejó amedrentar por el insulto, pero apenas ser percató de su presencia, corrió cojeando un poco hasta que llegó a su lado.

El zorro rojo, que no debía medir más de un metro, alzó la cabeza en su dirección y Jade lo tomó en sus manos. Ese animal era su mascota desde hacía más o menos seis años y se había presentado como su apoyo incondicional en muchas ocasiones. Jade lo había

encontrado herido en sus tierras y lo había tomado a su cuidado hasta que se recuperó, sin embargo, Harry había quedado con una ligera cojera debido a la herida que le propició algún desalmado cazador y no podría defenderse como antes en la intemperie, por lo que ella no se vio con las suficientes fuerzas para abandonarlo a su suerte. Así que, en contra de su madre y de su padre, se había quedado con el animal que, después de tomarle confianza, se había encariñado con ella y se habían vuelto inseparables. Dios sabía que después agradeció su decisión.

—Madre, ¿qué sucede?

Como respuesta, su madre soltó otro sollozo y Jade temió lo peor.

Con Harry en brazos, se sentó al lado de su madre en el sillón y esperó pacientemente a que esta hablara.

A pesar de pasar los cuarenta años, su madre aún conservaba la belleza de antaño, que la caracterizó en sus mejores tiempos, y que después había heredado su hermana Susan. Sus cabellos estaban casi completamente teñidos de blanco, pero aún se podían distinguir unos cuantos mechones rubios que habían propiciado más de una mirada. Los ojos verdes, como los de Jade, ahora cubiertos de lágrimas, todavía tenían ese brillo especial que llamaba la atención, y su rostro, a pesar de estar surcados por unas cuantas arrugas productos de la edad, todavía conservaba las facciones delicadas y despreocupadas de una dama a la que no le había tocado sufrir nada en la vida, al menos, no hasta ahora.

—Se lo van a llevar, Jade, se lo van a llevar. —Sollozó su madre intentando con desesperación detener el fluido de lágrimas con un pañuelo que estaba más que empapado.

Jade no necesitó que le explicara más, sabía muy bien a quién se

refería. Se llevarían a su padre.

—Hoy-hoy vinieron los acreedores de Londres. Di-dijeron que, si no les pagaban en una semana, lo mandarían a la cárcel. —Otro sollozo—. Oh, Jade. ¡Diez mil libras! ¡Tu padre debe diez mil libras en total! ¿Cómo se supone que conseguiremos esa cantidad en una semana? ¡Es imposible!

Sí, exactamente, era imposible. Tal parecía que solo un milagro impediría que se llevaran a su padre a la cárcel, pero a Jade no le preocupaba tanto eso como la posibilidad de qué pasaría con ellas.

Que no se malentienda, ella quería y se preocupaba por su padre, pero también sabía que era un hombre fuerte, y podía soportar una estancia en Marshalsea, siempre y cuando consiguieran pagarle una plaza de nobles; sin embargo, el problema radicaba en cómo conseguiría el dinero para la plaza y para mantener a su madre y a ella en el proceso.

El barón de Seaford solo había podido engendrar descendencia femenina y no había nadie que pudiera hacerse cargo de las tierras y del título, por lo que era cuestión de tiempo para que la situación fuese de conocimiento real y, como iba hasta ahora su mala suerte, no dudaba que el rey ordenara la sucesión del título al familiar más cercano o a alguien más apto para llevarlo. Entonces, su madre y ella quedarían desamparadas y temblaba solo de imaginar el futuro que les esperaba; su madre lo sabía y por eso no dejaba de llorar.

—Tranquilícese, madre, por favor. Encontraremos una solución.

Como respuesta solo obtuvo otro sollozo.

—He pensado que tal vez podamos mudarnos a Londres. Estoy segura de que no me será difícil encontrar un trabajo como institutriz...

—¿Trabajo?! —Su madre parecía a punto de desmayarse por la sola idea de imaginar la situación—. ¿Una hija mía trabajando como una institutriz?! ¡Eso nunca! Jamás caeremos tan bajo.

Jade suspiró. Esa era, en realidad, la única opción factible que se le ocurría, aunque tampoco es que fuera la más sencilla. Nadie contrataba a nadie sin referencias, y ella no tenía ninguna.

—Madre, por favor...

—Primero muerta antes de ver a una hija mía trabajando —masculló Lady Seaford levantándose—. Lo que tienes que hacer es casarte, eso es lo que tienes que hacer.

«Como si fuera tan sencillo», pensó Jade intentando llenarse de paciencia. Tenía veintitrés años, es decir, había sobrepasado con creces la edad casadera. Además, no podía casarse si no conseguía ningún caballero medianamente aceptable y eso solo podía hacerlo en Londres, pues ahí, los pocos que había sabían cómo era; sabían que era una mujer anodina, obsesionada con los libros, con pocos dones de socializar y además tenía un zorro de mascota. Nadie querría como esposa a una mujer semejante, y dudaba que algún caballero en Londres la quisiera, pero al menos allá se podía engañar a uno, aquí ya no. Además, ella no se quería casar. Hacía poco había descubierto que los hombres eran, en su mayoría, despreciables y hoy solo le había sido confirmada esa opinión. Su soltería era lo mejor que podía tener, podía vivir libre sin nadie que tuviera el derecho de regañarla o prohibirle algo. Podía perderse por horas en la biblioteca de su padre y olvidarse del mundo con un libro y, sobre todo, podía conservar a Harry de mascota.

Su madre, en cambio, no parecía compartir su opinión.

—¿Qué he hecho yo? ¿Qué he hecho yo para merecer esto? —se

quejó y se levantó del sillón para después salir sollozando del lugar.

—Al parecer tenemos un problema, amigo —le dijo al animal y el zorro alzó su cabeza para prestarle toda su atención—. ¿Qué va a ser de nosotros si no se me ocurre nada?

Como si quisiera darle consuelo, el animal acarició su estómago con su cabeza y Jade le acarició su pelaje. ¿Quién necesitaba un perro cuando se podía tener a un amigable zorro?

Harry se volvió a recostar tranquilo en su regazo y Jade se puso a pensar. No le quedaba mucho tiempo, tenía que pensar en algo y tenía que pensar en algo rápido. A veces era tan frustrante ser mujer. Tus opciones estaban limitadas y eran pocos los trabajos decentes que se podían conseguir; eso sin hablar de lo degradante que era que una dama de clase alta trabajara; era imperdonable y lo más bajo que alguien podía caer. Sabía que, si llegaba a conseguir trabajo de institutriz, podía olvidarse de que ella y su madre fueran saludadas por alguna patrona respetable, pues, literalmente, dejarían de existir en la alta sociedad.

Preocupada, Jade dejó a Harry en el piso y decidió ir a ver cómo estaba su padre.

El estudio de su progenitor se encontraba en la planta baja y la puerta estaba abierta cuando entró, sin embargo, el interior estaba oscuro. Las cortinas no habían sido corridas y no había ni una sola vela encendida. No obstante, Jade no necesitó ver nada para saber que su padre estaba sentado detrás de su escritorio con una botella de oporto en la mano.

—Les he fallado —dijo el hombre con voz pastosa como si hubiera sido advertido de su presencia. Aún no estaba completamente borracho, pero iba por buen camino—. No he podido darles lo que se

merecían, les he fallado y ahora todo terminará mal.

Jade suspiró e intentó armarse de paciencia. Desde que las cosas se volvieron graves hace más o menos seis meses, su padre había encontrado cierto refugio a sus penas en el alcohol. Si permanecía una semana sin beber, se podía decir que era una hazaña. El alcohol era el medio por el que el barón podía olvidarse de que estaban en una situación crítica, a punto de perderlo todo y dejar a su familia en la ruina. Jade suponía que la noticia de que sus días en libertad estaban contados habían conseguido que comenzara desde más temprano a beber.

—Padre... —Jade se internó en el estudio e intentó dar con los ojos grises de su padre en la oscuridad.

—Perdóname, hija, perdóname. Yo siempre quise lo mejor para ustedes. Yo quería que Susan se casara bien, y tú también; quería que no tuvieran nada que envidiarle a nadie. —Se oyó un sonido como el de la botella al golpear con el escritorio—. Pero he fallado.

Jade sintió pena por su padre. Era verdad que sus intenciones nunca habían sido malas, pero ellas tampoco le habían exigido más de lo que podía darles. Ese sentimiento tan destructivo como la ambición fue lo que llevó a querer más y perder, para luego intentar de forma infructuosa recuperar lo perdido y provocar, sin saberlo, su propia ruina.

—Todo saldrá bien, padre —aseguró ella intentando dar a sus palabras toda la esperanza que tenía de que en verdad todo saliera bien.

—No —aseguró él—. No saldrá bien, en una semana me mandarán a Marshalsea y no hay nada que hacer. Podrían pasar meses, incluso años hasta que pueda conseguir el dinero para sacarme. Nada saldrá

bien. Me pudriré en la cárcel y ustedes quedarán desamparadas.

—Claro que no, padre. Aún nos queda esta casa. Además, conseguiré la forma de poder pagarte el alojamiento de nobles. Todo saldrá bien.

Su padre no le respondió y Jade supo que no quería seguir discutiendo del tema. Dejándolo solo para que ahogara sus penas, ella se fue a su habitación para poder pensar.

Harry, que había encontrado el camino hasta su cuarto, la estaba esperando acostado en la cama. Jade se acostó a su lado y miró el techo de la cama.

—¿Y ahora que haremos, amigo? —le preguntó al zorro que se acercó y se acurrucó a su lado.

Como dijo antes, ser mujer suponía una serie de complicaciones a la hora de encontrar un trabajo decente. A ella no le importaba ser repudiada por una sociedad que casi no conocía, no le importaba que las damas de clase alta la miraran por debajo del hombro; solo le importaba mantener a su madre y a ella, y conseguir el dinero para sacar a su padre y a la vez poder pagar diez chelines cada semana para mantener su estancia en el alojamiento de nobles. No obstante, no podía hacer nada de eso si no conseguía dinero.

La opción más factible para alguien en su situación era encontrar un trabajo de institutriz. Era una mujer culta, con conocimientos amplios de distintos temas para enseñar a cualquier joven; sin embargo, eso no valía nada si no conseguía unas buenas referencias. Podía ir a una agencia especializada en suministrar institutrices y damas de compañía, pero sin referencias, era poco probable que alguien la contratara. También podía trabajar de dama de compañía de alguna señora; era más probable conseguir algo ahí, sin embargo,

era muy difícil que su sueldo bastara para pagar todo lo que tenía encima. En resumen, estaba en un problema y solo quedaban dos opciones: o casarse con alguien aceptable que pudiera mantenerlas a su madre y a ella a la vez que pagara la deuda de su padre, o...

Jade temblaba solo de pensar en la otra posibilidad. Si la posibilidad de que ella trabajara hacía que su madre perdiera el color, la otra opción que tenía en mente posiblemente la mataría de una apoplejía. Lo otro que tenía pensado era lo más bajo y deprimente que podía caer alguien de su posición y jamás podría volver a ver a alguien respetable a la cara si el asunto se hacía público; y es que convertirse en la amante de alguien era un atentado contra todos los principios morales con los que se regía la alta sociedad.

Ella no quería llegar tan lejos, claro que no, pero como se pintaba la situación, era la única opción factible. Ella no iba a casarse, y no solo porque fracasó en su única temporada, sino porque no quería quedar atrapada en las redes del matrimonio con alguien que creería ser su dueño. Con un amante, tendría más libertad. Podía dejarlo cuando quisiera y podría obtener una buena cantidad de dinero en poco tiempo si sabía cómo... comportarse. Era degradante y no muy diferente a la prostitución, pero también era su única salida posible.

Sabía que no era tan bonita como para inspirar propuestas de matrimonios, pero tampoco era tan ingenua como para no saber que su cuerpo y sus formas incitaban a los hombres. Lo de hoy solo había sido la segunda comprobación a ese hecho. Estaba segura de que podía encontrar a alguien, pero no tenía claro cómo lo haría, pues desconocía completamente la forma de actuar en ese tipo de situaciones.

No tenía la menor idea de cómo se comenzaba una relación ilícita ni de cómo se conseguía al caballero adecuado, menos ahí, en ese

pequeño pueblo donde todo el mundo la conocía. Además, estaba el asunto del dinero; tenía que ser alguien con suficiente dinero para resolver sus problemas, pero que a la vez que no pudiera permitirse algo mejor; es decir, el año que estuvo en Londres le bastó para enterarse de que había mujeres a las que llamaban «cortesanas» y que ofrecían favores a cambio de una cantidad sustancial de dinero. Eran mujeres experimentadas y muy hermosas con las que Jade jamás podría competir, y no solo porque no poseía una belleza despampanante como la de su hermana, sino que tampoco era descarada o coqueta por naturaleza, lo que la ponía, en línea general, en un problema.

Suspiró. ¿A quién engañaba? Se estaba enredando para nada. Ella jamás podría llamar la atención de alguien rico, y tampoco sabría cómo hacerlo. No era hermosa, ni coqueta. Era simplemente una mujer anodina, solterona y con un zorro de mascota. Nadie la querría ni como esposa ni como amante. Su única vía de escape era escribirle una carta a lord Clifton para pedirle su ayuda, pero... ¡Oh, no podía! Su orgullo prefería buscarse un amante y ganarse por sí misma el dinero a abusar de la generosidad de ese buen hombre... ¡Un momento! Podía pedirle a él que fuera su amante. Según los rumores, lord Clifton no tenía buena reputación y... No, ¿qué decía? Ella jamás podría hacer eso, y no solo porque él se negaría rotundamente, sino porque había sido el novio y el único amor de su Susan. Ella jamás podría estar con el antiguo novio de su hermana, aunque esta estuviera muerta. Tenía que pensar en otra cosa.

Pero no se le ocurría nada más; se lamentó Jade horas después viendo cómo el sol terminaba de ocultarse. No se le ocurría absolutamente nada más y el tiempo estaba corriendo. Tenía que ser lo del amante, esa era su única opción. Jade Kingsley, segunda hija de barón de Seaford, se buscaría un protector; solo debía pensar en cómo

hacerse apetecible para alguien rico y pensar a su vez en el hombre adecuado. Para su desgracia, no le estaba gustando nada la única persona que se le acababa de venir a la mente.

Capítulo 3

«Tienes que hacerlo, Jade, tienes que hacerlo».

Ya había tomado una decisión y no se podía echar para atrás. Tenía que investigar el nombre del desconocido que la había abordado ayer.

Jade no podía asegurar que esa era la mejor idea que se le pudo haber ocurrido, pero situaciones desesperadas requerían medidas desesperadas, y ella estaba desesperada.

Después de analizar el asunto por horas, se dijo que era la única opción medianamente aceptable y que tenía que intentarlo. El desconocido del día anterior era el único que pareció dispuesto a convertirla en su amante, además de que parecía tener bastante dinero y era apuesto. Era más de lo que podía pedir. El problema radicaba en dos cosas: la primera, que lo rechazó de forma fea y le advirtió que era hija de un barón, por lo que, si el hombre era un verdadero caballero, jamás la tocaría. El segundo problema era ella misma, que no se veía capaz de sacrificar su orgullo y dignidad rebajándose hasta ese punto.

No había una decisión fácil de tomar. Había pasado horas de insomnio pensando en si había una mejor solución, pero ninguna de las opciones decentes les proporcionaría los ingresos suficientes para su supervivencia y la de su padre, eso quedó claro; ni siquiera siendo institutriz ganaría suficiente para mantener a su madre, pagar diez chelines semanales del área de nobles en la cárcel y, además, ahorrar

para sacar a su padre de la prisión. Le llevaría años; más de una década de ser posible. No, esa era la única solución.

Temblaba solo de imaginar lo que diría o haría apenas tuviera noticias del desconocido y decidiera que era apto para su plan. Sus principios morales se enlazaban en una batalla contra su necesidad y tal era la indecisión que incluso había iniciado una carta a lord Clifton para pedirle ayuda; por suerte, reaccionó a tiempo y la rompió. Su hermana había muerto sin haber matrimonio y, por ende, él no era parte de la familia. Ella sí era parte de la familia y debía hacerse cargo de ella como tal, a toda costa.

Levantando la barbilla y enderezando los hombros, Jade caminó por las calles del pueblo con Harry a su lado esperando encontrar a alguien que le diera información. Llevarse a Harry consigo había sido una medida de seguridad tomada a última hora. No era que pensara que algo malo pudiera pasarle, pero la verdad es que se sentía más segura con el zorro a su lado, sentía más confianza y también nadie se atrevería a cuestionarla ni a negarle nada viendo al animal que hacía que todos dieran un paso atrás. Sinceramente, nunca entendió por qué la gente del pueblo le tenía miedo a Harry. Él era inofensivo y solo atacaba cuando se sentía en peligro, como todos, o cuando ella estaba en peligro, recordó con una mueca.

Concentrándose en su objetivo, decidió que lo mejor sería comenzar por el herrero. Estaba cerca de su puesto cuando el hombre la abordó y podía usar la excusa de que iba a agradecerle para justificar su presencia.

Se estaba volviendo loca, lo sabía si consideraba la idea de que planeaba volverse la amante de un desconocido, pero era una medida desesperada de acuerdo a la situación.

Iba por la mitad del camino cuando vio a una persona indeseada

acercase. Inmediatamente, viendo que era imposible desviarlo, su fiel animal se puso frente a ella y le sacó los dientes al recién llegado. Algunas personas jadearon ante el gesto del animal, pero el hombre no; solo dio un paso hacia atrás y le dedicó una desagradable sonrisa.

—Buenos días, señorita Kingsley.

Instintivamente Jade dio un paso hacia atrás para alejarse de la desagradable presencia. Andy Brickner era el hijo del administrador de la propiedad de los duques de Richmond que quedaba por esos lados y también era la persona más horrenda que Jade tuvo la desgracia de conocer. Era esa persona que había acabado con las ilusiones de una joven y le había enseñado por qué no siempre se debe creer en palabras bonitas.

No entendía cómo después de lo sucedido hacía unos dos años aún tenía el descaro de acercarse; pero a esas alturas debería saber que Andy no tenía moral y solo vivía para molestarla, pues su orgullo, o lo que quedaba de él, no aceptaba ser rechazado en sus viles intentos y que Harry le haya dejado una fea marca en el hombro derecho.

—Quítese del medio. Tengo cosas que hacer —espetó Jade irguiéndose en su metro sesenta y cinco de estatura.

—¿Le inoportuna acaso mi presencia, milady? —se burló.

Jade resopló. Por ser la hija de un barón, el título de «milady» no le correspondía, pero él siempre lo había usado como un medio para ganarse su camaradería y hacerla reír; ahora, solo era un medio de burla sobre todo si se consideraba su precaria situación.

Jade intentó rodearlo, pero el volvió a bloquearle el paso.

—Veo que las cosas van empeorando —dijo con satisfacción.

Jade respiró hondo y Harry dio un paso adelante. Para decir que

los animales no entendían el lenguaje humano, su fiel amigo parecía saber que la estaban insultando y se preparaba para lanzarse al ataque a la mínima señal de peligro.

—Ahora ya vistes como una sierva; no veo la hora en que termines vendiendo tus favores a un precio miserable, entonces seré yo el primero en... —La cachetada que le propinó Jade impidió que siguiera hablando.

Él la miró con odio e iba a replicar, pero Harry pareció tomar su cachetada como señal de ataque y se lanzó hacia su enemigo que tuvo que salir corriendo para no ser atacado por el zorro, que, si no tuviera una pata mala, posiblemente ya le hubiera rasgado una pierna.

Jade se quedó en medio del pueblo mirando al piso, ignorando todos los murmullos que se erigían alrededor por la escena que acababan de presenciar.

Las lágrimas amenazaban con derramarse por sus mejillas y ella tuvo que hacer un esfuerzo monumental por contenerlas. Sentía la rabia e impotencia bullir en su interior, y lo peor era que él tenía razón. ¿No era eso en lo que había terminado o iba a terminar? ¿No era rebajarse a eso lo que tenía pensado hacer al buscar información de un desconocido? Aunque se quisiera engañar, no había mucha diferencia entre ser la amante de un acaudalado hombre o ser una prostituta. Ambas vendían su cuerpo por dinero, solo que la primera se podía decir que tenía más clase. En otras palabras, sería una prostituta de buena cuna.

Respiró hondo varias veces y contuvo los sollozos. No iba a llorar, no lloraría, porque lo que iba a hacer era lo único que podía hacer para salvarse y salvarlos a todos. Puede que fuera una decisión extrema, puede que significara su ruina total, pero era lo único que podía hacer y, en realidad, aparte de su reputación y prestigio, no

tenía nada que perder y mucho que ganar. No, no lloraría y saldría adelante, que el tiempo no se detenía por sus lamentos y la situación no cambiaría si se deshacía en llanto.

Cuadrando los hombros, vio cómo Harry regresaba con la cara de impotencia de alguien a quien le daba coraje no haber conseguido su objetivo. Jade medio sonrió al verlo, aunque su sonrisa era triste, deprimida.

— ¿Está usted bien, necesita ayuda?

Ella se tensó al reconocer la voz y lo miró. Ahí estaba él, precisamente el hombre que estaba buscando puesto en bandeja de plata. Con un semblante que delataba preocupación hacia su persona y sus ojos azules que la examinaban de arriba abajo como si buscara algo que le causara malestar o algún daño infligido.

Jade intentó sonreír, pero no logró esbozar más que una mueca. Se supone que todo debía estar saliéndole bien si él había aparecido en su camino, pero por algún motivo, se sentía peor. Tal vez, en el fondo, muy en el fondo, deseó que no apareciera y así obligar a su cerebro a encontrar otra solución factible.

—Muy bien —le aseguró al ver que su intento de demostrar tranquilidad había fallado—. Gracias.

Él parecía querer decir algo más, pero en ese momento Harry llegó hasta ellos y el hombre dio un paso hacia atrás preso de asombro. Si había visto la escena, sin duda no se había dado cuenta de la participación del animal.

Su fiel amigo, desconfiado por naturaleza, pareció ver en el señor Armit su desquite por no haber podido atrapar a su objetivo y nuevamente se puso en posición de ataque. Hubiera atacado si Jade no lo hubiera reprendido.

—Harry, no. Quieto.

El zorro hizo un movimiento con su boca como si le disgustara no poder tener su desquite y atacar al humano.

—¿Es... es suyo este animal? —preguntó el señor Armit incrédulo.

Jade asintió.

—Que mascota más... interesante —dijo, pero se podía decir a su favor que no había salido corriendo, y que no parecía totalmente horrorizado, más bien curioso.

—Soy una persona original —aseguró Jade intentando iniciar una conversación.

Tenía que conocerlo más si quería llevar a cabo su plan, pero tampoco estaba segura de siquiera poder hacer eso bien.

—Ya veo... —masculló él todavía sin poder quitar la vista del animal. Pasó al menos un segundo hasta que se giró hacia ella con una encantadora sonrisa en la cara—. Me alegro de que esté bien. Creí que el hombre la molestaba.

Pues sí, le había dado una cachetada. Todo el mundo debía de estar creyendo eso.

—Un asunto sin importancia —aseguró intentando devolverle la sonrisa y esta vez consiguió mejores resultados.

«Bien, Jade», se felicitó. Al menos ya podía sonreírle, eso era algo.

—Aunque... —prosiguió ella ocurriéndosele una idea y rogando al cielo sonar convincente. No era buena mintiendo— temo que el hombre suele ser a veces un poco... insistente. Incluso me da algo de miedo regresar sola a casa.

Harry alzó la cabeza y la mirada que le dirigió bien podía decir:

«¿Y yo qué soy?».

El señor Armit se removió incómodo en su lugar y Jade se reprendió por la absurda idea. Ayer poco le faltó para cachetearlo y hoy literalmente le insinuaba que la acompañara a casa. No le extrañaría que él empezara a dudar de sus facultades mentales. Oh, si tan solo no hubiera sido tan impulsiva ayer... pero no había hablado ella, sino su orgullo. Era cierto que la idea había rondado su mente varios días antes, pero cuando se lo encontró a él todavía creía que había una posibilidad menos drástica. Hoy ya había perdido esperanza.

— Aunque no creo que moleste más por hoy — se apresuró a añadir — y por si acaso, Harry está conmigo.

Él volvió a dirigir una mirada ceñuda al zorro, como si no terminase de creérselo.

— Si lo desea, puedo hablar con él. Tengo entendido que es el hijo del administrador de mi hermano. Ahora yo me estoy quedando en su casa así que...

Pero Jade no escuchó más. Solo oyó hasta que el mencionó que era el hijo del administrador de su hermano. Entonces, él era el hermano del duque de Richmond. No era el señor Armit, sino lord James Armit.

Jade sintió que se mareaba. Ella había escuchado de él. Los cotilleos en un lugar pequeño no se hacían esperar y, aunque nunca oyó mencionar su nombre, sí recordaba lo que se decía de él. Era el hijo menor del antiguo duque y presunto heredero al ducado si el duque actual no tenía herederos. Se decía que, al contrario de lo que se esperaba de un lord, lord James se dedicaba a los negocios e inversiones y había amasado su propia fortuna, para deleite y

reproche de la sociedad. Deleite, porque representaba un buen partido, y reproche, porque era bien sabido que la sociedad sentía cierto desprecio por aquellos que se ganaban la vida con negocios e inversiones; era como si no fueran del todo dignos de estar en sus círculos. Pero claro, el dinero e influencias siempre eran lo más importante por lo que Jade dudaba de que alguien le diera la espalda a ese hombre, que, con su apostura, debía de estar rodeado de casaderas.

No sabía si sentirse esperanzada o desilusionada. Por una parte, él se adaptaba perfectamente a todo lo que buscaba e incluso sobrepasaba sus expectativas; era ideal y se había fijado en ella; pero, por otra parte, tenía el dinero y la apostura suficiente para canjearse a alguien más bonita y experimentada. Eso sin contar que sería muy difícil convencerlo después de haberle confesado su posición, pues, aunque no lo conocía, ella podía afirmar que era un caballero, y jamás se aprovecharía de ella.

Todo se complicaba; lo que debería hacer es irse a vivir, ella y su madre, con su padre a la cárcel. Eso es lo que debería hacer... pero tampoco tenía dinero para pagarse su estancia. Estaba acorralada y con el tiempo en su contra.

—No será necesario —aseguró ella no queriendo empeorar el asunto—. Creo... creo que esta vez le ha quedado claro todo. Un... —¿sería correcto decir un gusto o un placer volver a verlo?, ¿no sonaría muy falso?—. Qué bueno volver a verlo —concluyó diciendo que era solo un gesto de cortesía y pasó a su lado. Tenía que pensar en muchas cosas y tomar una decisión de acuerdo a la nueva información que tenía.

—Espere —dijo él y la sorprendió—, la acompañaré.

Jade se quedó estática un momento porque no sabía si era bueno o

no. Ella tenía que pensar.

Pero él no le dio tiempo a tomar una decisión, pues se puso a su lado y caminó con ella. En Londres caminar sola sin carabina hubiera sido impensable, pero eso era el campo y las reglas era un poco más suaves, no menos estrictas, pero si un poco más suaves. Además, ella ya era una solterona reconocida. No había nada de malo en dar un paseo con él; con suerte, la ayudaría a despejar todas sus dudas.

James no tenía la mínima idea de que estaba haciendo. Decidió acompañar a su casa a la mujer que había ofendido ayer y que lo había tenido despierto toda la noche, pero es que las palabras salieron antes de que pudiera pensar detenidamente el asunto.

Ese día había regresado al pueblo con el firme propósito de encontrar lo que no había encontrado ayer, en cambio, terminó topándose otra vez con la misma mujer, la prohibida. En otras circunstancias, no se hubiera acercado y por el bien de ambos la hubiera ignorado, pero cuando la vio discutir con el hombre y darle una cachetada, no había podido resistirse a acercarse a ella y ver si estaba bien, pues su cara después del encuentro dejaba mucho que desear. Se convenció de que solo era un acto de caballerosidad preguntar por su estado; sin embargo, no tenía cómo justificar el hecho de haber decidido a acompañarla a su casa. Tal vez más adelante podría convencerse de que solo era algo que hacía para que el hombre no la volviera a molestar.

No podía asegurar el motivo exacto por el que se produjo la pelea, pero, si leyó bien la cara de indignación de ella, se podía suponer que era uno de índole parecido al de ellos ayer. La cachetada también ayudaba a dar esa impresión. Pero la ofensa del hombre debía ser peor que la de él, pues no solo se había llevado una cachetada, claro signo de molestia absoluta, sino que la mirada de rabia e indignación

de ella daba mucho que entender.

A pesar de haber cometido el mismo error ayer, James no podía excusar el comportamiento del muchacho y le molestaba lo que hizo, aunque no supiera con exactitud qué fue. Ella vestía como una criada, sí, y no tenía la mínima idea de por qué; pero a diferencia suya, Andy debía tener suficiente tiempo en ese pueblo para saber quién era ella y no había lugar a malas interpretaciones. Si James hubiera sabido que era la hija de un barón, jamás la hubiera tratado de la manera en que lo hizo. Era un caballero y eso era más de lo que se podía decir de Andy Brickner.

James jamás había tratado con el muchacho, pero tanto su hermano como él podían dar fe de que su padre era un hombre bueno y honesto. Llevaba administrando la propiedad principal durante toda una vida y nunca había habido error alguno en las cuentas ni habían menguado las ganancias. No entendía cómo su hijo podía carecer de tales principios para insultar de esa manera a una dama... al menos que ella le hubiera dado motivos, pensó de repente, pero descartó la idea. No conocía bien a la señorita Kingsley, pero un solo encuentro le bastaba para afirmar que era una mujer con principios morales. Algo se lo aseguraba.

—¿Puedo saber el tipo de problemas que tuvo con el señor Brickner? Su padre es un buen hombre, pero no puedo afirmar lo mismo de su hijo, por lo que, si lo va a suplantar pronto en el cargo, me gustaría tener la certeza de que es una persona íntegra y no alguien capaz de ofender a una dama de tal forma que esta se viera obligada a mostrar su indignación con gestos tan fuertes como una cachetada —comentó James intentando sacar conversación y a la vez satisfacer su curiosidad.

Jade se ruborizó. No debió haberlo cacheteado delante de todo el

mundo, pero la indignación mezclada con la rabia del pasado había sido tan fuerte que no lo pudo evitar.

—Fue... un problema sin importancia, como le dije. Tal vez me excedí un poco con la cachetada.

Ella no quería defenderlo ni mucho menos, pero es que, si le explicaba el motivo de su pelea, no solo traería a colación su encuentro el día anterior, que rogaba que él olvidase lo antes posible, sino que también conseguiría encontrarse entre un probable interrogatorio incómodo sobre el tema y su relación con Andy, cosa que tampoco deseaba en lo más mínimo

—Es bueno saberlo —comentó él, pero algo en su tono le dijo que no le creía, y su mirada curiosa, escrutando su cara, se lo confirmó. Jade siguió caminando y miró al frente.

—Dígame, lord James —hizo énfasis en el «lord» como un reproche a él por no haberle dicho antes su posición—, que lo trae por aquí; tengo entendido que la temporada está en pleno apogeo en Londres.

—Sí, lo está —su tono de voz delataba cierto lamento, pareciera que sufría por no poder estar en Londres—. Puede decirse que vine aquí a escapar y a pensar en cómo escapar los años siguientes.

Jade frunció el ceño. De todas las posibles respuestas, jamás se imaginó una de esas, ¿Escapar? ¿De qué?

—Mi cuñada es la mayor casamentera de Londres —informó él sabiendo cuál era la pregunta escondida tras el ceño fruncido— y ha llegado a la conclusión de que es mi turno para conseguir esposa.

Ella tardó un momento en comprender, cuando lo hizo, soltó una pequeña risa.

—Ya entiendo, huye de ella y sus intentos casamenteros, pero ¿no está un poco grande como para que decidan casarlo? Los hombres tienen más libertad en ese aspecto, nadie puede casarlo contra su voluntad.

Él negó con la cabeza como si ella no entendiera.

—¿No ha oído usted hablar de la duquesa de Richmond? ¿No ha estado en Londres para las temporadas pasadas?

Jade intentó que un rubor de vergüenza inundara su cara. Solo habían podido costearle una temporada y no recordaba haber oído de la duquesa. Estaba muy ocupada intentando cazar un buen partido.

—Yo... prefiero la tranquilidad del campo al apogeo de Londres. Es un exilio voluntario, por decirlo de alguna forma.

En cierto punto no era una completa mentira, el campo era mejor que Londres, aunque el exilio no era voluntario sino obligatorio.

Él la miró con sus ojos azules de esa forma que parecía querer descubrir el significado oculto tras esas palabras. ¿Es que acaso podía detectar cuando alguien no estaba siendo completamente sincero? Ella no era la mejor mentirosa, pero él al menos podía disimular mejor que le creía. Procuró no verlo a los ojos.

—Ya veo... bien, en ese caso, no puede juzgarme. Cualquiera que conociera a Rowena sabría que es imposible escapar de ella; me da un poco de pena haber dejado a Esmeralda sola con ella, pero fue por mi propio bienestar.

Jade se sintió tentada de preguntar quién era Esmeralda, pero cayó para no pecar de impertinente. Todavía era muy pronto para tomarse ese tipo de confianzas. Tal vez era una hermana o una prima.

—Me disculpo por mi ignorancia, no cometeré el error de volver a

juzgar sus intenciones; después de todo, un libertino no se aleja de Londres por voluntad propia —dijo ella intentando dar un poco de humor a la situación, pero a la vez quería llevar el tema al terreno que deseaba. Funcionó.

—¿Un libertino? ¿Qué le hace pensar que soy un libertino? —preguntó él con esa sonrisa encantadora que la había dejado hipnotizada el día anterior y que reflejaba una inocencia que no poseía. Si se declarase inocente ante algún delito y obsequiara esa sonrisa y esa mirada al juez, Jade no dudaría de que sería exonerado.

—¿Es errónea mi conclusión? —replicó a su vez y él amplió la sonrisa.

—No, de hecho, ha acertado en todo. Comprenderé si desea salir corriendo en este momento para resguardar su reputación... —Él se calló como si de pronto comprendiera que había traído un tema delicado a colación.

Jade suspiró y decidió intentar hacer las cosas más sencillas.

—¿Qué le parecería si comenzamos de nuevo, lord James? Hagamos como si este fuera nuestro primer encuentro —propuso y la cara de él mostró alivio.

—Me parece una idea maravillosa, señorita Kingsley.

—Entonces hecho está. —Jade se detuvo cuando llegaron al portón de su casa y se puso frente a él para bloquearle parcialmente la vista. Observada desde lejos, la casa no mostraba un aspecto tan degradado, pero, si se ponían a ver con meticulosidad los detalles, podían llegar a una conclusión que ella no deseaba—. Es un placer haberlo conocido, lord James. Gracias por acompañarme. Le deseo un buen día.

—Lo mismo digo.

Ella se iba a girar para abrir la puerta, pero el hombre la sorprendió tomando su mano y plantándole un breve beso en ella. Al estar ambas manos desprovistas de guantes por la informalidad del paseo, el contacto fue bastante intenso y un raro cosquilleo le atravesó la piel. Fue tan extraño que Jade solo atinó a hacer una pequeña reverencia e ir lo más rápido posible hacia la casa como si necesitase refugio.

Una vez dentro, se tocó con suavidad el lugar donde los labios de él parecían haber dejado una marca permanente y suspiró como una adolescente. ¿Qué había sido eso? ¿Qué le había pasado? Esa no era una reacción propia de ella y lo mejor sería que se olvidara del asunto, ahora tenía que pensar en la mejor forma de conseguir que lord James se volviera su amante sin que el asunto resultara muy loco e inverosímil. Debido a su rechazo el día anterior, tenía la situación un poco compleja pero no imposible. Solo debía elaborar un plan, y debía hacerlo ya.

Capítulo 4

Cuando James regresó a la mansión lo primero que hizo fue ir a la casa del administrador donde seguramente encontraría a Andy. Sabía que el padre del joven trabajaba a esa hora visitando a uno de los arrendatarios, por lo que haría sencilla la tarea de hablar con el muchacho a solas.

James no se había quedado para nada convencido de la explicación que le había dado la señorita Kingsley y tampoco creía que una cachetada fuera dada por un asunto sin importancia, aunque ella hubiera afirmado haber exagerado la reacción. No conocía por completo a la mujer, pero no era difícil descifrar cuando mentía y ella, definitivamente, mentía.

Cualquiera podría decir que ese no era su asunto, pero él estaba convencido de que sí lo era, pues, si Andy llegaba en algún momento a ocupar el lugar de su padre, era su deber asegurarse de que era una persona con principios morales aceptables.

Tocó la puerta de la casa y esperó rogando que el muchacho ya hubiera regresado de su excursión al pueblo. James no quería que su administrador se enterara del asunto, así que prefería tratar el tema solo con el hijo y aprovechar su ausencia.

La suerte parecía estar de su lado, porque en ese momento la puerta fue abierta por el mismo Andy, que lo miró con disimulada sorpresa.

—Lord James, que placer tenerlo por acá.

James correspondió al saludo con una inclinación de cabeza e hizo una seña al interior preguntándole de forma silenciosa si podía pasar. Andy se hizo a un lado y lo miró con extrañeza.

—Si busca a mi padre, temo que no está. Hace su visita a los arrendatarios a esta hora.

James se sentó de forma despreocupada en uno de los sillones de la sala de estar y asintió con la cabeza.

—Lo sé, he venido a verlo a usted.

El joven Brickner se mostró sorprendido.

—Dígame, en qué puedo ayudarlo.

James se tomó su tiempo para responder, meditando sus palabras. Si algo le había enseñado ser hijo de un duque era que esperar cierto tiempo antes de hablar de un asunto importante solía provocar la total atención del receptor y a la vez inspiraba superioridad y respeto.

—Resulta, señor Brickner, que el asunto que me ha traído aquí es de índole delicada. Hoy estaba en el pueblo cuando presencié una escena bastante fuerte. Usted hablaba con, si mal no recuerdo, era la señorita Kingsley, y esta lo cacheteó como si usted le hubiera profesado la peor de las ofensas. Los motivos de la señorita Kingsley para reaccionar de manera tan... drástica me han tenido debatiendo durante el camino que tan graves fueron los motivos de su pelea. ¿Podría usted aclarármelos? Entenderá mi preocupación, ya que hablamos de una dama y no me gustaría enterarme de que ha sido molestada.

La cara del señor Brickner, de por sí blanca, bajó dos tonos al escuchar las palabras de James y, el cuerpo del hombre empezó a

moverse con nerviosismo.

—Yo... ha sido todo un malentendido —manifestó con lo que según él era un tono convincente, pero James pudo denotar una pizca de nerviosismo típico de cuando dice una mentira—. He confundido a la señorita Kingsley con alguien más y solté, sin ser mi intención, comentarios poco respetuosos. Como era de esperar, ella reaccionó ofendida.

James evaluó al hombre con esa mirada que intimidaba a los más valientes. Nuevamente, el señor Brickner se removió como quien sabe que tiene culpa y esa fue suficiente confirmación de su mentira.

—Bien —dijo James levantándose, sabiendo que no obtendría nada más, pero a la vez satisfecho de haber conseguido la confirmación de que había algo un tanto grave en el asunto; sabía que tarde o temprano averiguaría la verdad—. Me alegra que todo haya sido un malentendiendo, porque me disgustaría bastante saber que se ha ofendido a propósito a una dama y estoy seguro de que a mi hermano tampoco le caería en gracia. Como caballeros, es nuestro deber actuar de acuerdo a nuestras posibilidades; en tal caso y sin duda, no querríamos trabajando con nosotros a alguien capaz de perpetrar semejante ofensa —culminó ocultando una sonrisa cuando, de ser posible, la cara del hombre palideció más—. Que no se repita, señor Brickner. Hasta luego —dicho eso, salió del lugar con una arrogancia digna de un rey. Él no era superficial ni se afanaba en degradar a nadie, pero había ocasiones en lo que se debía dejar claro quién mandaba.

Cuando regresó a la casa principal, su mente voló irremediablemente al paseo con la señorita Kingsley y sonrió de forma inconsciente. Había sido un paseo agradable y nada incómodo, dadas las circunstancias. Por algún motivo, le alegró que la mujer no le

guardara ya rencor y comenzar de nuevo.

No podía decirse que fuera partidario de entablar amistad con jóvenes solteras, pero admitía que la señorita Kingsley podía ser una excepción. Poseía la madurez que muchas jóvenes de su edad no tenían y una serenidad que le agradaba. Daba la impresión de ser una mujer distinta a todas esas superficiales que conocía y eso le gustaba. Cuando había besado su mano, guiado por un impulso, la extraña sensación ante el simple gesto lo dejó pasmado varios segundos, pero era algo en lo que no profundizaría, pues tal vez solo había sido su imaginación. No obstante, había algo que sí sabía con seguridad, y es que había algo extraño y llamativo en la mujer, pero no podía decir con claridad qué era.

Negó con la cabeza reprendiéndose por pensar tanto en ella. Había ido dos veces al pueblo con la intención de buscar a alguien con quien pasar el rato y las dos veces había regresado sin nada, y todo por la misma persona. Por algún motivo, después de hablar con ella, las ganas de buscar a alguien más se desvanecían y eso era algo que sí le empezaba a preocupar, pero decidió no pensar más. La señorita Kingsley estaba fuera de su alcance y eso era lo único que debía recordar, pero por qué no, quizás pudieran formar una amistad.

Ya lo tenía.

A Jade se le había ocurrido el plan perfecto y solo necesitaba el valor para llevarlo a cabo, cosa que, siendo como era una persona un tanto cobarde, no era fácil de encontrar.

Después de pensarlo bien, Jade había encontrado la forma perfecta de conseguir que lord James fuera su amante sin que sonara muy descabellado después de su rechazo.

Ella era conocida por todo el pueblo por ser una solterona sin

remedio, entonces, ella le pediría a lord James que le enseñara todos esos placeres de los que había sido vedada por no ser bonita y así se convertiría en su amante, sin ningún compromiso.

Claro, existía la posibilidad de que lord James no quisiera desvirgar a una joven, pero ella buscaría la manera de convencerlo de que no había ningún compromiso y solo quería... «experimentar». ¡Sí! Esa era la palabra, «experimentar», cosa que, no era del todo mentira. Ella siempre sintió curiosidad por saber qué era eso que las mujeres del pueblo mencionaban en voz baja y luego se reían. Tenía cierta idea de cómo era, pero hasta ahora, su condición la había obligado a permanecer en la ignorancia. Ahora que no le quedaba otra opción que perder su respetabilidad, bien podía aprovecharlo y saciar su curiosidad.

El problema, solo necesitaba tener el valor para hacerlo y que la vergüenza no la consumiera en el proceso.

A pesar de tener los motivos claros y saber que era necesario, desprenderse de los principios morales aprendidos desde la cuna no era tarea fácil. No obstante, ella estaba segura de que lo conseguiría... de alguna una forma, así tuviera que imaginar a su padre en la cárcel y en la zona de comunes siendo humillado y ridiculizado por la gente que a veces solo iba a burlarse de los presos, para darse valor.

Tenía que hacerlo, y lo haría. Lo haría en la velada musical organizada por la señora Crawley a la que, por pertenecer a una familia con título, había sido invitada. Estaba segura de que, si la señora Crawley conocía la presencia de lord James en el pueblo, también lo habría invitado, principalmente porque la velada musical era para que todos conocieran los talentos musicales de su hija y así esta, a su vez, encontrara un buen partido.

Así pues, Jade se puso a memorizar los argumentos que diría para

sonar convincente y que el hombre no pensara que lo quería llevar al matrimonio por medio de una trampa. Ya estaba decidido y pronto llegaría el momento de actuar.

La casa de la señora Crawley no era tan opulenta ni grande como las mansiones pertenecientes al barón de Seaford o al duque de Richmond, que eran las principales casas del territorio; no obstante, tampoco carecía de elegancia y clase. La señora Crawley era la esposa de un terrateniente y su hija tenía la mejor dote de la región, además de que poseía una cara bonita que la llevaría a obtener un matrimonio aceptable. La familia no tenía dinero suficiente para canjearse una temporada entera en Londres, pero sí para llamar la atención de cualquier buen partido por los alrededores.

Jade se presentó en el lugar junto con su madre, llevando uno de sus mejores vestidos que, con ayuda de la única doncella que había en la casa, tuvo que remedar para que no se viera tan anticuado. Era de color lila con encaje blanco en las mangas. Se había recogido el cabello en un moño sencillo y se podía decir que había quedado bastante aceptable y nadie que la viera podía poner en duda su posición, aunque ella tenía sus recelos de lo que pensaría lord James, pues viviendo todas las temporadas en Londres, debía haber visto a damas ataviadas con los más finos ropajes, y Jade tenía miedo de que, con su simpleza, no le pareciera suficiente. Pero ya estaba decidida y lo haría.

Sentándose en una de las sillas dispuestas para la ocasión, Jade saludó a algunos conocidos y fingió prestar atención al acto que pronto comenzaría. Sin embargo, sus ojos, siempre pendientes de la llegada de alguien, esperaban ver a quien buscaba. Gracias a Dios su madre decidió sentarse en primera fila porque era fanática de ese tipo de eventos, así no le prestaría demasiada atención cuando llegara la hora de cumplir sus objetivos.

El musical comenzó con la señorita Crawley tocando una agradable canción en el piano y Jade empezó a temer que él no apareciera, después de todo ¿Qué iba a hacer un hombre como él, a todas luces enemigo del matrimonio, en un musical que tenía precisamente ese objetivo? Debió haber pensado bien el asunto antes de hacerse esperanzas. Habían pasado al menos diez minutos en los que estaba segura de que el hombre no llegaría cuando sintió ocupar el puesto a su lado y escuchar:

—Toca muy bien, aunque creo que su voz es demasiado aguda para mi gusto.

Jade giró inmediatamente la cabeza para encontrar su mirada con esa, azul cielo, que tanto había esperado. El hombre estaba incluso más apuesto que en otras ocasiones y su rubio cabello había sido peinado hacia atrás.

—Buenas noches, lord James. Qué placer verlo por acá —saludó y él sonrió.

—El placer es mío, señorita Kingsley. Ha sido una agradable sorpresa.

O no. La verdad es que, en el fondo, James sabía que la encontraría ahí e inconscientemente ese había sido el motivo por el que aceptó la invitación.

Los musicales nunca le habían llamado la atención, y menos uno donde sabía que el único motivo de su invitación era ser evaluado como posible candidato matrimonial. No obstante, aun así, había asistido y su vista se había quedado prendada de inmediato en la mujer de vestido lila sentada en una de las sillas.

James podía afirmar haber visto a mujeres más arregladas y esplendorosas que ella, pero por algún motivo ninguna le había

causado tal impacto como la mujer en ese momento. A pesar de estar vestida y arreglada de manera sencilla, el contraste con la mujer que se había topado en dos ocasiones en el pueblo era notorio. Ahora se veía como una verdadera dama y le recordaba, para su disgusto, que jamás la podría tener.

—Creo que la señorita Crawley posee una gran voz, dependiendo de gustos claro. En mi opinión también es un poco aguda, pero por la cara de fascinación de muchos —hizo un gesto disimulado señalando a los presentes— creo que les puede gustar a varios.

James asintió e intentó volver la vista al espectáculo, pero no tardó en regresarla a Jade.

—Por lo visto, no le será difícil a la señora Crawley conseguirle marido —comentó con impertinencia y ella rio.

—Me sorprende que haya venido si conocía el motivo, pero me alegra que así haya sido.

—¿Ah, sí?

—Sí. Es usted... una agradable compañía.

Jade se sorprendió de la facilidad con que le salían los diálogos y supuso que era porque, hasta ahora, no había dicho ninguna mentira.

—Usted también señorita Kingsley. ¿Ha venido sola?

—No. He venido con mi madre, pero está tan absorta que creo que se olvidará de mí por un buen rato. Cuando esto termine, posiblemente vaya a hablar con una de sus amigas y yo pasaré a segundo plano.

James frunció el ceño.

—No puede decirse entonces que su madre sea una buena

carabina. Si todas fueran así en Londres, la vida de nosotros, los caballeros, sería más sencilla.

Ella soltó una carcajada musical, pero no falsa y ensayada como la de otras señoritas, sino verdadera y pura.

—Ella confía en mí. Además, puede decirse que siempre he sido su hija más sensata.

—¿Tiene usted hermanas, entonces?

El semblante de Jade se oscureció por un momento, pero rápidamente se recompuso.

—Tenía. Murió.

James se sintió incómodo.

—Lo lamento.

Ella le dedicó una sonrisa triste.

—No hay porqué. Susan murió hace ya cinco años; el dolor ha pasado y solo queda un agradable recuerdo. Además, soy una solterona declarada. No es necesario que mi madre haga ya de carabina —comentó para aligerar la tensión.

James iba a replicar algo, pero un sonido agudo les recordó que estaban a mitad de la presentación y los obligó a callar para no llamar la atención. Cuando llegó un descanso, Jade le pidió tímidamente al hombre que la acompañara por una limonada y él accedió.

Como había supuesto, su madre se olvidó de ella y entabló conversación con unas amigas, por lo que no le supuso ningún problema conversar con lord James en una esquina alejada.

—Es extraño que una dama como usted no se haya casado aún —le comentó él tomando a su vez una copa de oporto que le había ofrecido

un mesero.

Jade se sonrojó.

—Digamos que... no soy lo que se busca en una esposa.

—¿Cómo no?

—Mi mascota es un zorro, ¿recuerda? Se imaginará ya la conjetura que sacarán. —Además no era bonita ni tenía dote, se recordó con amargura.

James admitió que en eso tenía razón, pero, vamos, todas las Loughy estaban locas y tres de ellas estaban casadas, no creía que un zorro fuera para tanto.

—He conocido a gente más excéntrica —admitió— y se casaron. Creo que usted tiene oportunidades.

Ella sonrió, pero solo consiguió imprimir una mueca.

—Se me ha pasado la edad.

—¿Cuántos años tiene? Si no es muy indiscreto de mi parte preguntar.

—Veintitrés.

Para la sociedad londinense ella estaría, efectivamente, llegando al límite de la disponibilidad matrimonial, no obstante, no significaba que fuera un caso perdido.

—No creo que sea para tanto.

Ella le quitó importancia al asunto.

—Ya yo me resigné. Además... —ella miró el piso, algo incómoda y respiró hondo. Había llegado el momento, la conversación había llegado sola al punto deseado—. El matrimonio ya no es de mi interés.

—Cosa que, en realidad, no era mentira.

—¿No? —aparte de la antigua Topacio Loughy, esa debía ser la primera vez que James escuchaba esa frase de una mujer.

—No —respondió ella y se ruborizó violentamente como si estuviera a punto de decir algo muy vergonzoso—, no lo es, sin embargo... —respiró hondo otras dos veces y miró alrededor para asegurarse de que nadie les prestaba atención— hay ciertas cosas que... que sí lamento de no haberme casado y que... —otra bocanada de aire— desearía experimentar.

El hombre frunció el ceño y ella se dijo que no había lugar a arrepentimientos. «Es por tu familia», se recordó y miró al hombre directamente a los ojos. Intentando no ruborizarse, dijo con toda la firmeza de la que fue capaz.

—Lord James, ¿su propuesta del otro día sigue en pie? Porque lo he pensado bien y he decidido que sí. Quiero ser su amante.

Capítulo 5

El que casi se le cayera la copa le dijo a Jade que el hombre estaba no asombrado, sino lo que le sigue.

Ella supuso que su propuesta lo sorprendería, pero por su expresión empezó a temer que se hubiera apresurado demasiado y arruinado todo. ¡Pero es que no tenía tiempo! ¡A su padre se lo llevarían a la cárcel en días! No tenía tiempo de pensar bien las cosas, si lo tuviera, posiblemente no hubiera dicho lo que acababa de decir.

El hombre abrió la boca, pero la volvió a cerrar como quien no sabe qué decir, cosa que, Jade creía, no le pasaba a menudo.

Los minutos que pasaron en silencio la ponían cada vez más nerviosa y sentía cómo los colores se le empezaban a subir a las mejillas. Pero ya lo había dicho y no había marcha atrás.

Al ver que él seguía sin reaccionar, y percatarse de que su madre la había empezado a buscar, Jade se apresuró a decir.

—Piénselo —pidió—, no habrá ningún compromiso. —Dicho eso, se apresuró a desaparecer.

James tardó al menos dos minutos más en salir de su asombro y, cuando lo hizo, tomó un gran trago de oporto para pasar la sorpresa.

No tenía ni idea de cómo la conversación se había desviado a ese tema, así como tampoco estaba muy claro lo que acababa de suceder. ¡Ella había aceptado su propuesta! ¡Le había dicho que sí deseaba ser

su amante! Solo había un problema: esa propuesta ya no estaba en pie, no lo estuvo desde el momento en que se enteró de que ella era una dama y, sin duda, no lo estaría en un futuro. Creía haberlo dejado bastante claro, por lo que no llegaba a comprender cómo ella suponía que estaría dispuesto a hacerla de nuevo.

Admitía que no podía catalogar su vida y acciones dignas de una futura beatificación, pero, a pesar de todo, era un hombre con principios y su educación fue la de un caballero. Jamás se le ocurriría deshonorar a una dama si no planeaba llevarla pronto al altar y la señorita Kingsley no sería la excepción.

Por otro lado, ese cambio de actitud de su parte no podía dejar de parecerle extraño. Hace dos días casi lo cachetea por su imprudencia y hoy se ofrecía, así, sin más, a vivir una aventura con él. La posibilidad de que fuera una trampa estaba patente, pero a pesar de que sabía que uno nunca debía dejarse engañar por una dulce cara, había algo en la de la señorita Kingsley que le confirmaba que ella no deseaba casarse. Tal vez fuera la vehemencia y seguridad con que se lo afirmó hace un rato, o esos ojos verdes tan dulces que gritaban ser incapaces de engañar a alguien de forma tan vil. El hecho era que James no creía que tras su aceptación hubiera motivos del todo deshonestos, pero tampoco se tragaba por completo el cuento de que quería experimentar.

Si algo había descubierto de ella en dos ocasiones anteriores, era que era una mujer con un orgullo alto que, al menos que hubiera un motivo fuerte de por medio, jamás se rebajaría a semejante posición. Sus respuestas, sus maneras e incluso su forma de ruborizarse cuando hizo el anuncio delataban una educación basada en los más estrictos principios morales. James no podía concebir que los tirara todos a la basura solo para «experimentar».

Sabía que lo mejor para su bienestar sería olvidar el asunto y mantenerse durante ese tiempo lo más alejado de ella, pero, aunque se podía decir que poseía algo de sensatez, no hizo acto de presencia en ese caso porque no haría tal cosa. La curiosidad por descubrir los verdaderos motivos que la habían llevado a eso era demasiado alta y él no era de los que se quedaban con la duda de algo. Eso sí, tenía que ir con cuidado, o puede que terminara en un gran problema.

—Señorita, lord James Armit desea verla.

Jade se envaró al escuchar la voz del mayordomo y se apresuró a levantarse del suelo e intentar estirar las arrugas de su vestido.

«¿Qué hacía él ahí?».

Claro que lo sabía, venía a darle una respuesta, pero nunca esperó que fuera tan pronto, o que se atreviera a aparecerse en su casa. Hubiese podido responder con una carta y todo hubiera sido más discreto, pero en realidad lo que le molestaba no era que hubiese ido allí, arriesgándose y arriesgándola a ella a murmuraciones; no, lo que le molestaba era que se percatara del aspecto deplorable en el que estaba su casa. Podía fácilmente llagar a una conclusión lógica y ella no quería eso, no quería que él se enterara, no aún.

Suspirando, le dijo al mayordomo que lo hiciera pasar a donde ella se encontraba, en la biblioteca, que era, por mucho, la mejor estancia de todas. No solo no estaba en tal mal estado como el resto de las habitaciones, sino que, además, ahí nadie los interrumpiría. Su madre no era lo que podía definirse como intelectual, así que muy poco pisaba ese lugar, y su padre... bien, su padre debía estar en su estudio borracho y llorando sus penas.

Se acercó a una vidriera y observó su reflejo diciéndose que lord James no podía haber llegado en peor momento. Está bien que no

fuera una venus, pero en ese preciso instante tampoco presentaba su mejor aspecto, ni siquiera podía catalogar cómo lucía de aceptable. Llevaba uno de sus vestidos más viejos y el pelo lo tenía hecho una maraña por haber estado leyendo en distintas posiciones. Decidió soltárselo y peinarlo un poco con los dedos mientras esperaba con nerviosismo la llegada del hombre.

Toda la noche se la había pasado en vela considerando si en verdad había tomado la decisión correcta, y había llegado a la misma conclusión que en las ocasiones anteriores. No había opción, y lo hecho, hecho estaba. Si él no aceptaba, o bien podía tomarlo como una señal del destino que le decía que eso no era para ella y buscar otra manera (si la encontraba) o bien podía buscarse otro hombre, que también dudaba encontrar. En realidad, lo mejor que podía hacer era intentar convencerlo de que ambos saldrían ganando, pues, en el fondo, sabía que ninguna de las opciones anteriores era viable.

Harry se colocó a su lado como si presintiera que necesitaba apoyo y lo tomó en brazos para tener en qué ocupar las manos. Respiró hondo al menos dos veces más y cuando la voz de alguien en la puerta la alertó, se giró con su expresión más controlada. Había llegado la hora.

A pesar de que aún no se acostumbraba a ver a un zorro como mascota, a James no le sorprendió tanto encontrarlo en brazos de la mujer como le sorprendió la primera impresión de la casa.

Era mundialmente conocido que para la aristocracia inglesa lo más importante eran las apariencias y demostrar en su mayor nivel la riqueza de la que eran poseedores, por ello, a James no lo pudo haber dejado más anonadado entrar en un vestíbulo casi desprovisto de decoración y caminar por pasillos alumbrados con velas de mala calidad. Eso sin contar que casi no había visto servidumbre rondar por

los pasillos y desde lejos se notaba una falta de limpieza en el lugar. Ningún aristócrata que se respetase tenía en tal estado su vivienda, a menos claro o que estuviera en la ruina, o que fuera un avaro en toda la extensión de la palabra. James no conocía al barón de Seaford, así que no podía afirmar que era una o la otra; lo que sí podía decir es que había algo extraño en todo el asunto y, si una de sus hipótesis era cierta, tendría cierta lógica la propuesta extraña acontecida la noche anterior.

Miró a la señorita Kingsley, que tenía la apariencia de alguien acabado de levantar, y contuvo una sonrisa. No presentaba su mejor aspecto y por el sonrojo que empezaba a formarse en sus mejillas, ella lo sabía.

Jade dejó al animal en uno de los muebles y se acercó para saludarlo con una torpe reverencia.

—Lord James.

—Señorita Kingsley —correspondió él con una inclinación de cabeza, no atreviéndose a tomar su mano debido a los efectos que esto pudiera traer a su manera de pensar.

—Debo suponer que su visita se debe a que ya tiene una respuesta —murmuró ella en voz baja diciéndose que no tenía sentido darle vueltas al asunto.

James no respondió de inmediato, sino que, sin invitación, se sentó en uno de los sillones frente a la chimenea y la miró tan profundamente que Jade se removió incómoda.

—En realidad, mi visita se debe a que deseo conocer los motivos que la llevaron a esa decisión cuando hace dos días casi me cachetea por ello.

Jade suspiró como quién se daba cuenta de que había sido

demasiado pensar que todo iba a ser fácil.

Sabiendo que no poseía los mejores dotes de actriz ni una habilidad nata para las mentiras, ella apartó la mirada y fingió interés en unos estantes al fondo mientras respondía:

—Ya se lo he dicho, deseo... experimentar. —Giró la cara para que el creciente rubor no la delatara y agradeció interiormente que la única luz proviniese del gran ventanal y ella estuviera alejada de él.

No se atrevió a ver su expresión, pero el silencio que siguió fue suficiente para poner sus nervios en su máxima expresión.

—Así que... —dijo James en voz baja y pausada reconsiderando sus palabras— de un día a otro decidió experimentar, pues si no me equivoco, hace dos días no tenía esa idea, la cachetada al señor Brickner es una prueba de ello.

Jade casi se echó a llorar. Eso no estaba saliendo bien, no estaba saliendo nada bien. Pero él era su única esperanza, y no podía dejarla escapar.

—Ya ve lo fuerte que son mis convicciones —ironizó—, tengo un pensamiento cambiante.

Otra vez silencio. ¿Por qué guardaba tanto silencio? ¿No podía ni siquiera considerar la idea de que cada vez que se quedaba callado ella estaba al borde de un ataque de histeria por toda la presión sometida? No, claro que no.

—Mire, señorita Kingsley...

—Jade —corrigió ella diciéndose que las formalidades estaban de más y a la vez ansiosa de posponer por unos segundos lo que él diría, que sabía, no le iba a gustar.

—¿Jade?

—Ese es mi nombre —explicó ella todavía sin mirarlo.

James frunció el ceño.

—¿Cómo la piedra preciosa?

Ella asintió.

«Me persiguen», escuchó que decía él, pero no estaba segura ni le dio mucha importancia.

—Prefiero las formalidades. —Al menos así podría recordarse a sí mismo que ella era prohibida y no podía, bajo ningún concepto, cambiar su forma de pensar—. Déjeme decirle que no le creo nada y que como mentirosa no se ganaría la vida. Ahora, dejémonos de historias absurdas y dígame de una vez por todas el motivo de tal cambio de opinión.

Jade se envaró ante tanta falta de tacto y delicadeza y se giró para fulminarlo con la mirada. ¿Por qué tenía que ponerlo todo tan difícil? ¿Por qué no responder sí o no? ¿Eran tan complicadas esas dos palabras de pronunciar?

—Es la verdad —musitó intentando imprimir convicción en su voz, pero falló de la peor manera. Su voz salió en un sonido agudo y sintió vergüenza de ella misma.

James negó con la cabeza.

—Veo que no tiene intención de decírmelo, lo mejor será que me vaya, no sé ni por qué vine.

Se paró y empezó a dirigirse a la puerta. Desesperada, al ver que su única oportunidad de salvarse se iba, Jade se abalanzó hacia él y lo retuvo con fuerza por el brazo.

—¿Por qué tiene que hacerlo todo tan difícil? —le cuestionó—.

¿Por qué simplemente no decir sí o no? Usted quería que yo fuera su amante, y yo he aceptado, tarde, pero lo he hecho. Olvídense de todo lo demás. Es mi decisión y afrontaré las consecuencias, solo necesito su veredicto. No saldrá perjudicado, le doy mi palabra.

James la miró por al menos cinco segundos y la desesperación en su cara lo asombró, a la vez que le era confirmado por una voz interior que, tras todo ese asunto, había algo más.

—No lo entiende —protestó—, no puedo. No está en mí deshonrar a una joven si no tengo pensado redimirla.

—¿Le pesaría en la conciencia? —se burló ella ya más molesta que desesperada—. ¿No se acuestan ustedes los hombres con todo lo que lleve falda? ¿Por qué entonces tendría una virgen que hacer la diferencia? ¿Por el simple hecho de ser pura? ¿No lo fueron alguna vez todas esas mujeres que, estoy segura, se ha llevado a la cama, lord James? Pero claro, en ese caso no importa porque usted no fue el responsable.

A James se le empezaron a subir los colores a la cara, y no solo por la vergüenza de admitir que ella tenía algo de razón, sino porque la rabia que lo inundaba al ver que insistía en el asunto estaba empezando a profundizarse.

—¿Pero qué no se da cuenta de que jamás podría casarse? ¿Qué pasará cuando desee hacerlo? ¿Será capaz de engañar a su futuro marido y hacerle creer que jamás ha pertenecido a otro hombre?

—Eso no será necesario porque jamás me casaré. No tema porque cambie de opinión, pues tengo las ideas muy claras desde hace tiempo.

—¿Y si se enamora? —Él no era el más romántico de los hombres, pero no negaba su existencia porque había sido testigo de varios

casos.

La mirada de ella se endureció.

—El amor no es más que una ilusión para que las jóvenes obligadas a una vida cruel puedan sobrellevarla creyendo que hay algo especial de por medio. Si existe, no creo en él, por lo que tampoco será un problema.

A él le sorprendió la veracidad con la que habló del asunto y hubiera seguido preguntando del tema si no se estuvieran desviando del original.

—De todas formas, prefiero no ser yo el responsable.

Intentó alejarse, pero Jade se lo impidió mientras pensaba qué hacer.

Estúpida virginidad y su valor en la sociedad. ¿Qué tenía de malo si una mujer había sido tocada por otro hombre antes de su marido? ¿Por qué ellas tenían que llegar puras al matrimonio y ellos no podían guardar celibato? Claro, la mujer tenía que ser el espécimen de perfección simplemente para redimir ser las causantes del pecado original. Pero los hombres, ellos si podían hacer lo que les viniera en gana.

—¿Es usted un cobarde, lord James? —lo provocó—. No me dio en un principio esa impresión.

James decidió no caer en la provocación.

—¿Y está usted loca acaso? ¿Acaso pensaba en verdad que algún caballero aceptará deshonorar a una dama sin compromiso?

No, él no, pero tenía que intentarlo.

—Estoy segura de que algunos no tendrían inconveniente. No he

pasado más de una temporada en Londres, pero me bastó para saber que no todos son lo que aparentan.

James no podía quitarle la razón, pero no se la daría en voz alta.

—Pero yo no soy uno de esos. Y le pido, por favor, que desista de esa idea absurda. —Él logró zafarse de su brazo y se puso frente a ella para encararla.

—¿Si no lo hago, qué sucederá? —retó ella y dio un paso más cerca de él dispuesta a aferrarse hasta del último gramo de valentía para lograr sus objetivos.

Él suspiró, parecía un suspiró cansado, pero pronto su expresión seria regresó y un extraño brillo iluminó su cara.

—¿Está usted segura de que podría cumplir con el papel de amante, señorita Kingsley? ¿Tiene acaso la mínima idea de lo que eso representa? —Empezó a acercarse dispuesto a intimidarla con su altura, pero ella no se movió—. ¿Sabe acaso lo que un hombre espera de una mujer que se rebaja de tal forma? ¿Sabe acaso lo que la sociedad le haría si se llegara a correr el rumor? Jamás le volverían a dirigir la palabra. Recibiría miradas de desprecio y asco y nunca más sería aceptada entre la buena sociedad. Los hombres le perderían el respeto y la tratarían como la peor de las fulanas y nunca podría remediar ese hecho. ¿Está segura de que vale arriesgarlo todo por un simple capricho?

Jade hizo un esfuerzo sobrehumano para que ni una gota de agua se asomara a sus ojos. No podía dejarle saber que tenía razón, no podía hacerle creer que la había vencido. Claro que sabía todo eso, claro que se había atormentado con ello durante horas, pero era lo único que le quedaba por hacer y lo haría.

—Soy consciente de todo ello y estoy dispuesta a asumir el riesgo

—habló y se sintió orgullosa de que su voz no temblara ni un poco, un verdadero logro ya que tenía un nudo en la garganta que debía ser del tamaño de su puño—. Ahora, ¿está usted dispuesto, lord James, a batallar con su conciencia y ceder a sus deseos? Porque me desea —se atrevió a afirmar ella aún a riesgo de que el hombre estallara en carcajadas. No tenía el mejor aspecto para mostrarse tan segura de sí misma, pero creyó que era mejor que ponerse a llorar por su falta de atractivo. Él no dijo nada y eso le dio el valor para acortar la distancia entre ambos—. Piénselo. Puedo ser una novata, pero mi capacidad para aprender es grande. ¿No le gustaría tener ese placer? Un placer que le doy a libre voluntad jurándole por lo más sagrado que no saldrá perjudicado. —Jade encontró en algún lado la fuerza para pegarse a él y sonrió para sus adentros cuando este, sorprendido, no se apartó—. Acepte, lord James. Prometo no defraudar —le dijo en un susurro y en un acto valiente, lo besó.

Jade había tenido antes el placer (o la desgracia considerando el caso) de besar a alguien. No se podía decir que fuera una experta en la materia, pero al menos tenía conocimientos suficientes para saber que al mover sus labios, él se sentiría tentado a responder. Y lo hizo, sabía que estaba luchando contra algo en su interior, pero él respondió, y no solo eso, sino que tomó el control, lo que causó dentro de ella un revuelo y que unas extrañas sensaciones la recorrieran.

Ninguno de sus besos con Andy Bickner podía tener comparación con ese. Los labios del hombre se movían contra los suyos con pasión, pero no dejaba de ser suave. Su lengua había comenzado una excursión dentro de su boca e instaba a la suya a seguirle el juego, lo que provocaba que una serie de corrientes recorrieran el cuerpo de ella y una ola de calor la atravesara.

Las piernas empezaron a fallarle y la respiración a faltarle a

medida que las sensaciones iban en aumento. Ella tuvo que sostenerse de los hombros de él para no caerse y James, ansioso por sentir ese cuerpo pegado al suyo, la estrechó contra sí.

No sabía a dónde hubiera llegado si él no se hubiera separado bruscamente. Al principio creyó que se había arrepentido, pero después se dio cuenta de que no se había separado por voluntad propia, sino porque Harry se había levantado del sillón y empezó a mordisquearle la bota hasta casi destrozarla para separarlo de su ama. James empezó a forcejear para despegarse al zorro, pero este parecía empeñado en quedarse con la pierna completa.

Jade tardó al menos medio minuto en recuperar la voz y decir:

—Harry, basta. Ven.

El zorro se apartó, pero sus ojos amarillos lo miraron con amenaza, casi diciendo: «Si le haces algo, serás mi comida».

James se apresuró a irse hacia la puerta sin decir nada, escuchando a Jade decir.

—Piénselo.

Y vaya que lo haría, él estaba seguro de que lo pensaría por mucho tiempo, pero no precisamente hablaba de la propuesta.

Capítulo 6

James maldijo su debilidad al menos una docena de veces ante de llagar a casa.

No podía creerlo, no podía creer que hubiera cedido, y no podía cree que, por un segundo, aunque fuera corto y la pasión siguiese en sus venas, se hubiera tomado en serio la posibilidad de volverla su amante. Era una locura.

Sabía que no podía atacarse tan duramente, es decir, era hombre, y el cuerpo reaccionaba por instintos. Ningún hombre, ni castrado, hubiera podido resistir a unos tentadores labios que se ofrecieron por cuenta propia. Si lo hubiese hecho, la santidad le estaría asegurada, de hecho, debería tenerla por el simple motivo de haberse detenido; aunque, recordó con ironía, eso se lo debía a un zorro que le había destrozado la bota y por poco engancha sus dientes en su piel. Había salido intacto de milagro, pero podía decirse que se lo tenía merecido.

Llegó a su casa y maldijo la hora en que la había visto. Parecía haberse convertido en una obsesión que ni siquiera ella, mostrando su peor aspecto, podía ahuyentar. Eso lo asustó porque le dejó al descubierto una especie de debilidad que desconocía y se dijo, por enésima vez, que lo mejor sería alejarse. Incluso regresar a Londres y tolerar a su tutora era más factible a seguir padeciendo lo que sea que esa mujer le provocaba. Vivir en una agonía deseando algo y no poder tenerlo no debía ser bueno para la salud, ni mental, ni física en ese caso.

Se sentó en la cama de su cuarto y empezó a desabrocharse las botas, o lo que quedaba de una de ellas. Sí, lo mejor y lo más sensato sería alejarse de ella, y no hubiese habido ningún problema si fuera una persona razonable, pero estaba claro que no lo era, porque no quería irse. No obstante, prefería pensar que no era por masoquismo, sino porque tenía gran curiosidad en descubrir los motivos de ella para ofrecerse de esa manera. James no era tonto, algo más había y tenía cierta idea de qué se trataba, solo necesitaba confirmarlo. Cuando lo hiciera entonces... bien, no tenía la menor idea de que haría cuando lo hiciera, pero eso lo descubriría en el momento.

Por ahora, solo debía resistir la tentación. Estaba seguro de que con fuerza de voluntad lo conseguiría. ¿Qué podía salir mal?

Ahora, ¿qué iba hacer?

Jade no tenía ni la mínima idea de que haría a continuación. Él la había rechazado, había respondido a su beso, pero ella sabía que su propuesta estaba rechazada. Era demasiado caballero para deshonrar a una dama, pensó con ironía, pero una parte de ella le alegró ese hecho, al menos, sabía que era una persona con principios morales.

Siguió paseando por la amplia biblioteca, como venía haciendo desde que él se fue, y dejó el libro que inútilmente había intentado continuar, en la mesa. Tenía demasiados problemas y ninguna solución. A su padre se lo llevarían a la cárcel en cuatro días y ella no tenía cómo pagar su estancia allí. No había ni siquiera nada más que vender, ya se había deshecho de todo: muebles, cuadros, las joyas de su madre. ¡Todo! Solo quedaban los libros, pero Jade no se pensaba deshacer de ellos. Si se quedaba sin su apreciado medio de distracción, enloquecería y entonces su madre tendría que ir a visitar a su padre a la cárcel y a ella al manicomio.

Respiró hondo y se dejó caer en uno de los pocos divanes que había alrededor. Todavía podía ir a buscar trabajo de institutriz a Londres. Puede que no fuera buena la paga, pero sería un trabajo decente y, con lo que ganara ahí, y lo poco que daban las tierras, mientras las tuvieran, puede que consiguiera sobrevivir y sacar a su padre algún día, muy lejano, pero algún día...

A quién engañaba. Jamás lo lograría. Necesitaba un marido rico, o un amante rico, y sabía que en realidad su única opción era la segunda, así como también era consciente de que el único candidato adecuado era el que la acaba de rechazar. Tenía que convencerlo de alguna manera, tenía que hacerlo caer, tenía que ¡seducirlo!

La idea empezó a tomar forma en su mente y fue imposible de alejar del todo, a pesar de que una parte de sí, todavía consciente, le decía que ella era una inexperta seduciendo hombres. ¡Pero es que era su única opción! Lord James le acaba de demostrar que aún la deseaba, solo necesitaba un impulso para caer, y ella se lo tenía que dar.

Una sonrisa victoriosa empezó a formarse en sus labios. Tenía que hacerlo, y no solo por su padre y su familia, sino porque, en el fondo, muy en el fondo, y aunque jamás lo admitiera en voz alta, deseaba saber si todo sería tan bueno como el beso.

—¿Estás seguro de que viene sola? —le preguntó James al mayordomo solo para asegurarse de que no había escuchado mal.

—Sí, milord, la señorita Kingsley viene sola.

James se tomó una buena cantidad de segundos para decidir la mejor forma de proceder. Sin duda, recibir a una joven soltera, sola, en su casa y a pleno día cuando cualquiera podía verla entrar era indecoroso, ahí y al otro lado del planeta, y hacerlo replantaría una

imprudencia magnánima por parte del caballero en cuestión.

Él nunca se había catalogado a sí mismo como una persona imprudente, pero vaya que tenía curiosidad por saber el motivo de la presencia de la dama en su casa, pues, aunque lo suponía y este no le hacía mucha gracia, prefería comprobarlo por sí mismo y decidir si en verdad era necesario tomar medidas tan drásticas como regresar a Londres y soportar la persecución matrimonial de su cuñada. Quizás, la señorita Kingsley solo quería disculparse por todo ese asunto y regresarle su paz mental. Solo que ¿en verdad valía la pena recibirla sola en su casa? Una cosa era que él fuera a la casa de ella, donde la gente podría suponer que la visita se recibiría con la correcta carabina de una madre o una doncella, pero ¿en la de él? La misma servidumbre podría causar murmuraciones que las desprestigiaran solo por el simple motivo de atreverse a llegar ahí sin compañía. ¿Es que no pensaba?

— ¿Ha bajado la señorita Kingsley del carruaje?

— No, milord. Mandó a preguntar primero si usted la recibiría.

— ¿Tiene algún blasón el carruaje?

— No, milord. Es un carruaje común.

James asintió, y después de considerarlo un momento, salió y le murmuró al mayordomo que él resolvería el asunto.

Una vez fuera, localizó el sencillo carruaje en la entrada y, después de echar una ojeada por los alrededores, entró en él.

— ¿Se ha vuelto loca? ¿Cómo se le ocurre...? — James calló cuando sus ojos se adaptaron a la oscuridad y pudo ver con nitidez a la mujer cuyo escote parecía a punto de salirse del corpiño.

Sus pechos plenos y bien dotados se alzaban de tal manera que

parecían querer saludarlo. James tuvo que tragar saliva y respirar hondo varias veces para poder volver a centrar la vista en sus ojos. Si le había quedado alguna esperanza de que ella deseara pedirle perdón, acababa de esfumarse, justo como quería hacer él para no enfrentarse a lo que estaba seguro, sería una dura prueba a su fuerza de voluntad.

Jade sonrió para sí cuando lo vio perder momentáneamente el control. Habían requerido interminables horas para reunir el valor de colocarse uno de los viejos vestidos de su madre e ir a verlo. El vestido era de un color azul claro, pero bastante provocativo que se ajustó con perfección a su figura; sobresalía en especial el corpiño que, al ser un poco más grande que el de su progenitora, había quedado algo ajustado.

Ella había querido morir cuando se vio en el espejo, pero todos los motivos que tantas veces se había repetido le dieron el valor para continuar. Sabía que era una locura presentarse así en la casa de él, pero, ya que de todas formas iba a arruinar su reputación, no importaba en demasía si era unos días antes o unos días después. No obstante, agradecía, en el fondo, que lord James se le ocurriera recibirla dentro del mismo carruaje, al menos las posibilidades serían menores, sobre todo si se consideraba que había decidido irse en la Berlina que muchos por los alrededores tenían.

—Bueno días, lord James —saludó con voz suave.

James suspiró con el mismo pesar de alguien que está pagando una dura condena y la miró directo a los ojos, no sin hacer mucho esfuerzo para que estos no se desviarán.

—¿Qué hace aquí, señorita Kingsley? Y... vestida así —señaló el vestido, pero intentó no desviar su mirada. Si Jade no hubiera estado tan nerviosa, se hubiera reído.

—Yo... quería hablar con usted. —Valiéndose del ingenio, Jade se inclinó con disimulo hacia adelante para provocar que sus pechos quedaran mejor posicionados a la vista de James. Este tragó nuevamente saliva, pero se forzó en concentrarse. Si hubiese sabido con lo que se iba a encontrar, no la hubiera ido a ver.

Jade no tenía ni idea de por qué unos pechos grandes causaban ese efecto en los hombres, pero sabía que lo hacían y eso era lo importante. Su dignidad y decencia protestaban con fuerza en ese momento, pero la necesidad las acalló a las dos.

—¿De qué?! —exclamó él más duro de lo que debería, pero se obligó a moderar su tono, y deseo—. Por favor, dígame si sigue con esa estúpida idea de volverse mi amante.

—¿Por qué no? —inquirió ella y después de respirar hondo se impulsó hacia el frente y colocó los brazos a ambos lados de él—. ¿Es que acaso no me deseas? —preguntó en un susurro atreviéndose a tutearlo.

La respiración de James había empezado a volverse irregular cuando la tuvo tan cerca y se vio en la necesidad de respirar hondo para no dejar salir los instintos más salvajes que le rogaban la sentara en su regazo y la besara hasta que alguno de los dos perdiera el sentido.

—Sí ¡Maldita sea! Sí, te deseo, pero no pienso volverte mi amante.

Le pareció ver que por el rostro de ella pasaba una expresión de cansancio, pero nada que no desapareciera antes de que pudiera comprobarlo.

—Ya le dije que no habrá compromiso.

—¡No es por eso! ¡Es una cuestión de honor!

—¡Al infierno el maldito honor!

Jade se sorprendió a sí misma diciendo semejante blasfemia y prometió rezar en la noche para disculparse, pero es que se empezaba a exasperar y el estrés la estaba haciendo perder el control. El tiempo iba en su contra y su solución no quería dejarse convencer. Eso acababa con los nervios de cualquiera.

—Yo sé que usted lo desea —intentó ser razonable—. No me niegue el gusto ni se lo niegue a sí mismo. Nunca lo vi como una persona amante del decoro. ¿No dijo acaso que era un libertino?

James no cayó en la pulla.

—Sí, libertino, pero no una paria sin principios, así que... —con una fuerza de voluntad que debería haberle ganado el Cielo, James la apartó y se apresuró a bajar del carruaje. Ella intentó retenerlo, pero él salió antes de que pudiera perder los sentidos.

Acababa de brincar cuando escuchó un sollozo proveniente de adentro. Por instinto se giró, pero el carruaje se puso en marcha en ese preciso instante y le fue imposible comprobar si había alucinado, o en verdad Jade Kingsley estaba llorando por su rechazo. Eso le hizo sentir mal y a la vez le despertó más curiosidad de la deseada. Averiguaría el verdadero matiz de todo ese asunto o se dejaría de llamar James Armit.

Capítulo 7

Tal vez fue cuestión de suerte, o simplemente estaba predestinado a enterarse de la verdad, pero lo cierto fue que James no necesitó emplear ningún esfuerzo para descubrir el verdadero motivo por el que la señorita Kingsley quería volverlo su amante. Un motivo que, por cierto, ya había imaginado antes.

Tres días después de la imprudente visita de la mujer a su casa, aún no habiendo ni planeado la estrategia de cómo se enteraría del fondo del asunto cuando, más rápido que la pólvora, se corrió el rumor de que el barón de Seaford acababa de ser llevado a la cárcel de deudores por deber la exorbitante cantidad de... ¿diez mil libras?, ¿quince?, ¿veinte? No estaba seguro. Habían sido muchas las versiones que llegaron a sus oídos y no tenía forma de averiguar cuál era la verdadera, pero una cosa era cierta, y era que la familia Kingsley se había quedado desamparada y con un gran peso encima de los hombros. Si no hubiese sido consciente de ese hecho, puede que le hubiese molestado el que Jade hubiera querido engañarlo de esa forma para sacarle dinero, aunque su opinión respecto a ella no había variado en absoluto.

A pesar de los verdaderos motivos que la llevaron a tomar esa decisión, y de saber que había sido por necesidad y no porque en verdad quisiera estar con él (cosa nada halagadora para su alto ego) James no la juzgaba ni la veía como una oportunista, pues tenía la certeza de que ella en realidad solo había buscado la mejor manera

para sacar a su familia del problema. Ella era transparente. Cualquier mentira que saliera de su boca era fácilmente identificable y James siempre supo que no le decía del todo la verdad. Además, admiraba el hecho de haber decidido llegar hasta ese punto cuando bien pudo haberse iniciado en la caza de un marido, que para la mujer vendría siendo la única opción viable para obtener dinero de forma decente.

Conociendo como conocía la parte más triste de ese mundo, James sabía que, como institutriz, Jade jamás hubiera podido sacar a su padre de la cárcel. Podía mantenerlo en una zona confortable ahí; podía sobrevivir con su madre, pero jamás podría obtener lo necesario para sacarlo de ahí. Tenía lo que producían las tierras, pero considerando lo que pudo observar, y se rumoreaba del estado de estas, se necesitaría mucho trabajo e inversiones para poder volverlas nuevamente productivas, cosa que a ella se le hacía imposible.

No, James no la culpaba, pero tampoco podía deshacerse del leve sentimiento de molestia, no tanto contra ella, que en parte sí, sino también contra la sociedad que obligaba a una mujer a llegar a ese punto por falta de oportunidades.

Se bajó del carruaje frente a la casa de los Kingsley sin importarle las posibles murmuraciones que esto podría causar. Tocó la puerta y esperó.

El motivo por el que estaba ahí no lo tenía muy claro, solo sabía que apenas se enteró de la noticia, ordenó preparar el carruaje y tomó marcha hacia allá. Qué le diría, no tenía ni idea, pero quería verla; algo dentro de sí necesitaba verla y comprobar que se encontraba bien. Tenía esa necesidad desde que creyó escucharla sollozar hacía tres días y solo hasta hoy se había permitido darle rienda suelta.

Lo que le estaba pasando con esa muchacha debía ser sin duda un motivo de preocupación, pero no estaba dispuesto a pensar en ello

aún. Prefería concentrarse en lo que quería y después divagaría si fue la mejor decisión o no. A veces, pensar mucho las cosas solo conseguía complicarlas más, y mucho temía que lo que fuera que le pasara con Jade Kingsley no sería la excepción.

—Dígale que en este momento no puede ser recibido —comunicó Jade al mayordomo a la vez que se limpiaba una solitaria lágrima que se había atrevido a escaparse de su férreo control y recorría su mejilla como única evidencia de su desasosiego. No podía permitirse ser débil, no en ese momento.

Agradeció interiormente que su madre estuviera lamentando sus desgracias en su habitación y no ahí para que la visita del hombre no le causara curiosidad. Si de algo no tenía ganas Jade ese día, era de verlo.

Hace tres días, cuando él salió de su carruaje después de haber cortado su propuesta de raíz, Jade había caído en uno de esos pocos estados de desesperación que solían embargarla. Ese sentimiento en el que estás tan atosigada y preocupada que tu cuerpo ya no parece resistirlo, por lo que en contra de tu voluntad manda las lágrimas como único medio de desahogo; eso había sucedido y ella estaba segura de que él la había escuchado sollozar, y hubiera entrado a averiguar si no le hubiera indicado con un golpe en el techo al cochero que avanzara.

Desde la muerte de su hermana hace ya cinco años, Jade no se había permitido soltar una sola lágrima ni dejar que nadie la viera llorar. Ni cuando fracasó en su única temporada en Londres, ni cuando iniciaron los problemas, ni siquiera el día que sucedió aquel desagradable encuentro con Andy permitió que su destrozado corazón expresara mediante lágrimas su congoja. Ese día de la conversación en el carruaje había sido una pérdida de control

momentánea que no se volvería a repetir, mucho menos en ese momento, que lo que menos necesitaba su padre en la cárcel eran dos mujeres débiles que no sabían qué hacer con su vida. Además, ella tampoco tenía ganas de recibir a aquel que le recordaría no solo lo bajo que había llegado, sino la forma horrible en la que había fracasado.

Ella siempre supo que cuando el escándalo irremediablemente estallara, él se enteraría de todo y sacaría sus propias conclusiones, pero había tenido la leve esperanza de haber llegado a su cama para ese momento y de que las cosas fueran más fáciles de manejar. No contó con que el hombre distara mucho de ser aquel caballero con la libido tan alta que apenas se controlaba y que la rechazaría de tal forma alegando honor y principios que ella juró, habían desaparecido hace años en la mayor parte de los hombres, si es que alguna vez los habían tenido.

Se dejó caer en el piso de su mayor refugio, la biblioteca; y tomó en sus brazos al animal que le ofrecía consuelo desde que inició todo, como si de alguna forma percibiera su tristeza y quisiese reducirla. Ella lo acarició distraídamente mientras pensaba.

Listo. Su mayor temor acababa de ser realizado y ahora era solo cuestión de afrontar las consecuencias con la cabeza alta. Era consciente de que su nivel en la sociedad acababa de bajar bastante, pero no le importaba; ya nada le importaba más que la forma en cómo sacar a su padre de ese lugar.

No se engañaba, que lord James fuera a verla no significaba que hubiera recapacitado sobre el asunto, todo lo contrario, Jade estaba segura de que iba a recibir un gran reproche de su parte y, como eso era lo que menos necesitaba, lo mejor sería evitarlo en la medida de lo posible y ahorrarse más humillaciones de las necesarias.

No era dada a darse por vencida, pero tampoco fanática de perseguir imposibles. Si hubiese mostrado tan solo una mínima señal de que aún había una probabilidad, ella hubiera insistido, pero rechazo más tajante no pudo haber obtenido. ¿Qué haría ahora para conseguir lo que necesitaba? No quería pensarlo aún. Deseaba, por un solo momento, paz antes de comenzar a atormentarse la cabeza buscando soluciones inexistentes. Un momento, eso era solo lo que pedía, un solo momento de paz.

Cerró los ojos y respiró hondo imaginando que todos sus problemas se solucionaban de forma milagrosa. Que el Ser Divino se apiadaba de ella y le mandaba la solución a sus males de una vez por todas sin tener que sufrir tanto, que...

Los parpados se le fueron cerrando, cediendo a la necesidad humana del sueño que se había vedado desde hacía días por los nervios. La tensión acumulada hizo acto de presencia llevando su cuerpo a sentirse pesado y agotado. Casi sin ser consciente, se recostó en el piso con el animal en la mano y se dejó llevar a los brazos de Morfeo, donde por lo menos sabía que se olvidaría de todo, por tiempo limitado, pero olvido, en fin.

Harry se escapó de sus brazos y ella utilizó las palmas para apoyar su cabeza. Sería solo un momento, solo un momento...

—No creo que ese sea un lugar muy cómodo para dormir.

Jade se sobresaltó y abrió los ojos lentamente para mirar al dueño de la voz. Debido al cansancio y a la falta de alimento le fue difícil enfocararlo y lo que pudo distinguir al principio fue solo una cabellera rubia.

Por una décima de segundo creyó que Dios se había apiadado de ella y le había mandado un ángel para ayudarla, pero no tardó en

recordar que un ángel no hubiera hablado con ese tono refunfuñón y mucho menos tenía esa mirada azul que inspiraba pecado. Poco duró en reconocer al que indirectamente era causante de parte de su tristeza.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo entraste? —Jade se levantó poco a poco para no marearse. Apenas había caído al mundo del sueño cuando él, como si no le bastara con haber arruinado su única oportunidad de salir de eso, también la devolvió a la realidad y le negó sin misericordia ese ansiado momento de paz.

James desvió su mirada ante la pregunta y su vista se fue hacia la ventana que estaba rota desde hacía meses. El padre de Jade la había destrozado en una borrachera y los fondos no estaban para gastarse en repararla, después de todo, no eran muchos los ladrones que rondaban por sus tierras (más porque no había nada de valor que robar) y jamás se imaginó que un «caballero» fuera capaz de entrar por ahí, sobre todo uno que pregonaba sobre principios y al cual le había sido negada anteriormente la entrada.

—Admito que no es una forma muy diplomática de imponer mi presencia, pero sí la mejor que se me ha ocurrido en su momento. Necesito hablar contigo.

A Jade no se le pasó por alto que él la había tuteado y no supo cómo interpretar ese acto. Tal vez solo fue algo inconsciente.

—Lo dijimos todo hace unos días. ¿Recuerdas? —replicó con sorna. Si él podía tutearla, ella también podía hacerlo.

En otra ocasión no se hubiera comportado de forma tan cortante; pero su cerebro estaba cansado y no quería terminar de procesar que el culpable en realidad no era él, que solo quiso actuar como todo un caballero y eso no era pecado; pero no estaba de humor para

recordarse a sí misma lo incapaz que era de conseguir una meta.

—No todo al parecer. ¿Por qué no me lo dijiste?

Jade bajó la cabeza presa de una vergüenza de pronto indescriptible. No quería discutir eso con él. No quería hacerle saber hasta qué punto era su desesperación, pero él ya debía suponerlo.

James se acercó a ella e intentó agacharse a su lado, pero el zorro, al cual su presencia no parecía agradaarle, se interpuso entre ellos y evitó que se sentara tan cerca como hubiera deseado. Aun así, quedó cerca para poder enfrentarla.

—Jade...

—No era un asunto que te concerniese. Ni a ti, ni a nadie.

James le dirigió una mirada tan intensa que, en otra condición, pudo haberla intimidado. Pero no ahora, no con ese estado de ánimo en donde sabía que ya no tenía nada que perder. No en ese momento, cuando ya no le importaba nada que no fuera encontrar una solución rápida y recuperar la vida de hacía unos años.

—¿Ah, no? ¿No me incumbe cuando gracias a eso es que decidiste elegirme a mí como tu fuente de salvación? ¿Como el protector que te sacaría de la ruina? —cuestionó y se reprendió por sonar más duro de lo que debería.

Ella bajó la cabeza avergonzada y él se obligó a controlar su tono.

—Podías habérmelo dicho. Yo te hubiera ayudado.

Ella esbozó una sonrisa triste, pero se atrevió a alzar la mirada.

—¿Hubieras ayudado a una desconocida cuyo padre debía casi diez mil libras? —preguntó incrédula, con ese tono del que estaba seguro de que la respuesta era negativa.

Pero se equivocaba. Él la hubiera ayudado, y no porque él fuera un alma caritativa que se apiadaba de los menos afortunados y donaba grandes cantidades de dinero a obras de beneficencia, pero la hubiera ayudado por el simple motivo de que le importaba.

Desde el primer momento en que la vio, le importó de cierta forma y, tras conocerla un poco, supo que ella le era importante. No se pondría a analizar mucho en el tema, solo sabía que la hubiera ayudado sin pedir nada a cambio. Sin necesidad de que ella hiciera semejante ofrecimiento.

—Sí, te hubiera ayudado —respondió, y lo hizo con tal convicción que ella no pudo más que quedarse sorprendida.

—Estás loco —murmuró haciéndole saber que, a pesar de su firmeza, se negaba a creerle del todo—. Por favor, déjame sola. Solo quiero estar sola.

Él no se movió.

—No tenías por qué llegar a esos extremos —continuó obviando su petición.

Ella le lanzó una mirada amarga.

—¿Ah, no? ¿Qué más podía hacer? ¿Crees que en verdad hubiera creído que un desconocido me ayudaría por el simple placer de hacerlo? ¿Crees que lo que me queda de orgullo no se hubiera rebelado ante la idea de ser el centro de pena de alguien? Puede que lo que haya elegido no fuera la mejor de las ideas, pero sí la única opción que tenía y tengo hasta ahora. Lamento haberte mentado, pero comprenderás que no era un tema que me fuera agradable mencionar.

James no llegó a escuchar la disculpa, sino que se quedó en donde ella decía que era la única opción que tenía hasta ahora. No podía pensar seguir con esa idea. No, él no permitiría que siguiera

ofreciendo sus servicios a otro. Que lo aspen si lo permitía.

—Olvídalo. No pienso permitir que te vendas de esa manera.

Ella levantó la cabeza que en algún momento había acunado entre sus brazos y rodillas y lo miró con los ojos abiertos por la sorpresa. ¿Qué no lo permitiría? ¿Pero de qué estaba hablando?

—Yo hago lo que quiera —replicó Jade que empezaba a padecer un fuerte dolor de cabeza y no tenía ganas de seguir discutiendo. Para su desgracia, él parecía tener intención de quedarse ahí hasta que el asunto quedara zanjado o, mejor dicho, hasta obtener lo que fuera que deseara.

—No —insistió con firmeza—. Yo sacaré a tu padre de la cárcel y podrán comenzar de nuevo sin tanta presión.

Y ella que creía no poder sorprenderse más en lo que quedaba de día. Se equivocó.

La afirmación del hombre la había dejado lo que le sigue a incrédula y casi juraba haber tenido una especie de alucinación auditiva producto de la desesperación. Estaba segura de que él no pudo haberle ofrecido su ayuda por el simple motivo de que no podía haber personas tan buenas en el mundo. Ella había intentado engañarlo para que pagara sus deudas, sí, pero literalmente «trabajaría» por ese dinero. Ni ella ni su familia eran pobres indigentes necesitados de caridad. Lo que quedaba de su orgullo le exigía mantener eso. Si quisiera aprovecharse de la buena voluntad de alguien de esa forma, hubiera enviado la carta al barón de Clifton.

—Olvídalo —dijo volviendo a las formalidades—, no pienso vaciar parte de sus arcas de esa forma sin nada a cambio. —Al ver que el fruncía el ceño una sonrisa melancólica se formó en sus labios—. ¿Debes pensar que soy una estúpida, cierto? Tal vez lo sea, sobre todo

considerando que no solo estoy yo sino mi familia de por medio. Puede que esté actuando de manera egoísta, pero no puedo, no puedo aprovecharme de usted de esa manera. ¡Son diez mil libras! No estamos hablando de seis peniques. Además, ni siquiera me conoce. ¿Por qué me ofrece su ayuda de esa manera?

James permitió que una pequeña sonrisa se formara en su cara. Él mismo desearía conocer la respuesta.

—No lo sé —admitió.

Jade dirigió sus ojos hacia él y esas profundidades verdes lo miraron como se mira a un ser inexistente. Como si una criatura mitológica estuviera frente a sí y quisiera observarlo el mayor tiempo posible por miedo a que desapareciera de improvisto. Había una especie de admiración y ternura mezclado en ellos que logró desarmar algo dentro de James; algo que no sabía qué tenía, ni siquiera qué era.

Ella esbozó una leve sonrisa que resaltó entre la tristeza dibujada en el resto de su rostro.

—Vaya, al parecer sí resultó ser un ángel —murmuró, pero no había ni un rastro de ironía en su voz—. De todas formas, no puedo aceptar su ayuda. —Negó con la cabeza—. No estaría bien de mi parte hacerlo. No obstante, si quiere ayudarme, permítame darle algo a cambio. Acepte mi propuesta, lord James. Así, al menos mi conciencia quedará tranquila.

—Y tu honor mancillado —añadió James quién negó con la cabeza, molesto por no haber conseguido que cediera. No era de los hombres que recibían un no por respuesta; después de todo, era el hijo de un duque. Había pocas cosas que se le negaban al hijo de un duque.

Levantándose, James la miró intentando imprimir en su rostro una expresión despreocupada, y en su voz, un tono convincente.

—Creo que estás muy cansada. Mañana podemos hablar mejor.
¿No crees?

Jade suspiró.

—¿No va a ceder de ninguna forma, cierto? —Él no respondió—. Yo tampoco, así que creo que no hay nada que hablar.

—Vendré al mediodía —informó él dirigiéndose a la ventana y haciendo oídos sordos a la respuesta de ella—. Hasta entonces.

Jade lo vio salir y tardó al menos un minuto entero en asimilar todo lo ocurrido. Cuando lo hizo, se dejó caer en el piso con un suspiro cansado.

En cierta forma estaba siendo egoísta, lo sabía. Literalmente, le habían puesto la solución a sus penurias en frente y la acababa de despachar de la forma más terca solo para conservar parte de su dignidad. Pero ¿en verdad era correcto aprovecharse así de una persona? Porque eso era lo que estaría haciendo, se estaría aprovechando de él y de su buena voluntad. Él le había ofrecido su ayuda de forma voluntaria, pero solo impulsado por el sentido del honor que no deseaba que un alma joven cayera en desgracia; porque ese debía de ser el verdadero motivo.

Jade jamás se perdonaría sacarle esa gran cantidad de dinero que ambos sabían, nunca podrían devolverle en su totalidad. No, no podía. Su familia dependía de eso, pero aun así no podía. Era demasiado, sobre todo, si hablaban de alguien que casi no conocía. Ella conseguiría la forma de sacar a los suyos adelante y, si lord James no llegaba a aceptar sus condiciones, buscaría otra forma de sobrevivir; y no había nada más que decir al respecto.

Capítulo 8

Si no lo recibía, juraba que se colaba nuevamente por la ventana y, de ser necesario, llegaba a su habitación, pero de ahí no se iba hasta obtener el resultado deseado.

Sentado en uno de los escasos muebles que adornaban el vestíbulo e indiferente a las posibles murmuraciones que pudiera causar el visitar por segundo día consecutivo a la señorita Kingsley, James esperó a que el mayordomo comprobara si la señorita «se encontraba en casa», cosa que, por supuesto, no era más que una mera expresión, pues él sabía que se encontraba, y James también; simplemente fue a verificar que Jade quisiera recibirlo o, al igual que ayer, se negara a verlo.

Cualquiera diría que esa idea suya de querer ayudarla a pesar de la negativa de ella era absurda; sin embargo, él prefería decirse que estaba evitando que un alma tan pura, como se notaba que era la de la señorita Kingsley, cayera en desgracia. Sería imperdonable que un espíritu tan bondadoso y orgulloso se amargara por las malas decisiones de su progenitor y perdiera la posibilidad de encontrar la felicidad; y aunque James admitía que por motivos desconocidos no lograba agradaarle del todo la idea de que Jade se pudiera casar y tener familia, no pensó mucho en ello y lo adjuntó a ese sentimiento de protección que sentía hacia ella, el cual, por cierto, tampoco tenía una explicación demasiado lógica.

Él siempre había poseído una mente analítica capaz de desentrañar

a fondo cualquier tema solo por el simple placer de hacerlo. Sabía con facilidad cuando algo iría bien o cuando algo no cuadraba y, en ese caso, algo no cuadraba, solo que no logró descifrar qué. Los instintos que la mujer despertaba en él pasaron de ser meramente sexuales hasta el punto de llegar a importarle su bienestar. Era ilógico, solo habían hablado un par de veces. No se conocían desde hacía más de una semana ¿y quería protegerla? Sí, quería hacerlo, y también podía darse miles de motivos que justificasen ese hecho, pero ninguno demasiado convincente para alguien acostumbrado a no mentirse a sí mismo. Si no lo creyera absurdo, debido al poco tiempo de trato, diría que se estaba enamorando.

El sentimiento no era algo que a James le causara repulsión ni nada por el estilo. Habiendo sido testigo de, hasta ahora, cuatro matrimonios que se amaban, incluyendo el de su hermano, sabía que tal sensación existía, pero no era que esperase tener la misma suerte que sus cercanos.

Era sabido por todos que, en una sociedad donde predominaba la hipocresía y la ambición, conseguir el amor de tu vida era lo mismo que querer buscar una aguja en un pajar. Si existía alguien merecedor de su amor, aún no había hecho acto de presencia y, cuando lo hiciera, puede que entonces decidiera casarse y formar una familia. Si no aparecía, bien podía vivir toda la vida soltero o simplemente buscar a alguien cuando la madurez le exigiera querer ver a sus propios hijos crecer.

El mayordomo regresó y le notificó que la señorita Kingsley se encontraba indispuesta, por lo que James, ahogando un gruñido de frustración por la necedad de la mujer, salió de la casa y, con el mayor disimulo posible, se dirigió a la ventana rota que había encontrado ayer por casualidad.

Entrar como un vulgar Ladrón a la propiedad de los Seaford no era algo que podía decirse que fuera de caballeros, pero, como justificación, era lo único que podía hacer para conseguir lo que deseaba. Era consciente de a lo que se exponía si lo descubrían, pero las posibilidades no eran muchas si consideraban el poco personal que tenía la casa.

Usando habilidades que nunca creyó que serían necesarias, James entró en la biblioteca como el otro día y examinó el lugar en busca de la mujer. Al ver que no estaba ahí, se lamentó por tener que seguir buscando por la casa. Con mucha probabilidad estaría en su habitación y, aunque escabullirse en ella sería de lo más deshonroso, se recordó que era por un bien común y tranquilizó su conciencia, por el momento.

Con sigilo y agilidad, que hubieran sorprendido a uno que otro espía de la corona, James salió del único lugar habitable de la casa y se internó por los pasillos escasos de velas intentando hacerse una idea de dónde quedarían los aposentos que él buscaba.

Subió las escaleras sin toparse con ningún criado inoportuno y, después de una rápida revisada del primer piso, decidió irse al segundo donde encontró varias habitaciones. Algunas puertas estaban cerradas con llave y James dedujo que no eran la que buscaba. Cuando se topó con la primera puerta abierta, la abrió con sigilo y metió la cabeza para espiar. Un sonoro ronquido hizo que frunciera el ceño y sus ojos se desviarán de inmediato a la cama, donde una figura regordeta se movía con inquietud en la cama y roncaba de tal forma que los rugidos de un león hubieran quedado opacados ante el sonido.

Negando con la cabeza, cerró con el mismo cuidado la puerta y siguió con las demás, hasta que llegó a otra que también estaba

abierta. Hizo el mismo procedimiento que la ocasión anterior, y esta vez los ojos ámbar del zorro, que se percataron de su presencia, le indicaron haber llegado a la habitación correcta.

—Harry, ¿qué sucede? —preguntó la dulce voz de Jade desde el interior.

Sin darle tiempo a que ella fuera a indagar por su cuenta, James entró y cerró la puerta.

Jade, sentada en su cama con su libro favorito en mano, alzó la vista ante el sonido y ahogó un jadeo al ver quién se encontraba en medio de la habitación. Tal fue su sorpresa que tardó casi un minuto entero en recordar las pocas ganas que tuvo ese día de salir del cuarto y que explicaban que, a pleno mediodía, siguiera en camisón. Rápidamente soltó el libro y se cubrió con la sábana, no sin olvidar lanzarle una mirada fulminante a la persona que había tenido el descaro de llegar hasta su cuarto. ¿Y aun así se atrevió a cuestionarla cuando ella se apareció en su casa? Al menos no se había colado en su habitación, como en este caso.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —espetó cubriéndose lo que la sábana y la posición le permitían. No se podía decir que el camisón fuera indecoroso; pues le cubría cada parte de su cuerpo, pero era viejo y la tela estaba desgastada e incolora por los lavados. Si se observaba fijamente, se daría cuenta de que dejaba vislumbrar su figura.

James tardó un momento en reaccionar de la sorpresa, pero en vez de voltearse y esperar a que ella se adecentara como debería haberlo hecho un caballero, se quedó como estaba; y no porque quisiera verla en camisón, que una parte de sí lo deseaba; sino porque quería darle una lección. ¿No se supone que ella deseaba volverse la amante de algún hombre? Una amante jamás mostraría tal exposición de pudor.

Era bueno dejárselo claro para ver si al fin la hacía desistir de la idea.

—Dije que vendría hoy a hablar contigo. No me quisiste recibir, así que he venido aquí.

—¿A mi cuarto? ¿Pero qué clase de indecencia es esa? ¿No se supone que usted es un caballero?

—¿Y no se supone que usted quería volverse una cortesana? ¿Qué clase de cortesana se preocupa por la indecencia? O, mejor dicho, ¿qué clase de cortesana oculta su cuerpo en vez de usarlo para conquistar?

Guiado por un diablillo en su interior, James se acercó a la cama y empezó a dar tirones a la sábana que ella sostenía con firmeza. «Eso no es de caballeros», le reprochó su consciencia, pero él la ignoró. Solo quería que ella reaccionara, nada más.

—¿Ha cambiado de opinión? —preguntó y el tono esperanzado en su voz hizo suspirar a James.

—No.

—Entonces lárguese —ordenó y sujetó con más fuerza su sábana al pecho—. Márchese o grito.

—¿Y quién va a venir en su ayuda? —se mofó— ¿la gran cantidad de criados a su servicio? ¿o su madre, que está roncando como una morsa a unos metros de aquí?

Jade jadeó.

—¿Ha entrado al cuarto de mi madre?

James bajó la cabeza, avergonzado.

—No precisamente... ha sido un error.

Ella resopló.

—Váyase —repitió, pero él no le hizo caso; al contrario, se sentó a un lado en su cama.

Harry, sintiendo la palpable exasperación de su señora, se acercó a James de forma amenazante y le enseñó los dientes para intimidarlo. James lo ignoró y el zorro, molesto, empezó a morder su bota.

Exasperado, James tomó al zorro del cuello dispuesto a dejarlo en el piso, pero el animal, con su instinto defensivo y desconfiando, ladeó la cabeza en un movimiento rápido y pasó los dientes de tal forma que rasgó la camisa y el frac del hombre e incluso causó una herida en su piel.

Con un gruñido, James soltó el animal y se observó la herida que empezaba a sangrar.

—Harry ¡No! —exclamó Jade al ver que el animal se iba a acercar de nuevo y, olvidándose del pudor, soltó la sábana y atravesó la cama hasta llegar a él para observar la herida—. Oh, Dios. Lo lamento. Él no quiso hacerlo —lo disculpó—. En realidad, es su culpa —acusó.

—¿Mi culpa? —cuestionó atónito.

—Sí, no debió contradecirme. Harry me es leal.

—¿Entonces esta criatura va a atacar a todo aquel que no ceda a sus deseos?! —inquirió en un tono de voz más alto que el razonable.

—Él se lo advirtió cuando le mordió la bota. Usted lo agarró y eso lo puso a la defensiva. Los zorros son muy desconfiados.

James blasfemó en voz baja y Jade se acercó a su armario. Sacando una de sus enaguas más viejas, rasgó un pedazo y lo remojó en una palangana de agua que tenía a la mano. Luego, se agachó frente al hombre y con cuidado subió la tela hasta dejar al descubierto la herida.

—Es solo un rasguño —informó después de examinarla y colocó la tela mojada con agua sobre ella. Él protestó por el ardor y ella sonrió —. Yo creía que los hombres eran más valientes. Resultaron ser más llorones que nosotras

Atacado en su orgullo, él no dijo más mientras ella le limpiaba el brazo. Al finalizar, tomó otro trozo de tela de donde había salido el primero y la envolvió con cuidado.

Él la observó mientras trabajaba y no pudo hacer más que quedarse maravillado ante lo que veía. El cabello de ella estaba despeinado por haber estado acostada y lo llevaba recogido en una trenza que le llegaba casi hasta la cintura. Sus ojos verdes estaban concentrados en el trabajo y su boca formaba una línea recta de severa concentración. Bajó un poco más la vista y contuvo la respiración cuando logró ver, a través de la tela traslúcida del camisón, unos pechos plenos cuyos pezones se marcaban en el fino algodón.

El impulso de bajar las manos y acariciarlo fue tan fuerte que James no supo cómo logró controlarse para no ceder. Ella terminó y, ajena al tumulto de deseo que le había provocado una simple vista, levantó la mirada y sonrió.

—Ya está —informó levantándose.

—Gracias —murmuró él pestañeando como si así pudiera disipar la onda de deseo que lo había recorrido.

Jade sonrió.

—Digamos que era mi deber, después de lo que Harry hizo. Ahora, lo mejor será que...

—¿Jade? ¿Estás despierta? Necesito hablar contigo —habló lady Seaford desde la puerta tocando con fuerza. Jade no necesitó mucho más para saber que estaban en un apuro.

Capítulo 9

Jade jadeó al escuchar la voz de su madre y miró a James como quién ve al producto de una travesura que salió mal y está a punto de ser descubierta.

Su madre tocó la puerta con más fuerza y Jade supo que en cualquier momento entraría, de ser necesario, a despertarla.

Se metió la mano a la boca y mordió sus uñas desesperada, hasta que le vino la iluminación divina y, agarrando la mano de James, tiró de él hasta esconderlo en el armario, justo en el momento en que la puerta se abría de un golpe.

Estrujándose los ojos con los dedos, dando la apariencia de quien se acababa de levantar, Jade miró a su madre con el vivo rostro de alguien que no estaba haciendo nada fuera de lo común.

— ¿Qué sucede, madre?

— ¿Estabas dormida? ¿A esta hora? Tú siempre te levantas temprano.

Jade se encogió de hombros y observó cómo lady Seaford se internaba en la habitación y se dejaba caer en la silla del tocador. Aún llevaba puesto el camisón, signo de que se acababa de levantar, y Jade agradeció no haber reunido fuerza suficiente para cambiarse, de haberlo hecho, hubiera tenido que explicar su tardanza al abrir la puerta.

—Ayer fue un día muy duro —explicó—. Estaba cansada.

Su madre asintió con expresión solemne y se abanicó con la mano mientras decía en tono dramático.

—Oh, Dios, no me lo recuerdes. Todavía no puedo creer que estemos pasando por esto. De eso te quería hablar, Jade ¡Tienes que casarte!

Jade suspiró y lanzó una mirada fugaz al armario. Su madre había tenido que elegir justo ese momento para tener la tan tocada conversación. ¿Qué pensaría lord James?

Ese tema lo había tratado en incontables ocasiones, y la mujer, a pesar de saber que sus posibilidades no eran altas, no perdía la esperanza, ahora menos que nunca, cuando las cosas habían empeorado.

Ella se había pasado gran parte de la noche anterior pensando en el asunto hasta que el cansancio la venció. Sabía que el tiempo era demasiado valioso para perderlo buscando una solución, pero tampoco podía hacer nada sin esta.

Reconsideró la idea de aceptar la ayuda del hombre que ahora tenía escondido, pero la descartó de la misma manera que descartó la carta que pensó nuevamente en enviarle al barón de Clifton. ¿Qué responsabilidad tenían esos hombres con su familia si no eran nada suyo? Ella no podía aprovecharse de esa manera de su generosidad. Si pudiera devolverles el dinero, quizás lo haría, pero sabía que jamás podría pagar esa cantidad, al menos, no en varios años. Por ello, su cerebro debía encontrar otra cosa que hacer, pero deseaba prolongar lo más que pudiera ese momento. Deseaba no pensar en ellos por un corto período de tiempo, aunque fuera para reunir suficiente cordura para afrontar el resto.

—Madre, ya hemos hablado de este asunto, yo...

—Sí, ya sé. No te quieres casar. No hay nadie que se fije en ti. ¡Pero es tu culpa! Si fueras más femenina, más coqueta. Si no andarás todo el día entre libros ni tuvieras a ese horrendo animal de mascota — lanzó una mirada de desprecio al zorro— podría haber alguien que pasara por alto tu poco atractivo y se casara contigo. Oh, si fueras más como mi querida Susan —se lamentó—. Ella sí estuvo a punto de casarse con un buen hombre. Un barón, como su padre.

Jade blanqueó los ojos. Hacía años que las comparaciones con su hermana habían dejado de molestarla, principalmente, porque sabía que tenían razón. No era bonita ni muy femenina, pero era como era y no pensaba cambiar ni creía poder hacerlo del todo. Era su naturaleza. Para la desgracia de sus padres, había nacido defectuosa.

—Madre, encontraré la manera de sacarnos de esta situación.

—¿Cómo? —preguntó su madre con voz agria— espero que no sigas con esa absurda idea de volverte institutriz. Sería lo que faltaba para acabar en la deshonra total.

Si su madre supiera lo que en verdad había pensado y hecho para conseguir el dinero, se moriría de una apoplejía en ese mismo momento. Para su suerte, la mujer ni lo sospechaba y, mientras de Jade dependiera, no lo haría jamás.

—Madre —repitió Jade armándose de paciencia—, tiene que entender que...

—Nada, no tengo que entender nada —masculló la mujer—. Te tienes que casar, y te tienes que casar con alguien que pueda mantenernos bien y sacar a tu padre de la cárcel.

Jade blanqueó los ojos. ¿Qué hombre querría casarse con ella ahora que se divulgó la noticia de su quiebra? Para la sociedad, literalmente,

no existían.

—¿Y dónde se supone que conseguiré a ese hombre, madre? — preguntó sin dejar pasar el tono irónico—. No recuerdo que haya un pretendiente tan favorable por estos lares. Tampoco tenemos dinero para una temporada en Londres. Ni para pagar el hospedaje, me atrevería a afirmar.

Su madre la miró con un adusto gesto de reproche y molestia.

—No me faltes el respeto —ordenó la mujer—. Yo solo quiero tu bienestar —se quejó con tono lastimero—. ¿Pero que habré hecho yo en esta vida para merecer semejante situación? Mi querida Susan muerta, mi marido preso, y la única que tiene la solución en sus manos es una egoísta que solo piensa en ella y no en su pobre madre.

Jade bajó la cabeza avergonzada ante el reproche porque muy en el fondo sabía que tenía razón. ¿No tenía acaso la solución en sus manos? Sin embargo, también estaba el asunto de que, si aceptaba el dinero de lord James, ¿cómo le explicaría a su madre la forma en que lo había conseguido? Decirle que él se ofreció a ayudarla suscitaba sospechas que, con mucha probabilidad, derivarían en un interés del hombre hacia ella. No era algo tan grave si sabía cómo manejarse, pero sí podía culminar en demasiados rumores mal intencionados cuando el hombre se fuera y no hubiera ningún compromiso de por medio. Incluso podía llegar a la conclusión de que entregó sus favores a cambio del dinero, cosa que no estaría muy lejos de la verdad. Pero nadie, absolutamente nadie, creería que había sido un acto de buena voluntad nada más.

Mientras se preguntaba si valía la pena tantas murmuraciones por salvar a su familia, su madre continuó el discurso de la hija desagradecida que le había tocado y se lamentó unas cuantas veces más de su mala suerte. Cuando al fin se marchó, exigiéndole que fuera

pensando en un hombre adecuado, Jade casi se había olvidado del que tenía escondido en su armario si no fuera porque Harry miraba con lo que más se asemejaba a un ceño fruncido la puerta de este.

Rápidamente se apresuró a abrirla y un incómodo James salió intentando tomar aire.

—Por fin. Creí que moriría de asfixia mientras esperaba que tu madre se fuera.

Jade se negó a avergonzarse. Nadie lo mandó a escabullirse en su cuarto.

—Te lo tenías merecido —afirmó—. Ahora, será mejor que te vayas...

James, quién parecía ser de esos hombres que escuchaba solo aquello que le convenía, hizo caso omiso de su intento de correrlo y se dejó caer en la silla que hacía poco había abandonado su madre. Era un canapé pequeño y femenino que se veía bastante cómico siendo usado por alguien de la contextura del hombre.

—Todavía tenemos una conversación pendiente —recordó con voz un tanto dura.

Estaba molesto, pero no porque casi moría asfixiado en el armario, sino porque escuchó con claridad todos los insultos sin paragón que le lanzó la madre de Jade a esta. Oírla cómo la comparaba con su difunta hija le había hecho hervir la sangre y crispado bastante. Él no había conocido a la tal Susan, pero estaba seguro de que Jade no debía tener nada que envidiarle. No conforme con eso, la mujer había llamado sin pudor a su hija fea y extraña y casi la había acusado de su situación actual.

Si no había salido a decirle unas cuantas verdades a lady Seaford, era porque la sensatez había hecho acto de presencia y le había

impedido cometer una locura, pero ganas no le faltaron. Era inaudito que una madre hiciera tales comparaciones con sus hijas y degradara a una de ellas de tal forma solo por ser diferente. Le había molestado bastante su conducta, así como le había enfurecido saber que Jade estuvo a punto de caer en desgracia solo por salvar a esa familia que no la apreciaba, aunque ella no lo supiera.

La miró nuevamente y vio que esta había empezado un vaivén por la habitación. Su camisón le quedaba algo corto y dejaba traslucir la piel suave de sus tobillos, pero James, para no perder otra vez la cabeza, hizo caso omiso de ese detalle y se fijó en su cara.

Su carnosa boca rosada tenía un rictus pensativo y sus ojos revelaban el debate interno que se estaba llevando a cabo en ese momento. No había que ser un genio para adivinar que estaba rememorando las palabras de su madre y buscando la mejor manera de proceder.

Cualquiera que hubiera escuchado lo que él había oído, hubiera emprendido la huida solo por si la joven en verdad tomaba en cuenta la idea y deseara casarlo. Pero James no lo hizo por dos motivos: el primero, porque tenía la certeza de que ella jamás se valdría de una treta semejante. Si algo le había quedado claro en los pocos encuentros que habían tenido, es que la mujer poseía más honor que muchos de los caballeros, y jugar sucio no estaba en sus planes. Antes, prefería sacrificar su buen nombre y su futuro que usar una de las tretas más antiguas del mundo para casar marido. Ero era algo que admiraba y respetaba.

El segundo motivo por el que no salió corriendo era que la idea ya no se le tornaba tan desagradable como debió haberle parecido. Era extraño, pero para declararse a sí mismo un soltero empedernido, amante de la vida y de la libertad, la palabra «matrimonio» había

dejado de surtir el mismo efecto que antes o, mejor dicho, la palabra «matrimonio» seguida de «Jade» hacía que las cosas se vieran diferentes. Era loco y absurdo, pero James tenía la sensación de que los sentimientos hacia ella iban más allá de lo normal. ¿Cómo si no explicaba esa necesidad de protegerla y de defenderla de todo daño? Podía tener muchas justificaciones, entre las cuales podía encontrarse haberse enamorado.

Como se había planteado hacía poco, no era ajeno al sentimiento, pero sí tenía que protestar si se consideraba que apenas conocía a la mujer desde hacía una semana. ¿Nadie se enamoraba en ese tiempo? ¿O sí? Esmeralda Loughy, fiel defensora del amor, solía decir que el sentimiento llegaba de improvisto y una vez encontrada a la persona ideal, recorría el cuerpo y el alma de manera tan rápida como el veneno de una víbora, solo que, según sus propias palabras, no había remedio que pudiera deshacerlo.

No había creído eso en su totalidad, pero ¿no le había contado su hermano que se había enamorado a primera vista de su mujer? ¿Sería eso posible?

Recordó el desagrado que sintió al imaginársela casándose con otro hombre y dedujo que, si bien podían tratarse de celos, también podía ser causa de una imaginación creativa como la suya y él solo estuviera divagando por terrenos equivocados.

Ella se paró de pronto en seco frente a él y James se vio incapaz de apartar la mirada, como si de una atracción magnética se tratase.

—Yo... yo debería aceptar su ayuda —murmuró Jade en voz baja como si pronunciar esas palabras le hubiera costado un trabajo memorable—. Debería dejar de ser egoísta y hacerlo por mis padres, servirles de algo por primera vez en la vida.

Esas palabras dichas con sentimiento escondido lo hicieron enojar hasta el punto de querer retractar su ofrecimiento de ayuda a esa familia que siempre la había dejado a ella en un segundo plano, como si tenerla consigo fuera más un castigo que una bendición. Sin embargo, ya le había dado su palabra a Jade y, si lograba convencerla de aceptar su ayuda, no sería él quién se echara para atrás, aunque el recelo de dejarla viviendo con esa familia que la tenía en tan poca estima era mucho. Puede que Jade no fuera una beldad inglesa, y sus costumbres distaran mucho de ser normales en una joven, pero tenía algo que las demás no y era esa capacidad de amar hasta el punto de sacrificarse por los seres queridos. No escatimaba a la hora de buscar una solución para su situación y cualquier precio a pagar en un futuro resultaría mínimo. Eso era algo que no podía dejar de admirar y, en su opinión, su familia no la merecía.

Lo peor era que ella parecía haber escuchado esas frases de su madre tantas veces que tenía convicción de ello, pues el tono en que lo mencionó delataba su resignación sobre el tema.

Él estuvo a punto de protestar, pero ella continuó sin darle oportunidad.

—Pero tampoco estoy segura de que eso sea lo mejor —prosiguió y se colocó una mano en el dedo—. ¿Cómo justificaría ante mi madre y los demás haber obtenido semejante cantidad de dinero?

—De la misma forma que hubieras justificado la obtención del que ganarías si te hubieras vuelto mi amante —dijo suavemente.

—Es distinto —replicó—. Yo no pensaba que me darías el dinero de un día para otro. Creí que lo podría conseguir en un par de meses... ¡No sé! Tampoco estoy muy segura de cómo funciona eso.

James contuvo una sonrisa. No, claro que no lo estaba. Sería lo

mismo que pedir que una paloma blanca e inocente supiera desgarrar carne como los buitres.

—Ya...

En cierta forma, ella tenía razón. Sería difícil justificar ante la gente y ante su madre el recibimiento de una cantidad de dinero alta. Decirles que un desconocido quería ayudarlas solo significaría un sinfín de rumores que sabría Dios en dónde pararían. No obstante, si ella estuvo dispuesta a arriesgar su reputación y su buen nombre volviéndose su amante, dudaba que unas cuantas murmuraciones pudieran con ella. James sentía que solo buscaba excusas para rechazar su ayuda y no sentirse mal por ello.

Jade comenzó a pasear de nuevo por la habitación sintiéndose la peor hija del mundo. ¿Por qué no decir que sí? ¿Por qué no dejar su orgullo a un lado y dejar que el hombre hiciese lo que deseaba? Simple, porque no quería aprovecharse de su buen corazón ni deseaba que su familia lo viese en un futuro como una tabla de salvación en caso de haber problemas. Además, en el fondo, muy en el fondo, Jade quería ganarse ese dinero, y no solo para demostrarse a sí misma que no era del todo inútil, sino también porque aquel beso la había dejado ansiando placeres que una señorita no debería conocer.

—Hagamos un trato —propuso Jade—. Yo aceptaré el dinero e inventaré una procedencia creíble, pero... pero usted dejará que yo se lo pague.

James suspiró con el mismo ímpetu de alguien cansado de discutir lo mismo y miró a Jade a los ojos, ojos llenos de anhelo y esperanza. Entonces, todo quedó claro.

Ella no rechazaba su propuesta solo por orgullo, o porque no quisiera aprovecharse de una persona buena, que en parte sí. La

rechazaba porque llevaba años sintiéndose menospreciada y la necesidad de sentir haber hecho algo era más fuerte que el sentido común.

De pronto, unas ganas de abrazarla y decirle lo especial que era se apoderaron de él de tal forma que se asustó. ¿Qué era eso? ¿Por qué esa necesidad de hacerla sentir bien? ¿Sería cierto que lo que ella le inspiró en un principio era más que deseo carnal y atracción? No lo sabía, así como tampoco supo lo que lo impulsó a decir las siguientes palabras.

—Está bien, pero mejor hagámoslo de la siguiente manera. Yo te doy el dinero, y tú te casas conmigo.

Capítulo 10

Jade parpadeó una, dos, tres veces antes de negar con la cabeza y decidir que había sufrido de una alucinación auditiva. Sin duda, él no había podido haber dicho eso y ella solo estaba volviéndose loca por todos los problemas que tenía encima. Pero, si era eso ¿por qué el la veía con cara de alguien que espera una respuesta?

Si no fuera capaz de afirmar que lo conocía lo suficiente para decir que no era el tipo de personas que jugaban cruelmente con los sentimientos de los demás, Jade hubiera creído que se trataba de una broma de mal gusto; solo que no era el caso, y ella, masoquista, hubiera deseado que lo fuera, pues de serlo, lo que se diría a continuación sería desarrollado de forma más sencilla.

— ¿Se ha vuelto loco? —le preguntó incapaz de decir otra cosa.

Era muy probable, pensó James quien todavía no daba crédito a las palabras que salieron de su boca. ¿Matrimonio? ¿Le había pedido matrimonio a una mujer que conocía desde hacía apenas una semana? Si eso no se calificaba como locura, no sabía qué podía serlo.

Lo correcto, sensato y cuerdo sería buscar la forma de salir del embrollo en el que él mismo se acababa de meter, pero no dijo nada, solo esperó a que ella dijera algo más. Como pensó antes, la idea de la palabra «matrimonio» no se le antojaba tan mala cuando de ella se trataba y, si lo veía desde otro punto de vista, casado podría regresar a Londres sin tener que preocuparse por el acoso de su cuñada y todas

aquellas féminas que usasen vestido y tuvieran entre dieciocho y veinticinco años.

En pocas palabras, puede que la propuesta no resultase tan alocada como en un principio pudo creer. Sobre todo, si se consideraba que podría tenerla en su cama sin remordimiento de conciencia, además de liberarla a ella de una familia que, por lo visto, no le tenía mucho aprecio. Sí, todos ganaban.

Al ver que ella solo atinó a mirarlo muda de asombro, él argumentó.

—Piénsalo, si te casas conmigo, no será necesario inventar una excusa para justificar el dinero y harías feliz a tu madre.

Jade negó con la cabeza y lo miró como si se planteara seriamente su nivel de cordura.

—Y tú ¿qué ganarías con ello?

James dudó un momento antes de responder. Sin duda no podía decirle que le tenía la cabeza hecha un lío desde que la conoció, por lo que decidió darle la misma razón que se había dado a sí mismo hacía poco para justificar esa locura.

—Podré regresar a Londres y mi cuñada no me perseguirá más, ni ella ni todas las jóvenes solteras de Londres.

Ella lo analizó y a él le dio la impresión de que esos ojos verdes podían descubrir cualquier mentira que saliese de su boca solo con mirarlo a los ojos.

—Eso no es verdad —declaró y James se sorprendió por ver confirmadas sus sospechas. Él no era mal mentiroso, ¿entonces como...?—. Creo que lo que quieres es acostarte conmigo sin remordimiento de conciencia.

Él se avergonzó al ver descubierta otra de sus razones secretas y el bochorno debió hacerse notar, porque ella negó con la cabeza como quién sabe que tiene la razón y él otro está errado.

—No es necesario el matrimonio para eso... —Se sonrojó un poco pero luego sacudió la cabeza y lo miró con decisión—. Él único que se pone barreras eres tú mismo.

A James le molestó que siguiera con el tema de ser su amante y se empeñara en rebajarse a sí misma de esa forma.

—Puede ser. Pero yo prefiero el matrimonio y no logro concebir el porqué tú prefieres ser mi amante teniendo la posibilidad de ser mi esposa. ¿Qué clase de mujer preferiría eso?

Jade formó una sonrisa un tanto melancólica.

—Una anormal como yo, creo.

—Tú no eres anormal —afirmó.

—Entonces usted tiene un raro concepto de la normalidad si es lo que cree.

Bueno, él se había criado con cuatro mujeres que distaban mucho de ser las perfectas señoritas de sociedad; no era de extrañar que la costumbre de vivir con ellas y sobrevivir a sus extrañas cenas hubiera propiciado que su concepto de lo «normal» fuera más extenso que el de otros. No obstante, no pensaba permitir que ella se viese a sí misma como un bicho raro.

—Soy más liberal de pensamiento, pero nos desviamos del tema. Esta es la mejor solución para ambos, deje de pensar tanto en el asunto.

Presintiendo una larga conversación, Jade se fue a sentar en la cama y lo miró desde ahí.

—Yo no me quiero casar, nunca. Se lo mencioné en una ocasión.

James hizo memoria y recordó que ella lo había mencionado en la velada musical de la señora Crawley, pero creyó que había sido una exageración de parte de ella, que le serviría de apoyo para la tonta idea de volverse su amante. Debió saber que la convicción con que lo dijo no era poca para ser tomado como una exageración de su parte.

¿Por qué no querría casarse? ¿Habría simplemente perdido las esperanzas o existía otro asunto detrás de esa actitud? Debía ser lo segundo, pues de ser lo primero no estaría rechazándolo en ese momento.

—¿Por qué? —cuestionó queriendo salir de dudas.

Pero ella no respondió. Bajó la cabeza y miró al piso como si hubiera algo muy interesante en él. Pasó al menos un minuto antes de que dijera:

—No está entre mis deseos —murmuró al final en voz tan baja que James apenas la escuchó.

Quiso seguir interrogándola, pero, por su tono, sabía que desviaría cualquier intento de su parte. Así pues, decidió mejor intentar convencerla.

—¿Y está en tus deseos volverte la amante de un hombre? —interrogó—. ¡Por el amor de Dios! Piensa bien en el asunto.

—El que debe pensar bien en el asunto es usted —se empecinó—. ¿Qué no se da cuenta de que el matrimonio es una decisión demasiado seria para ser tomada a la ligera? —James pensó que ella se llevaría bien con Zafiro, esa era su frase favorita—. Querer acostarse con una persona no es motivo suficiente. Tarde o temprano se arrepentirá y ambos terminaremos infelices. Entonces, la culpable seré yo —culminó sin darse cuenta de que, para James, acababa de admitir

más de lo que debía.

—¿Tú? ¿Por qué serías tú la culpable si el de la idea he sido yo?

Jade se dio cuenta entonces del error cometido y miró sus manos que jugaban nerviosas con el borde del camisón.

—Pues... tienes razón, que tontería he dicho. Todo sería tu culpa. —Levantó la cabeza al terminar de hablar—. Pero de igual forma, terminaríamos siendo infelices.

A James no le engañó ese cambio de actitud, pero decidió no desviar la conversación a otros temas no tan relevantes.

—Te aseguro que suelo tomar decisiones acertadas en todo momento, por lo que...

—Nada —interrumpió ella con una firmeza sorprendente—. Está claro que usted hoy no está bien. La falta de oxígeno en el armario debió haberlo afectado. Lo mejor será que se vaya antes de que alguien nos descubra aquí. —Ella se levantó y se dirigió hacia él, le tomó la mano y tiró de ella para instarlo a levantarse. James lo hizo, pero solo porque sabía que no podía quedarse infinitamente ahí. Quería casarse, pero no de esa forma.

—Al menos dime que lo pensarás —pidió él dirigiéndose a la puerta.

Ella suspiró.

—No cambiaré de opinión. Si quiere acostarse conmigo, solo tiene que decirlo y podemos idear otra clase de trato.

Él cerró los puños para evitar zarandearla por su terquedad.

—Sabes que, creo que hoy tampoco estás bien. En unos días quizás...

—No cambiaré de opinión —aseguró ella—. Y, si tú no lo haces, será mejor no volver a vernos. Yo veo cómo me las arreglaré. —Abrió la puerta y, aprovechando su incredulidad, lo sacó afuera y la volvió a cerrar en su cara, por lo que no le dejó otra opción que irse antes de que alguien lo descubriera.

Refunfuñado, James regresó a su casa pensando en si hubiera sido mucho pedir que el destino pusiera en su camino a mujeres normales y no a varios pares de locas que parecían haber sido sacadas de otro mundo. Primero, su cuñada, luego, las pupilas de esta, y ahora ella. ¿Qué clase de mujer en su sano juicio rechaza una propuesta de matrimonio que podía salvarla de la ruina? Puede que no hubiese sido la forma más romántica de proponérselo, pero dadas las circunstancias, eso le parecía irrelevante.

Negó con la cabeza a la vez que tomaba el camino en dirección a su casa. No entendía por qué eran tan complicadas; por qué esa en específico era tan complicada. Él solo quería ayudarla de una forma honorable. Si se arrepentía después o no de su decisión, la culpa sería enteramente suya, pero jamás se atrevería a dañarla de alguna manera en forma de reproche, no era de ese tipo de personas y creía haberlo dejado claro. ¿Por qué entonces asegurar que la culpa sería de ella? ¿Tan poca confianza tenía en sí misma? ¿Era eso? ¿Había algo, además del ser despreciable que tenía por madre, que la hiciera considerarse poca cosa para un matrimonio?

Eran demasiadas preguntas y pocas respuestas, así que James decidió darle unos días. Su primera impresión no fue el de una mujer insensata, así que sin duda reconsideraría bien las cosas y se casaría con él. Era lo mejor para ella y, aunque sonase extraño incluso pensarlo, también para él.

Pero Jade no pensaba cambiar de opinión.

Ni el día siguiente, ni los dos que siguieron después ella llegó a considerar un momento su oferta solo porque sabía que estaba fuera de lugar. Sería una terrible esposa, le arruinaría la vida, lo sabía. Ella no sabía socializar ni cómo comportarse en grandes eventos. Su reputación estaba manchada después de lo de su padre y eso significaría un escándalo para la familia del duque. Tenía de mascota a un zorro que no pensaba abandonar y ni siquiera era hermosa para justificar que quedó perdidamente enamorado apenas la vio.

No había excusa de la que pudiese agarrarse la alta sociedad para no formar un escándalo por su boda. Ella los desprestigiaría y él pronto la odiaría. Lo sabía. Por eso prefería ser su amante, así había menos riegos para James. A pesar de todo, le había tomado cierto aprecio y con lo que había hecho hoy, solo lo había afianzado. Era una persona muy buena para destinarlo a la vida que ella le daría. Podía soportar el desprestigio social por volverse la amante de un hombre, que en cierto punto la gente lo esperaría debido a su situación, pero no pensaba arrastrarlo a él consigo.

Suspirando, terminó de recoger su cabello y, por primera vez en tres días, decidió salir de la habitación. Era hora de enfrentarse a la realidad. Ya se había lamentado, ya había reprochado su suerte, ahora, solo había que buscar las soluciones, que, para su inconveniente, parecían haberse escondido muy bien.

Bajando las escaleras que conducían al vestíbulo, todavía pensaba en la forma de volver productivo ese día cuando su fiel mayordomo le entregó una carta.

Rogando que no fuera alguna otra persona exigiendo dinero, la abrió y su cuerpo se tensó al reconocer la letra.

«Ya que ha pasado lo inevitable, me pregunto si estarías dispuesta a reconsiderar mi propuesta. Sabes que en realidad no tienes otra

opción. Prometo darte una buena recompensa por tus servicios».

AB.

Jade comprobó que además de la nota en el sobre venían incluidas veinte libras y eso fue lo que bastó para que su autocontrol se perdiera. Lanzando la nota y el dinero al suelo, maldijo con todos los insultos que se sabía a ese intento de hombre que solo le había amargado la existencia y parecía seguir querer haciéndolo. Pero estaba muy equivocado si creía que se saldría con la suya. Puede que estuviera en una situación apurada, puede que no le quedara otra opción, pero primero muerta antes de dejar ir el poco orgullo que le quedaba con ese imbécil.

Recogiendo la nota y el dinero del piso, fue en busca de uno de sus sombreros y salió de la casa. Tenía que aclarar algunos asuntos.

Capítulo 11

Si hubiera algo que representara de forma gráfica el enojo, sin duda se asimilaría mucho a la imagen que tenía Jade en esos momentos. Puños apretados, mejillas rojo carmín y mirada tan feroz que bien podía asesinar al ingenuo que se atreviera a posar sus ojos en ella.

En su mano derecha estrujaba el sobre causante de su enojo y sus pasos acelerados se dirigían sin detenerse hacia la casa del administrador de los Richmond. Tal era su enojo hacia esa persona que poco le importaba la discreción, si alguien la vio, o si el mismo James la descubría ahí, no era de su interés en ese momento. Quería arrojar el estúpido sobre a la cara a Andy y decirle unas cuantas verdades. No podía creer que en alguna ocasión estuvo enamorada de ese hombre, ni si quiera comprendía cómo no se dio cuenta antes de la clase de alimaña que se escondía tras la fachada de un tipo alegre y simpático.

Pero esos años de ingenuidad ya habían pasado. Ya no era la misma tonta que caía ante unas palabras bonitas y, si algo podía agradecerle a ese imbécil, era haberle hecho poner los pies en la tierra y madurar, dejar de soñar con príncipes y princesas y enfrentarse a su realidad.

La casa del administrador era una residencia que quedaba detrás de la propiedad principal. Era sencilla, pero tenía un aire agradable que inspiraba confianza y hacía sentir cómoda a las visitas, al menos si

no se encontraba Andy, cuya presencia y su mala aura entorpecía el lugar.

Intentando controlarse por si era el señor Brickner el que abría la puerta, Jade moduló su forma de tocar la puerta. Era probable que a esa hora el señor Brickner estuviera ocupándose de sus obligaciones y Andy haciendo nada como siempre, pero prefería no arriesgarse.

La puerta fue abierta por Lizzi, la única doncella de la casa que se encargaba de cocinar y mantener el lugar. Jade la conocía muy bien e intentó dedicarle una sonrisa, pero no consiguió más que una mueca, lo que hizo extrañar a la mujer.

De joven era tanta su imprudencia que poco le había importado ir a visitarlo a su casa. Era una chica llena de ilusiones y feliz porque alguien había mostrado interés en ella, en ese entonces no era consciente de que no había nacido para merecer cariño de nadie porque no era lo que las personas buscaban en una mujer.

—Hola, Lizzi, ¿se encuentra Andy? —cuando la doncella asintió y se iba a hacer un lado para hacerla pasar, ella interrumpió—: Mejor dile que salga.

La mujer volvió a asentir y desapareció un momento. Si algo se le podía apreciar a Lizzi, era su discreción.

Poco después salió Andy y su sonrisa autosuficiente bastó para que el poco control que había acumulado se esfumara como el viento. Sin hacer caso a la parte racional que le aconsejaba no hacer una escena en pleno día, le arrojó el sobre que, para su inmensa satisfacción, le golpeó en plena cara y le borró esa irritable sonrisa.

—Creo que eso basta para saber lo que pienso de tu oferta — espetó con rencor.

Andy la miró con rabia.

—No sabes lo que estás haciendo. Pronto te arrepentirás — aseguró, pero Jade no le prestó atención, dio media y empezó a caminar con la intención de irse, pero él la tomó del brazo y la hizo girarse—. Sabes que no te queda otra opción. Puedes darte todos los aires de dama que quieras, pero al final no serás más que otra...

Una sonora cachetada volvió a interrumpir sus palabras. La rabia le calentaba cada gota de sangre de su cuerpo y tenía que respirar hondo para poder llevar aire a sus pulmones. Le importaba un comino lo que fuera a pasar con su vida, pero nunca jamás dejaría que Andy Brickner viera que se sentía humillada. Al menos, no sería él el causante.

Intentó zafarse de su brazo, pero solo consiguió que la presión se intensificase más. Los ojos del hombre destilaban coraje y parecían fuera de sí, tanto que la asustó.

—Pero qué dignidad finges ahora, cuando hace años estabas dispuesta a hacer lo mismo conmigo sin dinero de por medio.

Los ojos de Jade amenazaron con llenarse de lágrimas ante el recuerdo, pero fiel a su orgullo, lo impidió. Miró a los lados como si alguien pudiese ir a salvarla de aquel ser despiadado que ahora tenía preso su brazo, pero todo estaba en una extraña calma. Lamentó no haberse traído a Harry consigo, quizás podía haberle desgarrado otro trozo de carne como aquel día.

—Eso demuestra lo ingenua que puede ser uno a los veinte años. Por suerte, no hace falta mucho para madurar y diferenciar lo bueno de lo que no vale la pena. Ahora suélteme, o empiezo a gritar.

Él la miro burlón.

—¿Piensas armar un escándalo, acaso? No creo que eso te convenga, no después de tener uno tan grande a tus espaldas.

Jade tenía preparada unas cuantas réplicas mordaces, pero algo, o, mejor dicho, alguien, evitó que lo hiciera.

Montado en un semental negro y vestido con un elegante traje de montar, James llegó a donde se encontraban y la amenaza que brillaba en sus ojos cuando miró a Andy hizo que el cuerpo de Jade se estremeciera.

—¿Puedo saber qué pasa aquí? —cuestionó con una voz que aparentaba calma, pero cuya advertencia de que esperaba una respuesta favorable no pasaba desapercibida.

Como si de pronto el contacto con su piel le quemara, Andy la liberó y miró a James como quien mira a un espanto que había venido a llevárselo al más allá. La bravuconería y la prepotencia de hace unos segundos había desaparecido y había dejado en su lugar al cobarde que siempre fue.

—Lo-lord James. Nada, no sucede nada.

James miró a Jade esperando una confirmación. Cuando la vio a lo lejos, pensó que se había decidido y le iba a dar una respuesta, pero al ver que se dirigía a la casa del administrador y que posteriormente salía Andy de ella, sus sospechas se confirmaron. Poco a poco, fue acercándose, observando cada detalle de la conversación, desde el papel que ella le arrojó a la cara, para su sorpresa, hasta el resto de las acciones violentas que lo habían dejado muy poco predispuesto hacia el hijo de su administrador.

—Lord James —saludó Jade con tono formal intentando aparentar tranquilidad, no deseaba complicar más las cosas—. No sucede nada.

—¿No? Permítame ponerlo en duda, señorita Kingsley. Es la segunda ocasión en la que la veo cacheteando a este hombre y, aunque ambos me aseguraron la primera vez que era un

malentendido, me gustaría saber el motivo de esta vez. Creo recordar, señor Brickner, que le advertí que no toleraría este tipo de situaciones.

El tono de piel del hombre bajó unos cuantos tonos y su cuerpo empezó a producir casi imperceptibles temblores. Jade jamás lo había visto así, y hacerlo le producía una perversa alegría impropia de ella. No obstante, no quería causarle problemas al señor Brickner que, a diferencia de su hijo, era una buena persona, así que dijo:

—Ha sido un pequeño malentendido. Creo que estoy siendo algo dramática. Discúlpeme por importunar de esta manera. Lo mejor será que me marche.

—Espere, señorita Kingsley —La paró y bajándose del caballo, tomó ligeramente su brazo para detenerla—. Ya que está acá podría acompañarme a dar un paseo —sugirió.

Jade se mordió el labio. No creía que esa fuera buena idea. Presentía un interrogatorio a fondo y ella no había sido dotada con la habilidad de mentir.

—Temo que debo regresar, me he entretenido mucho y...

—Serán solo unos minutos. Un corto paseo. ¿Me va a negar ese placer? —insistió y ella vio en sus ojos la determinación. Suspirando, asintió y tomando las riendas del caballo, él comenzó a guiarla hacia adelante; eso sí, a Jade no le pasó desapercibida la fría mirada que le dirigió a Andy. No es que le importara lo que pasara con él, pero ella no quería ser la causante, así como tampoco deseaba que el señor Brickner cargara con las consecuencias por su imprudencia. No debió ir ahí.

Caminaron en silencio hasta las cabellerizas donde él le dejó a un mozo su caballo y empezó a pasearla por los jardines principales. Al ver que no decía nada, y su ceño se encontraba algo fruncido, signo

que analizaba algo, Jade se adelantó.

—Te aseguro que fue solo un malentendido que no se repetirá.

Él le prestó toda su atención y una ligera sonrisa aligeró su semblante.

—No te había preguntado nada.

—Pero lo ibas a hacer —adivinó y él no lo negó y como supuso, insistió.

—Jade, no soy tonto, si hubiese sido un malentendido no le hubieses dado una cachetada y él no te hubiera sostenido de la forma en que lo hizo. Tampoco te hubiese mirado como si quisiera golpearte.

Ella bajó la mirada. El hombre había resultado ser bastante observador, aunque tampoco había que ser muy inteligente para sentir la tensión que había entre ambos.

—Pues lo fue —se empecinó—. ¿Podemos dejar el tema?

—No. Temo que me es imposible pasar algo como eso por alto. La última vez le advertí a Andy Brickner...

—¿Habías hablado con él? —interrumpió atónita, pero él hizo un gesto con la mano para quitarle importancia.

—Por supuesto, tampoco me creí del todo aquel «malentendido» que aseguraste. Solo quería confirmarlo.

—Es decir que mi palabra no te fue suficiente.

—No intentes desviarte del tema —reprendió sabiendo que ella pretendía llegar a cualquier otro lado—. Te dije que tenía que velar por que la gente que trabajaba con mi hermano fuera fiable. El señor Brickner desde luego que lo es, pero su hijo... conociendo como debe conocer a las damas de estos lados, dudo que haya lugar a

malentendidos, al menos no como el que yo cometí. Así pues, me hace pensar que...

—Nada —interrumpió ella—. Olvidémoslo, por favor. Si me disculpa, creo que debo regresar...

James enlazó su brazo con el suyo para evitar que escapara.

—Está bien, olvidémoslo —accedió, aunque ella sabía que era solo momentáneamente—. Pero no te vayas aún. ¿No te gustaría pasear conmigo?

Una decisión sensata hubiera sido negarse, y quizás hubiera tenido el valor para hacerlo si él no hubiera formulado la propuesta con una sonrisa traviesa y un brillo atrayente en sus ojos. Era como el semblante de un niño, aquel que tiene el poder de hacerte acceder a casi todo lo que quiera.

—Está bien.

Él amplió su sonrisa, y ella solo pudo imitarlo. Pasearon un poco por los jardines hasta que él la desvió de camino y empezó a llevarla a una pequeña pradera. Sentándose bajo un árbol, instó a Jade a seguirlo, quién, después de un minuto de duda, lo imitó.

Era uno de esos extraños días en donde el sol se alzaba en su máximo esplendor y no había una nube que entorpeciera la luz. El viento soplaba de forma suave y Jade se deleitó respirando el aire puro que tranquilizaba sus alterados nervios por todo lo sucedido.

—No entiendo cómo no te puede gustar esto —murmuró cerrando los ojos y afinando sus oídos para escuchar el sonido de los pájaros cantar—. El campo es hermoso.

Él aprovechó su distracción para tomar una de sus manos y acariciarla. Sentía la necesidad de sentir su piel, de deleitarse con su

tacto. Era como si su cuerpo emitiera una sustancia que el necesitaba y solo podía obtenerla rozándola.

Ella miró extrañada el contacto, pero al contrario de lo que pensó, no la alejó.

—Nunca dije que no me gustara —respondió él poco después—. Es bastante agradable, pero a veces se vuelve tedioso para alguien acostumbrado a la actividad.

—Supongo. En cambio, Londres para mí es lo peor. Gente por doquier. Ruido, contaminación. —Se estremeció como si solo recordarlo le causara horror—. Prefiero mil veces vivir aquí, aunque no haya mucho que hacer o explorar.

Él sonrió y con delicadeza empezó a acariciar los nudillos de sus dedos. Ella intentó que no se notara el efecto turbador que tenía su contacto.

—Tiene su lado bueno. Las fiestas, los clubs, las cenas. Si no prestas atención a la sociedad hipócrita o no tienes una cuñada como la mía, es muy agradable —adujo.

—No soy buena socializando —insistió ella—. No encajaría.

—A veces no encajar es lo que vuelve a las personas especiales —expresó con calma trazando con su pulgar un círculo en su muñeca. Jade intentó disimular la ola de calor que la envolvió, pero no pudo, así que solo se concentró en no estremecerse para que él no se diera cuenta. ¿Era eso normal?—. Las pupilas de mi hermano, las Loughy, ninguna de ellas podía decirse que encajara con lo que era la mujer ideal. Zafiro tal vez, pero terminó fugándose a Gretna Green, así que te imaginarás. Aun así, se casaron con un marqués, un duque y un conde respectivamente.

Las Loughy... Las Loughy... ¿Dónde había escuchado ella ese

nombre? Debido a que su interés exclusivo en su temporada en Londres era cazar marido y no defraudar a su familia, pocas veces prestaba atención a los chismes de sociedad, sin embargo, había cosas que eran imposibles de obviar, esas que iban de boca en boca porque en verdad daban de que hablar. Las Loughy... ¡Claro! Rubí, Topacio, y Zafiro Loughy eran las que ella llegó a escuchar. Eran las pupilas de los duques y eran los mejores partidos de la temporada. Hermosas como ninguna, pero también bastante esquivas. A sus veinte años no se habían casado y se rumoreaba que Topacio Loughy espantaba a quién se atreviera a acercarse. ¿Cómo no se acordó?

Estuvo a punto de asentir en conformidad, pero se calló al recordar que ella no era como ellas. Las Loughy eran extrovertidas, simpáticas, pero, sobre todo, hermosas.

—No es lo mismo —se empecinó—. Yo no sé interactuar en sociedad.

—A veces es mejor no hacerlo —respondió con una mueca, como si recordara malos momentos—. Solo hay que saber disfrutar sin prestarle mucha atención a los demás. Ese es el lema de ellas, y el de Esmeralda, la última que queda.

—¿La que dejaste a merced de tu cuñada?

Él asintió y sus ojos expresaron remordimiento.

—Sí... pero Duende es fuerte, y su objetivo es claro, no se casará si no es enamorada.

Jade frunció el ceño.

—¿Duende?

Él asintió y sonrió.

—Esmeralda tiene la estatura de un duende —explicó—. Le digo

así por cariño. Es como mi hermana pequeña.

Jade negó con la cabeza como si no entendiera como ese apelativo podía ser cariñoso. También se percató de que él no había soltado su mano, y ahora observaba su palma con curiosidad.

Jade se sonrojó avergonzada. Su mano no tenía el aspecto que debería tener la mano de una señorita. Cuando se empezaron a quedar sin doncellas y el estado de la casa se deterioró considerablemente, fue trabajo de Jade y de las pocas que quedaban intentar darle un aspecto presentable. A veces, cuando no quería pensar y estaba demasiado desanimada para leer, se ponía a ayudar en los quehaceres, aunque después se llevase una reprimenda de su madre por ello. No estaban tan llenas de cayos como las de las doncellas o las del ama de llaves, pero tampoco eran suaves y delicadas.

Quiso retirarla, pero él se lo impidió, en cambio, con el tacto de una pluma, pasó la yema de los dedos por ellas. Para su alivio, no dijo nada.

—Creo que debería irme —murmuró, pero como venía siendo su costumbre ese día, la retuvo.

—Tan pronto. Empezaré a pensar que te aburre mi compañía —bromeó y se inclinó un poco hacia ella. Su mano libre fue a para a su mejilla y acarició la suave tez con delicadeza.

Jade pudo haberse apartado, pero ese simple gesto era algo que en el fondo anhelaba y, por ende, su cerebro prefería procesar la excusa de que no era nada por lo que temer y se dejó hacer. Quiso cerrar los ojos y perderse por completo en esas sensaciones. En esa extraña alegría que la recorría solo por sentir su tacto. En esa dicha porque algo le gritaba en el fondo que era lo suficientemente buena para

sentirse querida. Deseaba cerrar los ojos para perderse en su tacto y olvidar todo lo demás, pero no lo hizo para no delatar la profundidad de sus sentimientos que recorrían cada fibra de su piel como si en vez de un simple roce le estuvieran inyectado alguna sustancia capaz de descontrolar su organismo.

—Mi madre puede preocuparse —mencionó intentando no caer en el embrujo que rodaba a su alrededor y esperaba la mínima oportunidad para atraparla y hacerla perder el sentido.

James dudaba que a esa mujer le preocupara algo su hija, pero prefirió guardarse sus comentarios e intentar convencerla. No quería que se fuera, quería tenerla cerca. Una atracción inexplicable lo incitaba a mantenerla consigo.

—Solo un rato más —tentó con voz seductora—. Prometo no hacer nada malo.

Esta vez sí cerró los ojos y entonces, la magia que rodeaba a su alrededor la envolvió haciéndole perder la capacidad de razonar. El pulgar de él le hacía círculos en su mejilla y la otra acariciaba su mano. Una corriente la atravesó y, unida a sus palabras, hizo que deseara lo desconocido, ya no por necesidad, no porque era su única salida, solo porque lo deseaba. Antes de que pudiera pensar bien, un lado suyo que desconocía murmuró.

—¿Y si quiero que lo hagas?

Él detuvo las caricias, pero no retiró la mano y como si quisiese asegurarse de que no lo haría, usó las suyas para retenerlas. No quería perder su contacto, se había vuelto algo indispensable.

—Jade... —escuchó que decía con tono de reproché.

—No —Lo detuvo en voz baja forzándose a abrir los ojos. Se concentró en su mirada y el valor que normalmente la abandonaba

había decidido hacer una parada en su cuerpo para instarla a decir—: Sé lo que piensas, pero yo... yo creo que te deseo. No sabía que eso era posible. Al principio era solo por dinero, pero ya no... déjame probar, James, déjame hacerlo contigo.

James no respondió de inmediato. La miró con una ternura que no había recibido de nadie y que hizo que algo se moviera en su interior. ¿Qué era eso? ¿También formaba parte del deseo?

—Solo si aceptas casarte conmigo.

Ella suspiró decepcionada. Por un momento pensó que todo podía ser fácil.

—No.

—¿Por qué no?

James no entendía por qué seguía insistiendo. Lo había rechazado; en cualquier otra ocasión, su orgullo le hubiera impedido seguir con el tema, pero algo lo instaba a insistir. Parecía que era menester tenerla como su mujer. Algo se lo exigía. Lo coaccionaba a no darse por vencido. Jamás creyó verse en una situación similar y, si le hubiesen dicho en otra ocasión que estaría mendigando un sí, se hubiese reído, pero ahora no le importaba.

—No se le pide matrimonio a una persona que conoces hace poco más de una semana —le hizo ver .

James sonrió recordando a Zafiro, que solo le bastó una noche para hacer una propuesta al que ahora era su marido.

—He visto casos peores —aseguró—. Ahora...

Ella negó con la cabeza evitando que siguiera y se obligó a salir del trance donde se encontraba.

—Creo que así no vamos a llegar a ningún lado. —Muy a su pesar, se liberó de su contacto y se separó un poco—. No me voy a casar contigo. Algún día me lo agradecerás.

Con poco ánimo, comenzó a levantarse.

—Jade...

—Adiós. —Y, antes de que perdiera las fuerzas, echó a correr.

James no hizo ademán de seguirla, solo se quedó ahí, viéndola alejarse, pero con un objetivo claro. No tenía ni la menor idea de qué se había apoderado de él, ni tampoco del motivo de su interés hacia ella. También desconocía si este sería pasajero o duradero, pero, por ahora, la idea la tenía en la cabeza y no había manera de sacarla. Podía estar cometiendo una insensatez, o simplemente decidiendo aquello que cambiaría su vida para bien, pero no había marcha atrás. Ahora solo había que ver quién era más terco.

Capítulo 12

Ignorando deliberadamente las miradas curiosas, Jade alzó el mentón y caminó por el pueblo con la mayor dignidad que fue capaz de recoger.

El rumor de su ya confirmada ruina y el traslado de su padre a la cárcel debía ser, desde hacía días, el chisme de la temporada. Dudaba que hubiera un ser en ese pueblo que no estuviese enterado del asunto o que no lo comentara y, si bien antes pasaban por alto que paseara por el pueblo vestida como doncella solo por tener algo de respetabilidad, ahora ni eso. No había nada peor para la sociedad que uno de los suyos perdiera toda su fortuna y, además, terminara en la cárcel de deudores, por lo que la familia de este era literalmente expulsada de los buenos círculos y no valían más que el más pobre de los mendigos.

Tal era la situación que algunos hombres se atrevieron a gritarle cosas soeces, cosa que la hizo apretar los puños. Hasta ese punto había perdido la respetabilidad, pero era algo que ya se esperaba. Las mujeres respetables casi no la saludaban si la veían; solo la ignoraban. Ya no era parte de la buena sociedad, solo una humana más.

Suspirando, hizo algunas cuantas compras que se había ofrecido a llevarle a la cocinera para despejar su mente. Sonrió amablemente a los buenos vendedores que parecían los únicos para los que seguía siendo la respetable señorita. Kingsley. Esas buenas personas tenían el corazón y la amabilidad que escaseaba en la buena sociedad y Jade se

dijo que la vida solía tratarlos muy mal.

Cuando terminó o, mejor dicho, cuando el dinero se le acabó, se dispuso a regresar a casa haciendo caso omiso a los murmullos con los que se topaba cuando pasaba al lado de alguien. Ya nada sería igual, lo sabía, y no se imaginaba cómo su orgullosa madre se sobrepondría a ello. Si seguían hablándole dos de sus muchas amistades, sería bastante.

Había salido del pueblo y llegado al camino que la conduciría hacia sus tierras cuando vio que un trío de hombres se le acercaba. Reconoció a dos como los hijos del médico, y al tercero como el hijo del administrador de la propiedad que tenía ahí el duque de Rutland. Ninguno debía sobrepasar los veinticinco años y, según se rumoreaba, no poseían el mejor comportamiento. Decían que habían jugado con varias doncellas, pero nunca se confirmó nada al respecto.

Aunque intentó ignorarlos y seguir adelante, le dieron alcance y un estremecimiento recorrió su cuerpo como un mal presentimiento.

—Buenos días, señorita Kingsley —saludó con un tono aparentemente agradable el joven George, hijo del señor Wasner, el médico—. ¿Necesita ayuda con eso? —señaló la canasta donde llevaba las compras—. Podemos acompañarla hasta su casa.

—Gracias por su amabilidad, pero no será necesario.

—Vamos —insistió el otro hijo del señor Wasner, Charlie—. No nos niegue ese placer. —Sonrió, pero de una forma extraña que instó a Jade a acelerar el paso.

—Son muy amables, en verdad, pero pudo sola. No me gustaría abusar así de su tiempo. Seguro deben tener mejores cosas que hacer.

—Ninguna como acompañar a tan bella dama —aseguró el hijo del administrador y, en un descuido, enlazó su brazo con el de ella—.

Será todo un placer, verdad, muchachos.

Ellos asintieron, pero el brillo en sus ojos le dio mal augurio. Intentó zafarse, pero no se lo permitió, en cambio, George Wasner le tomó del otro y, sin que pudiera preverlo, empezaron a arrastrarla hacia una dirección diferente.

—Suéltense —espetó Jade intentando ocultar el pánico en su voz y mirando hacia atrás para ver si alguien podía venir en su auxilio, pero ya estaban muy lejos del pueblo y nadie parecía estar cerca.

—Solo será un paseo —comentó con tono burlón uno de ellos.

—Suéltense o...

—¿O qué? —se burló Charlie Wasner—. ¿Mandarás a tu padre a retarnos a duelo? Oh, espera, se me olvidaba que está en la cárcel. —Río de una manera bastante grotesca y Jade empezó a temer de verdad, aunque hizo su mayor esfuerzo por convencerse de que ellos no podían hacerle nada. Seguro solo querían jugarle una mala broma, sí, solo eso...

Empezó a debatirse con fuerza para liberarse de su agarre, pero ellos solo rieron. El miedo empezó a correr por cada parte de su cuerpo expandiéndose tan rápido como el veneno de una serpiente.

—Andy no nos dijo que fuera tan arisca —protestó Brunno Smith y la compresión llegó a ella en ese momento.

¡Maldito fuera Andy Brickner por todo esto! Hubiera sido mucho esperar que no tomará represalias al respecto, pero se las pagaría, o de alguna forma...

El que la arrastraran con más fuerza interrumpió sus pensamientos y la obligó a concentrarse en la manera en la que salir de ese lío. Si gritaba, alguien tenía que escucharla...

—Tampoco nos dijo cuanto cobrabas —indicó George y Jade palideció.

—¡Váyanse al infierno! —bramó—. Libéreme ahora mismo si no quieren...

—Si no quieren que uno de ustedes termine con una herida de bala y los otros con tantos golpes que no podrán salir de casa en semanas —terminó por ella una voz a sus espaldas.

Ella jadeó y agradeció interiormente a Dios cuando los dos hombres la soltaron y todos se giraron para ver al emisor de la amenaza.

James estaba a unos metros suyos con una expresión que bien pudo haber congelado el infierno. En su mano derecha llevaba un arma de una bala y en sus ojos la determinación de lanzarse sobre el que fuera que se atreviera a atentar contra ella.

Jade retrocedió unos pasos aprovechando y vio cómo James movía con parsimonia el arma, como si esta fuera una extensión de su brazo.

—¿Y bien? —insistió—. Espero haya una buena explicación de a dónde llevaban de esa forma a la dama.

Los hombres miraron con recelo el arma y luego se miraron entre sí.

—E-ella, ella quería venir con nosotros —tartamudeó Brunno y Jade soltó un jadeo antes de gritar.

—¡Eso no es cierto!

Los rostros de los hombres palidecieron cuando él comenzó a alzar el arma. Miraron en todas direcciones como si buscasen una salida.

—Tienen veinte segundos para desaparecer de mi vista —ordenó

— o van a tener que cargar con uno de ustedes herido gravemente.

—No-no puedes hacer eso —retó Charlie, pero el miedo que traslucía su voz quitaba toda credibilidad a sus palabras.

—¿Quieres que te lo demuestre?

Sin que fuera necesario decir más, los hombres echaron a correr hasta que desaparecieron de su vista.

—Me pregunto dónde está ese zorro tuyo cuando se necesita —masculló James guardándose el arma en la parte delantera del frac—. No les hubiese venido mal ser desprendidos de una de sus extremidades.

Jade no respondió, se quedó estática en el lugar sin lograr procesar del todo lo que acababa de sucederle. Su mirada estaba perdida en algún punto del camino y su cuerpo, temblando ligeramente en un efecto secundario.

—¿Estás bien? —preguntó con suavidad.

James estaba que hervía de rabia. Si ayer se sintió furioso por lo que vio que le hacía Andy Brickner, la furia que experimentaba en ese momento debía catalogarse como inhumana. Cada fibra de su cuerpo estaba tensa sin poder encontrar relajación y sus puños se crispaban por la necesidad de perseguirlos y golpearlos hasta enseñarles cómo se trataba a una dama.

Era imperdonable lo que pudieron haberle hecho, y solo de pensar qué pudo haber pasado si él no hubiera llegado a tiempo... Prefería no pensarlo o no resistiría el impulso de matar a alguno de esos tres. Mejor se concentraría en agradecerle a quien fuera el responsable de hacer que viera cómo ellos perseguían a Jade y posteriormente ser testigo de cómo empezaban a arrastrarla. Admitía que en un principio creyó que ella estaba con ellos por voluntad propia, y esa posibilidad

lo puso tan molesto como ahora que estuvo a punto de irse, pero no había que ser muy detallista para notar la resistencia de ella cuando se desviaron del camino.

Acercándose lentamente, la tomó por los hombros, y al ver que no oponía resistencia, la abrazó.

Jade se apretó contra él como alguien que sostiene una tabla para mantenerse a flote en medio del mar. Su contacto la reconfortaba de una manera impresionante y su respiración empezó a volver a la normalidad.

—Ya está, no pasará nada —le susurró él a su oído para tranquilizarla.

Ella quiso asentir, pero prefirió mantener su cabeza quieta en su pecho, aspirando el agradable aroma masculino que se internaba en sus fosas nasales y actuaba como calmante. La hacía consciente de su presencia y la tranquilizaba sobremanera.

Pronto, su cuerpo se relajó y él la separó un poco. Ella lamentó la pérdida de contacto, pero no protestó.

—Te acompañaré a casa.

Jade negó con la cabeza.

—No quiero ir a casa. —No en ese estado. Ya estaba más tranquila, pero su cara delataba todo y lo que menos deseaba era escuchar quejas de su madre y oírla lamentarse de sus desgracias.

James frunció el ceño como si no supiera que hacer.

—Para la mía hay un largo trecho, pero creo que un poco de ejercicio no nos vendría mal —argumentó y tomándola suavemente del brazo, la instó a caminar.

Jade cogió la canasta que había soltado en algún punto del camino y James se la arrebató para que no llevara peso. Ella le dedicó una débil sonrisa en agradecimiento y ambos empezaron a caminar.

—Gracias —susurró Jade ya más recompuesta, dejando que el aire le acariciara la cara—. Si pareces ser mi ángel guardián —dijo para aligerar un poco la tensión, pero la sola mención a los recién sucedidos hechos hizo que el ceño de él se frunciera en disgusto.

—No puedo creer que esos imbéciles te estuvieran llevando a sabrá Dios dónde —espetó con molestia acumulada—. Pero ¿hasta qué nivel de maldad hemos llegado? ¿Cómo puede atreverse a pensar mal solo por... solo por...?

No pudo terminar, pero Jade no supo si fue por la frase o por no hacer mención a su actual estado de desesperación.

—Andy les mintió. Les... les dijo cosas que no eran —confesó Jade incapaz de seguir ocultando más atrocidades de ese ser.

Admitía que no le gustaba sentirse vulnerable, pero no era tan tonta para no saber que, en su actual situación, no podía hacer nada si el hombre deseaba seguir fastidiándola. En otra situación hubiera guardado el secreto, pero ahora sentía que podía confiar en James. Él le había demostrado que estaba de su lado, y ella sentía la necesidad de desahogarse. Estaba cansada y tenía demasiados problemas encima para tener que lidiar con más.

Al ver que James arqueaba una ceja esperando más explicación, Jade suspiró.

—Él y yo... él y yo no nos llevamos bien desde hace un tiempo. No preguntes, no te pienso decir más —advirtió— pero... está algo resentido y ha aprovechado este asunto para divulgar información falsa.

James no necesitó más para comprender y se preguntó qué tanto enojo podría soportar una persona antes de morir de una apoplejía. Desde anoche había pensado en escribirle a su hermano para notificarle que debería expulsar a Andy Brickner de su propiedad, pero no lo había hecho, pues no había elaborado argumentos verdaderamente válidos. Jade no le había querido decir nada, pero ahora sí los tenía, y no lo pensaría dos veces. Es más, él mismo lo correría y después se lo notificaría a William, dudaba que este se opusiera o preguntara a fondo los motivos; él confiaba en James y eso era algo que apreciaba. Lo lamentaba por el señor Brickner, pero una escoria semejante no podía seguir pisando suelo de los Richmond.

—Te aseguro que no volverá a molestarte —le dijo pensando en que bien podía echarlo después de darle una pequeña advertencia...

Jade lo miró inquisitivamente esperando que explicara cómo lo conseguiría, pero James desvió la vista no queriendo que ella descubriera la furia asesina en sus ojos. Él solía ser una persona tranquila y de carácter afable, pero ver cómo alguien intentaba hacerle daño despertaba cierto lado asesino que nadie experimentaría aunque presenciaran ofensas similares. Era como si una parte de sí le gritara y le exigiera proteger algo que consideraba como suyo, lo que le hacía cuestionarse ¿la consideraba como suya? ¿Es por eso que quería casarse con ella? Puede ser que sí.

Una pequeña sonrisa irónica se dibujó en sus labios. Esmeralda se reiría si supiera su situación. Él, James Armit, que había ido ahí para huir del matrimonio, que tanto se burlaba de ella por asegurar que reconocería al amor de su vida apenas lo viera, se había enamorado en una semana y su propuesta de matrimonio había sido rechazada en varias ocasiones. Eso no le pasaba a alguien normal.

Sabía que se había enamorado, no había otra explicación

medianamente lógica para explicar toda esa marea de sentimientos que lo embargaban desde que la conoció. Era amor, no había duda de ello y, ahora que lo sabía, menos desistiría hasta no verla diciendo el sí frente al vicario.

Atravesaron una pequeña colina en completo silencio. Ella parecía no querer hablar y él no quería presionarla, así que se limitó a deleitarse observándola.

Jamás pensó que podía producir placer ver fijamente a alguien, pero lo hacía. Toda ella era perfecta para sus ojos y en ese momento no lograba recordar haberse visto cautivado de una forma parecida por alguien más. Sus cabellos, sus ojos, su piel, todo destilaba una sustancia que parecía colársele en el cuerpo y producirle admiración. Para los demás podía ser una simple humana más, pero para él era perfecta, lo supo desde que la vio, desde que no pudo quitarle los ojos de encima aquel día. Algo dentro de sí había reaccionado, reclamándola interiormente como suya porque solo él era capaz de apreciar la maravilla de su persona, solo él podía saber que no era una simple criatura de aspecto aburrido, sino alguien capaz de destilar magia y envolver con ella al primer desgraciado que tuviera la osadía de acercarse lo suficiente.

—¿Tiene algo extraño mi aspecto? —inquirió Jade cuando el escrutinio del hombre empezó a incomodarla.

James negó ligeramente con la cabeza, pero no en respuesta a su pregunta, sino para salir del fantástico mundo en el que se encontraba.

—Estás mirándome raro —informó tomando su gesto como un no.

James sonrió.

—¿Cómo raro?

—Pues...no sé. Me mirabas como si estuvieses viendo algo

esplendoroso, inexistente, algo que se ve por primera vez.

En resumen, pensó James, debía de estar viéndola como un bobo enamorado. Se rio de sí mismo. Si las Loughy se enteraban, era mucho lo que gozarían; solo Esmeralda, con su actitud soñadora, empezaría a describir las maravillas de amor que algún día encontraría. Se preguntó de pronto si esa temporada había tenido más suerte, pero la última carta que recibió de su hermano no mencionaba nada relevante. Decidió que después le escribiría para preguntarle; ahora tenía asuntos más importantes que atender.

—Umm, puede que no tanto así, pero estoy seguro de que algo parecido.

Ella blanqueó los ojos y se negó a creer en el elogio.

James se dio cuenta de que habían caminado bastante mientras estaba sumido en sus pensamientos. La mansión se veía a lo lejos y solo quedaban unas millas de distancia.

Instó a Jade a apurar el paso pues el tiempo había empezado a nublarse y unos truenos empezaron a resonar en el silencio del campo.

—Creo que será mejor que regrese a casa —comentó Jade mirando hacia el cielo, pero James se negaba a privarse de su presencia tan rápido.

—Te agarrará la lluvia. Lleguemos a la mía y de ahí te mandaré en un carruaje.

Ella asintió y siguieron caminando. Tampoco deseaba alejarse de él tan pronto. Puede que no hubieran cruzado casi palabras, pero solo el contacto de su brazo y su cercanía conseguían reconfortarla y hacerla sentir bien de una manera inexplicable. Jamás había sentido algo semejante y se pasó gran parte del camino preguntándose si sería normal. Luego, cuando había encontrado su mirada azul viéndola de

esa forma tan extraña, sintió un vuelco en su corazón y unas cosquillas en su estómago. Él la miraba como se miraba a un ángel que había bajado del cielo para posarse frente a ti, maravillado, asombrado y con devoción. Jamás nadie la había visto así y temió estar equivocada. Aunque esa pequeña esperanza se desvaneció cuando él no negó del todo su forma verla, pero prefirió mantenerse a raya porque no quería caer en más mentiras.

Ya una vez había creído que era especial y esa vez solo le trajo consigo una amarga decepción. No podía decir que James fuera como Andy, sería pecado afirmar tal cosa, pero tampoco podía darse el lujo de creerse más de lo que era. Era lo que era y no había nada que hacer.

—¿Por qué no te quieres casar? —preguntó él de repente haciéndola detenerse por la sorpresa.

Estaban a nada de llegar a su casa, pero a Jade ya no le parecía tan buena idea si él pensaba seguir con el interrogatorio.

—Ya te lo dije, no está entre mis planes. Además, no sería una buena esposa.

A él le molestó que siguiera hablando así de ella misma.

—Serías una estupenda esposa —afirmó—. No entiendo por qué... —Calló un momento cuando una idea se le formó en la cabeza, una muy poco agradable— ¿Es por él? ¿Es por Andy Brickner? —indagó.

Fue solo un segundo, pero bastó para que James notara la tensión invadir su cuerpo antes de que la disimulara. No había respuesta que valiese, ya se lo había dicho todo y Jade debió haberse visto descubierta, porque soltó una maldición en voz baja. Para su suerte o desgracia, según se viera, las gotas de lluvia empezaron a caer en ese momento obligándoles a moverse hasta la casa. Tardaron cinco minutos, pero fue tiempo suficiente para que llegaran completa y

absolutamente empapados.

Si el mayordomo se sorprendió, no lo dijo, y James llevó de inmediato a Jade a su habitación para que el fuego de la chimenea los calentara. En ese momento no le interesaba el decoro, sino el hecho de que ella no agarrara una pulmonía.

No obstante, Jade no pensaba igual. Estar en el cuarto de él era una experiencia nueva, que le causaba cierto temor. Se sentía un poco inquieta y nerviosa aun cuando se había planteado ser su amante. Eso le parecía demasiado... íntimo, y le dio un escalofrío que no era precisamente de frío. Estaba en el cuarto de él y tenía el presentimiento de que se quedaría ahí un buen rato.

Capítulo 13

—Deberías quitarte ese vestido —sugirió James—. Te va a dar una pulmonía.

Jade se tensó ante la propuesta, pero, por extraño que pareciese, en vez de sentir la incomodidad o indignación que debería haber sentido, sintió una excitación recorrer su cuerpo. No supo si porque llevaba tiempo convenciéndose de la idea de ser su amante, o porque el hombre le atraía de forma irremediable. Sin embargo, dudó a la hora de desabrocharse el vestido. Las costumbres y enseñanzas morales pesaban demasiado para tirarlas, así como así, por la ventana. Era un hombre el que estaba detrás suyo, un hombre que conocía de hace poco y al que no la unía ningún lazo sagrado. Si su madre se enteraba de eso, moriría.

Se giró para preguntarle dónde estaba el cuarto de baño y si tenía alguna prenda para cubrirse luego, pero, al hacerlo, todas las palabras murieron en su boca al verlo con el torso desnudo. Se había deshecho del chaleco y de la camisa y había dejado al descubierto unos bien formados músculos que brillaban por la humedad. Él no parecía tomarle importancia a lo indecoroso que era desnudarse de esa manera frente a una dama, y Jade se preguntó dónde estaba el sentido de caballerosidad que tanto pregonaba. Eso sin duda no era de caballeros, aun así, no apartó la mirada, a pesar de que no hacerlo tampoco era de damas.

—¿Pero qué esperas? —apremió James con una media sonrisa al

ver que ella lo miraba embobada—. No quiero ser el responsable de que te enfermes

Parpadeó para disipar el encanto y logró tartamudear.

—Yo... ¿Dón-dónde queda el cuarto de baño? —consiguió formular con voz casi muda.

Él le señaló una puerta a su derecha y se dirigió ahí, justo cuando él comenzó a quitarse los pantalones.

—Jade, sal, te he conseguido un vestido.

Jade respiró aliviada al saber que no tendría que esperar desnuda en el baño hasta que sus prendas se secasen. Ni siquiera pudo quedarse con su ropa interior porque también se había empapado. No se atrevió ni a salir a colocarlas frente al fuego por vergüenza y debía llevar ahí al menos veinte minutos encerrada. Aunque James debía entender porque ya que no hizo preguntas.

Abriendo ligeramente la puerta, sacó una mano y la extendió para que le entregara la prenda. Él rio y a punto estuvo de abrir la puerta para poder contemplar a gusto ese cuerpo con que el venía fantaseando desde hacía días, pero se contuvo no tanto para ahorrarle a ella la vergüenza, sino para no tentarse más de lo que podría soportar. Le entregó el vestido y ella volvió a cerrar. Era un sencillo vestido de mañana, por lo que podía ponérselo sola.

Salió cinco minutos después con el ceño fruncido. El vestido le quedaba bien, algo apretado, pero bien, solo que apenas le llegaba a media pantorrilla. Miró a James esperando una explicación y él se encogió de hombros.

—Te dije que Esmeralda era un duende, y es la única lo suficientemente despistada para dejar vestidos botados aquí —explicó y se deleitó con la visión de sus tobillos y media pantorrilla

descubierta.

Jade negó con la cabeza y haciendo caso omiso a esa inmoralidad, colocó su ropa junto a la de él, frente al fuego. Observó que James se había puesto un pantalón de paseo y una camisa, pero esta tenía el cuello desabrochado y no tenía puesto ningún chaleco. Estaba completamente informal y se había sentado de forma relajada en un sillón cerca del fuego, que, junto con su mirada depredadora, le daba todo el aspecto de un pirata que miraba a su cautiva pensando en todo tipo de perversidades para hacerle. Un estremecimiento involuntario la recorrió cuando su mente comenzó a divagar, pero un trueno, bendito fuera, la devolvió a la realidad antes de que sus propios pensamientos la volvieran una mujer impura.

—Me gusta tu pelo suelto —le comentó él y ella por instinto se llevó los dedos hasta uno de sus negros mechones. Ya que su peinado y su sombrero habían quedado irremediablemente arruinados, soltó las pocas horquillas que lo recogían y lo dejó caer cuan largo era hasta su cintura.

—Gracias —musitó y él le hizo un gesto para que se sentara a su lado.

Ella lo hizo y sintió el roce de sus caderas. Era un mueble de dos puestos, pero no diseñado para personas tan anchas como James que ocupaba gran espacio.

—Supongo que entenderás que no podré mandarte a tu casa con el clima en estas condiciones, es un riesgo. Los caminos deben estar llenos de barro y muy resbaladizos. Habrá que esperar que la lluvia disminuya un poco.

Ella asintió en conformidad. De todas formas, prefería regresar a su casa con su ropa en vez de llevar un vestido que, aunque fuera

bonito, dejaba al descubierto gran parte de sus piernas. Si su madre llegaba a verla, se escandalizaría y haría demasiadas preguntas. Solo esperaba que tampoco pasara mucho tiempo o la cocinera se empezaría a preocupar por su tardanza. Era una buena mujer y Jade sabía que no le gustaba que ella hiciera ese tipo de mandados porque afirmaba que la gente le perdería el respeto, pero, por lo visto, jamás se lo habían tenido.

Pensando de forma optimista, Jade no dejó que eso le afectase; todo había sido indirectamente culpa de Andy, y una vez que esto se resolviese, no habría más problemas. Además, dudaba que después de las amenazas a su persona, los tres jóvenes se atrevieran si quiera a mirarla o a instar a alguien a hacerlo.

—No me respondiste lo que te pregunté antes de que el agua nos obligara a correr. ¿Es por Andy Brickner que no te quieres casar?

Jade suspiró y se preguntó si no habría invocado el tema al pensarlo. Miró a James suplicándole con la mirada que no siguiera con el asunto, pero él, o no se dio cuenta (cosa que dudaba) o simplemente decidió ignorar su súplica e insistir.

—Es por él —afirmó como si algo en la expresión de ella se lo hubiese confirmado—. ¿Qué te hizo?

—¿Qué te hace suponer que me hizo algo, quizás yo le hice algo a él? Después de todo, me odia. ¿No?

Él sonrió como si eso le causase gracia, y tomando un mechón húmedo de cabello negro entre sus dedos, le dijo:

—Tú jamás podrías hacerle daño a alguien de forma consciente, eres demasiado pura para eso. Ni siquiera sabes mentir bien.

Ella arrugó el ceño pensando si debía considerar eso como un insulto o como un halago.

—Te mentí al principio; no te dije los verdaderos motivos por los que quería volverme tu amante.

Él se encogió de hombros restándole importancia.

—Estabas desesperada. Es entendible, aunque puedo decir que jamás me creí del todo ese cuento, así que, por decirlo de alguna forma, no estabas engañándome.

Ella abrió y cerró la boca al no tener nada que replicar. Al final suspiró siendo conocedora de que él tenía razón. Mentía muy mal.

—Pero no nos desviemos del tema...

—No quiero hablar de ello —su voz se volvió algo cortante para infundir firmeza a su declaración—. Ya no importa.

La cara de James se acercó a la de ella hasta quedar a un palmo de distancia. Sus ojos la observaron buscando en los de ella alguna respuesta a sus preguntas, pero solo pudo encontrar un grado de desesperación que lo sorprendió. Como si solo recordarlo le hiciera daño y por eso no se atreviera a decirlo en voz alta.

—Jade... si te hizo daño...

La advertencia en su tono de voz dejó a Jade sorprendida. Cualquiera que lo escuchara no tendría duda de que el hombre pensaba tomar represalias por cualquier daño inferido a ella y, aunque no debería extrañarle, considerando la escena presenciada hacía un rato y la determinación en su voz al decir que se haría cargo de todo, no podía dejar de maravillarse con la sensación de que le importaba lo suficiente a alguien para que estuviera dispuesto a hacer cualquier cosa para vengarla.

Quizás exageraba, puede que él no estuviera dispuesto a hacer cualquier cosa y solo eran divagaciones de un corazón ansiado de

cariño, pero Jade prefería saborear por unos segundos aquella idea de ser importante solo porque la hacía sentir bien.

—Estoy bien, te lo dije, ya no importa.

James apretó los dientes para evitar hacer más preguntas. Mentía, puede que ya no importara, pero no que no careció de importancia en su momento. Se sentía molesto solo por la posibilidad de que ese hombre hubiera podido hacerle algo a la que sería su mujer, y de pronto deshacerse de él mandándolo lejos ya no parecía suficiente. La imagen de Andy Brickner tres metros bajo tierra empezaba a verse más bonita en su mente y, si él fuera alguien con tendencias asesinas y poco sentido común, no hubiera dudado en hacerlo.

Guiado por el instinto, dejó de jugar con el mechón de pelo y trasladó la mano a su mejilla. La acarició como si así pudiera borrar cualquier pisa de dolor que hubiera quedado dentro de ella y, sorprendiéndola, se inclinó para besarla.

Acarició sus labios con suavidad y dulzura, solo por el simple placer de hacerlo. Solo por la satisfacción que le producía tenerla cerca y acariciarla. La besó queriendo hacerla olvidar los malos momentos y a la vez decirle de alguna forma que era suya, de nadie más. Que solo él podía besar esos labios, que solo él podía disfrutar de su dulce elixir.

Jade no tardó en corresponderle y sus labios se amoldaron como si se conociesen de toda la vida. Como si solo estuvieran esperando el momento para volver a encontrarse y saludarse como era debido. No había urgencia como en otras ocasiones, esta vez se besaban por el simple placer de hacerlo.

Jade fue la que rompió el beso sorprendida por la magnitud de las sensaciones que un simple contacto de labios podía ocasionarle. La

alejaba de la realidad, la hacía olvidarse de todo. De sus barreras, de sus inseguridades. Él y todo lo que le pertenecía conseguían en ella lo que siempre había deseado: sentirse bien consigo misma. La hacía sentir como si en verdad valiera algo y, si Jade hubiera seguido siendo la misma ingenua de hace un tiempo, habría afirmado que estaba enamorada. Pero no, ella no se podía enamorar. No se podía enamorar, porque nadie podía amarla a ella y entonces solo conseguiría un corazón que lloraría la pérdida de algo que nunca tuvo.

Solo que... James no era como Andy. ¿Y si él si podía quererla? ¿Y, si para él sí era suficiente? Oh, como le gustaría que semejante hombre pudiera fijarse en ella, pero la parte insegura de sí se negaba a hacerse esperanzas. No obstante, puede que aún hubiera posibilidades de compartir momentos especiales con él, ya no por el dinero, ya no por interés, solo por gusto, por placer.

—Jade... —musitó él y ella pensó que su nombre nunca se había escuchado de forma tan bonita como en la boca de él.

Los truenos seguían rompiendo el silencio del día y la lluvia golpeaba con fuerza los ventanales, pero, para la pareja, parecía más una música agradable de fondo que síntoma de que el cielo se estaba cayendo.

—Debes tener hambre —comentó él alejándose un poco—. Pediré que nos preparen un almuerzo.

Jade asintió, pero cierto recelo apareció en sus ojos.

—Tu servidumbre...

—No es dada a chismes —aseguró James—. No te preocupes por eso. No obstante, en caso de que tu reputación se viera afectada, estoy dispuesto a reparar el daño.

Ella blanqueó los ojos ante la insistencia, pero, al descubrir un tono juguetón en sus ojos, le quito importancia.

James salió un momento y luego regresó asegurando que traerían la comida en un rato.

Se sentó nuevamente a su lado y resistió la tentación de rodearla con sus brazos. Ella se había sentado con las piernas cruzadas haciendo que el vestido ocultara la porción antes descubierta de sus piernas. Cosa que lo hizo molestar un poco por haber sido privado de tan exquisita visión.

—¿Por qué cargas un arma cuando vas para el pueblo? —preguntó curiosa. Había tenido esa pregunta en mente desde hacía rato.

Él se encogió de hombros.

—Es una costumbre muy efectiva, por lo que veo. Nunca se sabe si se necesitará.

—¿La llevas también a fiestas? —inquirió sorprendida, no creía que las finas damas londinenses viesen bien que uno de los de su círculo llevara armas de fuego a una fiesta.

—Cuando me es posible... nunca está demás. Ese es el lema de Topacio.

—¿También llevan armas como si de un accesorio se tratase? —indagó sin poder ocultar su asombro.

Él sonrió.

—He mencionado que distan de ser comunes. Ellas me pidieron que les enseñara a disparar y yo lo hice, aunque mi cuñada casi me mata cuando se enteró. ¿Qué iba a saber yo que a ese par de locas se les iba a ocurrir demostrar sus habilidades en una competencia de tiro durante la fiesta campestre de lady Pembroke? —se defendió—. Pero

bueno, aun así, no me arrepiento; es más, ¿no deseas que te enseñe a ti también?

Ella abrió los ojos, desorbitados.

—¿Yo? No creo que...

—Sería una buena idea —siguió James y se puso una mano en la barbilla como si considerase seriamente la posibilidad—. ¡Es una excelente idea! —concluyó como el que acaba de ser iluminado por un ser divino—. Así, nadie podrá hacerte daño sin, al menos, saber que eres alguien de cuidado.

Jade tardó un poco en procesar la información.

—No, definitivamente no.

—¿Por qué no? —presionó.

—Me haría más anormal de lo que ya soy.

—¡Tú no eres anormal! —dijo él exasperado por su manía de menospreciarse—. Pero ya discutiremos eso a fondo. Vamos, deja que te enseñe. Piensa que así tendrás menos dependencia de alguien que te cuide. —Al ver que ella dudaba recordó—: ¡Tienes un zorro de mascota! No puedes tenerle miedo a un arma.

—No le tengo miedo —protestó ofendida porque él la considerase débil—. Solo que... no me veo con la capacidad de manejarla.

—Claro que puedes.

Ella lo pensó un momento. Podría ser... Si hubiese tenido un arma, puede que la situación de hoy no hubiese llegado tan lejos y, además, si siempre llevaba a Harry consigo, ¡estaría protegida...! ¿Pero qué estaba pensando? Consideraba la idea como si creyese que todos los hombres del pueblo empezarían a atacarla. No creía que fuera para

tanto, pero tampoco estaría demás. ¿Cierto?

—Está bien —accedió.

James sonrió triunfante.

—Mañana. ¿En tu casa o en la mía?

Ella lo consideró. Prefería no regresar mucho ahí, no solo para no volver a toparse con Andy, sino para evitar que alguien los viera. Las tierras de su padre estaban más vacías, y estaba segura de poder evadir a su madre...

—En la mía.

Él asintió.

Trajeron el almuerzo y lo disfrutaron en silencio. Durante este la lluvia disminuyó considerablemente y la ropa de Jade se secó, por lo que, después de acordar con ella la hora en la que comenzarían las practicas, él le ofreció acompañarla a casa. Ella se negó, pero aceptó el carruaje.

James la observó marchar desde la ventana y una sonrisa se formó en sus labios. Había dado con la oportunidad perfecta para tenerla más cerca de él y así poder convencerla de que un matrimonio entre ambos era la mejor opción. No estaba dispuesto a confesar aún sus sentimientos, pues prefería no adelantarse para evitar así posibles consecuencias negativas, como el que ella quisiera alejarse; pero sí dispuesto a hacer que ella comenzara a verlo de otra forma. Y lo lograría, vaya que lo lograría.

Sonrió con ironía al pensar que, al final, se habría salido con la suya.

Capítulo 14

—No puedo creer que esté haciendo esto —expresó Jade observando con meticulosidad el arma que sostenía en sus manos.

—Y yo no puedo creer que lo hayas traído a él —recriminó señalando al zorro que estaba cómodamente acostado a unos metros suyos—. Si se asusta con los disparos y me ataca, tú serás la responsable.

Como si sintiese su desdén, Harry alzó la cabeza y sus ojos amarillos le dedicaron la misma expresión de repulsión que tenía James en ese momento. Luego, no considerándolo importante para perder su valioso tiempo observándolo, volvió a fijar su vista frente a sí.

—Harry no se asusta con facilidad —alegó Jade quitándole importancia al tema—. Sabe que no somos sus enemigos y, por ende, que no lo vamos a atacar.

—Habla por ti —replicó él—. Puede considerarte a ti su amiga, pero dudo bastante que sea yo una de las personas que invitaría para cenar, al menos, claro, que sea la cena— ironizó y Jade blanqueó los ojos—. ¿Cómo fue que terminaste acogiéndolo como mascota? Tengo entendido que los zorros son muy desconfiados.

—Lo encontré por acá cerca, estaba gimiendo. Un desalmado cazador le había herido el pie y se estaba muriendo. No sé cómo logró escapar, pero fue una suerte que lo encontrara vivo.

—¿Lo curaste? —inquirió sorprendido James—. Pero no intentó...

—¿Atacarme? Sí, pero no tenía suficientes fuerzas para llegar a hacerme daño. Una vez curado, no quiso separarse de mí, y yo tampoco me atreví a dejarlo libre. Quedó cojo por esa herida y no iba a poder defenderse ni alimentarse como antes, sería una presa fácil.

James asintió y, a pesar de que le echó otra mirada furtiva al zorro, admiró el buen corazón de Jade. Ninguna otra dama se hubiera atrevido jamás siquiera a acercarse a un animal así, mucho menos a cuidar de él. Esa era otra cualidad para admirar.

—Bien —dijo James olvidándose del animal y centrando su atención en lo que en verdad le importaba—. Disparar no tiene mucha ciencia, solo necesitas un pulso firme, una vista aguda y concentración. Sostenla así —indicó y aprovechó la oportunidad para ponerse detrás de ella y rozar su espalda y gran parte de sus brazos.

Jade sintió un cosquilleo en cada parte de la piel que él rozaba y se le hacía difícil concentrarse en lo que le estaba enseñando.

—La agarras con firmeza con las dos manos, así —mostró guiando sus dedos para que tomara el arma de forma correcta, pero, una vez que lo hizo, no se separó, sino que se mantuvo pegado a su espalda y las yemas de sus dedos rozaron levemente las suyas en una suave caricia—. La vista en el objetivo y las manos firmes —susurró en su oído haciendo que ella se estremeciera. ¿Cómo quería que mantuviera firmeza si hacía eso?—. Normalmente basta como amenazar, pero, si algún día te ves en la necesidad de disparar, ya sea por deporte o por motivos que se te escapan de las manos, no lo dudes y aprieta el gatillo y que no te tiemble la mano.

—Yo jamás mataría a alguien —aseguró ella con voz ahogada.

—Esperemos que jamás sea necesario —insistió él privándola poco

a poco de su contacto—. ¿Por qué no pruebas?

Jade miró la diana improvisada y trató con todas sus fuerzas de concentrarse en ella y no en la sensación que había dejado grabada en su piel.

Apuntó al centro y tomó con firmeza la pistola. Puso el dedo en el gatillo y, sin pensarlo, disparó. El ruido la sobresaltó y la hizo dar un traspié hacia atrás que casi hace que se caiga. El instinto animal de Harry lo hizo levantar la cabeza, pero, al ver que el peligro no era hacia él, volvió a bajarla y se alejó unos metros como si quisiese mantenerse lo más lejos posible del ruido.

James y Jade observaron que la bala había ido a parar al tronco del árbol en lugar de a la diana. Él negó con la cabeza.

—Temblaste y cerraste los ojos. Justo lo que te dije que no se debía hacer.

—No esperarás que me familiarice tan rápido —se defendió—. Jamás en mi vida había tenido una de estas en mis manos.

—Probemos de nuevo —apremió, volvió a cargar el arma, luego se acercó con la intención de tomar otra vez sus brazos para ayudarla con la posición, pero Jade se negó. Estaba segura de que toda la culpa no había sido suya, sino del efecto que él provocaba en ella.

—Está bien.

En esta ocasión, la bala logró atinar a un punto lejano de la diana.

—Necesitas mejorar la puntería —informó y se recostó en uno de los árboles.

Jade lo había guiado a un lugar deshabitado que quedaba en la parte trasera de las tierras. El lugar estaba bastante descuidado, como todas las tierras, en realidad, pero era perfecto para la práctica.

James observó cómo ella parecía practicar la mejor forma de sostenerla y una sonrisa se le vino a los labios ante la imagen. Una dama con vestido sosteniendo un arma a una distancia prudente de sí podía significar algo gracioso, desde el punto de vista de cualquier hombre; algo horrible, si eran las damas de clase alta quienes lo presenciaban. Pero, para él, era una imagen... magnífica. Se preguntó cómo se vería si en lugar de ese horrendo vestido desgastado tuviera puesto uno de noche... Sería algo digno de inmortalizar en un cuadro, al menos para él.

Se preguntó si en el pueblo no habría una costurera que se encargara de confeccionarle uno. Le encantaría verla como aquella vez en la velada musical, elegante, hermosa, digna de atraer todas las miradas... O bueno, tampoco así. A James no le gustaría que alguien más la mirara, al menos, no como lo hacía él, con devoción. Pero aun así le gustaría regalarle un vestido. Solo había un problema: no creía que a ella le gustase ese gesto de su parte. Sí, la había llegado a conocer lo suficiente para saber que era demasiado orgullosa para aceptar algo así y, no solo eso, sino que posiblemente se sintiera mal al recibir un vestido nuevo mientras lord Seaford estaba en la cárcel.

Lord Seaford...

Ese era otro tema. James podía, sin ningún problema, ir a pagar el dinero que el hombre debía para que lo dejaran en libertad, y lo haría, lo haría por ella, porque la amaba y no le gustaba ver cómo se atormentaba su cabeza con el asunto, pues, aunque no lo diera a demostrar en voz alta, a veces sus ojos la delataban, y era completamente normal. ¿Quién podía hacer como que nada pasaba cuando tenías el peso de que un ser querido está en la cárcel? Además, también estaba el asunto de la plaza semanal, había que ir a Londres para ello, y puede que ella hubiera podido ya reservarle algunas

semanas, pero tarde o temprano tendría que viajar y eso significaba nuevos gastos. No se imaginaba lo que ella estaría pasando y deseaba ayudar, solo que ¿lo dejaría así sin más?

Ya le había dejado claro sus condiciones para aceptar el dinero, pero si él iba y lo liberaba sin que ella supiera... la haría sentir mal, y eso tampoco lo deseaba. Ella se vería entonces en la obligación de querer pagarle el favor y, aunque bien es cierto que eso podía favorecer que aceptara su propuesta de matrimonio, James no era de ese tipo de personas a las que les gustaba forzar las cosas. Lo mejor sería tratar el asunto con cuidado y, mientras, mandar a alguien a Londres para que se asegurase de que lord Seaford se encontraba bien.

Jade se percató de que él no le quitaba la mirada de encima, e incómoda, lo encaró.

— ¿Por qué me ves tanto?

Era como si encontrara algo fascinante en ella, cosa que, por supuesto, era imposible, ella no tenía nada de fascinante.

Él sonrió como si su pregunta le causase gracia y respondió:

— Me gusta cómo te ves así, con vestido y un arma en la mano.

Ella bufó ante semejante respuesta.

— Te burlas de mí — afirmó.

— De ninguna manera — aseguró serio para que le creyera.

Ella se sonrojó y desvió la vista a la canasta con merienda que le había pedido a la cocinera que le preparara con la excusa de que pasaría un buen rato afuera con Harry. Había pedido que pusiera suficiente comida alegando haber amanecido con apetito y, aunque la miró raro, no protestó. No obstante, Jade sabía que no tardaría en

enterarse de que había alguien más consigo. Habían sido varios lacayos que habían visto llegar a James a la casa, pero ella prefería no pensar en las consecuencias que eso podría traerle después.

—¿Qué tal si merendamos? —propuso y sin esperar respuesta cogió la canasta y desplegó el mantel que cubría la comida sobre la hierba debajo del árbol. Se sentó y James la imitó.

Harry, que ya había comido antes de la salida, ni siquiera se les acercó, así que la pareja pudo disfrutar de algo de intimidad.

Jade sacó un par de frutas y unos bollos y los fue colocando fuera, para posteriormente comenzar a comer.

La imagen de él a su lado compartiendo con ella la merienda se le antojó bastante agradable. La familiaridad que parecían tenerse la hizo imaginar inconscientemente un cuadro donde esa escena se repetía, y no solo eso, sino que se replanteaba en otros lugares y de diferentes formas. Casi sin ser consciente de ello, Jade empezó a imaginar distintas cosas que podían hacer si decidiera aceptar la vida que él le ofrecía, cosas de las que había perdido la esperanza hacía tiempo.

No pudo evitar ceder a las imágenes que, como mujer, le hacían ilusión. Cenar con él cada noche, sentarse a hablar juntos frente a la chimenea, incluso llegó a imaginarse la cara que tendrían sus niños si llegasen a tenerlos. Era tan maravilloso que Jade se obligó a alejarlas antes de que la envolvieran de tal forma que ya no recordase los motivos por los que debía decir que no.

Muy amargamente, recordó que no debería ni estar compartiendo esos momentos con él; tenía cosas en las que pensar, cosas que había querido dejar a un lado el máximo tiempo posible, pero sabía que no podía posponerlas para siempre. Tenía que pensar en su padre, en

cómo sacarlo de ahí, en cómo mantenerlo... En otras palabras, tenía que atormentarse la existencia pensando en una solución. En cambio, estaba ahí disfrutando de la compañía de un hombre que jamás sería suyo. Qué egoísta y mala hija era.

—¿Sucede algo? —cuestionó él al ver un notable cambio en su semblante.

Jade negó con la cabeza, aunque era obvio que no estaba bien.

—Yo... creo que es mejor dejar esto hasta aquí. Prometo practicar, pero tú no deberías venir más, pronto se formarán rumores.

James blanqueó los ojos como si hubiese sido demasiado esperar que no sacara ese tema.

—¿Qué puede decir la gente con que te venga a visitar? Mientras sea cuando tu madre esté en casa...

—Puede que no tenga tantas personas al servicio como antes, pero siempre hay alguien que puede correr el chisme... La sociedad empezará a hacer suposiciones erróneas...

—Son erróneas porque deseas que lo sean —protestó él sin poder contenerse.

—Pronto me agradecerás que te haya librado del escándalo...

—Mi familia vive en constante escándalo —adujo él intentando hacerle ver que eso le importaban un rábano—. Rubí Loughy fue encontrada en una posición comprometida con el marqués de Aberdeen. Topacio Loughy vivía escandalizando a la sociedad con su lengua. Zafiro Loughy se fugó a Gretna Green con un Allen. ¿Sabes quiénes son los Allen?

—¿La familia problemas? —preguntó frunciendo el ceño mientras recordaba.

—Exacto. Esmeralda no ha hecho nada aún, pero con esas referencias no me sorprendería que terminara comprometida con la peor paria de la sociedad. A mí no me interesa el escándalo ni lo que la gente hable; al final, mientras sigas teniendo dinero y posición, es muy probable que sigan sonriéndote de frente.

Jade bajó la mirada, pero no permitió que la esperanza se avivara en su corazón. No aún.

—No puedes despacharme sin siquiera darme una oportunidad — dijo con un tono casi de súplica.

James miró sus ojos azules y se quedó muda de asombro al distinguir en ellos un verdadero anhelo por que ella cediera.

—¿Por qué? —musitó incapaz de comprenderse anhelada por algún hombre?

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué ese interés en mí? ¿Tan fuerte es tu deseo?

Su expresión se volvió dura.

—¿Acaso dudas de tu capacidad para atraer a alguien en otro plano que no sea el físico? —preguntó y al ver que no respondía, continuó—: Debes estar muy dañada para pensar así, Jade. Eres una persona maravillosa.

Jade soltó una risa carente de humor.

—No tienes que endulzarme el oído ni aumentar la confianza en mí misma. Sé quién soy y lo que valgo...

—No, no lo sabes —interrumpió—. Si lo supieras, no hablarías así de ti misma. Eres maravillosa porque eres especial.

—Soy rara.

—Mejor. ¿Para qué quieres ser como las demás? ¿Crees que alguna de esas damas que visitan Almack's hubieran sido capaces de rescatar a un zorro herido y tenerlo a su cuidado? ¿Piensas que cualquier joven de clase alta hubiera estado dispuesta a hacer lo que tú para salvar a su familia? Muchas preferían morir de hambre antes de caer tan bajo. Primero hubieran buscado a un hombre rico al que llevar al matrimonio bajo sabrá Dios que artimañas. Eres especial. Además, si fueras normal, jamás encajarías en mi familia, te lo he dicho, todos están locos.

Ella intentó sonreír, pero se le hizo difícil cuando los ojos empezaron a llenarse de lágrimas. Jamás le habían dicho algo así, jamás con tanta seguridad. Los sentimientos parecieron revolotear a su alrededor y de pronto todas las razones que le parecían bastante válidas para rechazarlo, parecieron carentes de argumentos, solo porque las de él tenían más peso sobre su mente. Escucharlo decir que era especial tenía más peso que lo que había escuchado a lo largo de su vida y que se repetía constantemente a sí misma, como si sus palabras fueran las únicas que deberían tener valía.

—No entiendo —confesó con voz ahogada—, no entiendo por qué eres así. No entiendo cómo puede haber gente tan buena en el mundo. No logró comprender por qué me ha tocado conocerte ni por qué pareces querer hacer de mi ángel guardián. Te preocupas por mí cuando nadie lo había hecho en mi vida, todos sabían que era capaz de hacerlo sola. Esto... esto es algo a lo que no estoy acostumbrada.

No pudo evitar desahogar todo lo que alguna vez pensó y James sonrió ante la evidente confusión que tenían sus ojos. Estaba igual que él hace unos días, completamente perdida en sus emociones, pero él sabía que en el fondo se la estaba ganando. Lo veía en su mirada, lo sentía, o quizás solo había pasado mucho tiempo con el duende que

tenía en casa, pero prefería guardar las esperanzas.

Estuvo tentado de confesarle sus sentimientos, pero calló en el último minuto. ¿Cómo le explicabas a alguien que conocías hace poco más de una semana que te habías enamorado de ella? Sonaba absurdo incluso para sus oídos. Prefirió no presionarla.

Limpió con delicadeza una lágrima traicionera que se había escapado de la prisión de sus ojos y ella le sonrió dulcemente. Él se acercó, dispuesto a borrar con sus labios cualquier otro rastro de tristeza, pero, entonces, silencioso como el aire, el zorro saltó y aterrizó en el regazo de Jade obligándolo a retroceder.

James miró al animal que se acurrucaba con felicidad en los brazos de su ama y este le regresó la mirada, que, a su parecer, estaba llena de burla.

Bufó y volvió a recostarse en el árbol mientras miraba cómo el animal se llevaba toda la atención de Jade y concluyó que era oficial: tenía celos del estúpido zorro.

Capítulo 15

—Si mi hermana viera esto, jamás lo creería —comentó Jade observando con satisfacción cómo la bala había dado casi en el centro de la diana.

James llevaba una semana entera visitando todos los días su casa y, aunque posiblemente los rumores no tardarían en divulgarse, ella había decidido dejar de prestarle atención al asunto. Primero, porque tenía más cosas en la cabeza, como que en una semana debería buscar la forma de viajar a Londres para comprobar el estado de su padre y pagarle una plaza de la cárcel; y segundo, porque la compañía de él era lo único que les proporcionaba cierto alivio a sus penas y, a pesar de su recelo inicial, ya no estaba dispuesta a renunciar a ella. La hacía sentir bien y eso era algo escaso en su vida.

—¿Por qué? —inquirió despreocupado observando con satisfacción la bala casi en el centro.

—¿No es obvio? Yo, Jade Kingsley, jamás en mi vida me hubiera visto a mí misma con un arma; Susan menos. Para ella era una persona sensata, tranquila. Mi mayor rebeldía fue cuando insistí en que Harry se quedara con nosotros. —Negó con la cabeza—. Todavía todo esto me parece inverosímil.

—¿Querías mucho a tu hermana, no es así? —preguntó notando el ligero tono de tristeza que imprimió al decir su nombre.

—Era mi mejor amiga, solo me llevaba dos años. Ella era dulce,

hermosa, buena... —Cerró un momento los ojos presa en los recuerdos y los abrió segundos después, aguados por las lágrimas contenidas—. No entiendo por qué se llevaron a un ser tan bueno. No es justo.

Sintiéndose culpable por haber traído a colación esos recuerdos, James le pasó un brazo por los hombros en un intento de consuelo.

—Lo siento, no debí...

Ella negó con la cabeza y se limpió las lágrimas, luego le mostró una débil sonrisa.

—No importa. La recuerdo siempre con cariño. Sé que sus últimos días los pasó felices, porque su prometido estuvo con ella. ¿Te conté que se iba a casar con un barón?

Él asintió.

—Él también era una buena persona, pero después de su muerte... quedó destrozado. Podía verlo en sus ojos. Algo dentro de él parecía roto. Creo que estaba más afectado que yo misma.

—¿Quién es?

—No te lo diré. Ahora no tiene la mejor reputación, y prefiero que lo veas como lo veo yo. Sé que en el fondo sigue siendo bueno, nos mantuvo por casi cuatro años después de la muerte de Susan.

—¿En serio? —su tono delataba la sorpresa que le causaba esa acción. Si nunca hubo matrimonio, el hombre no tenía ninguna responsabilidad de mantener a los Kingsley. Que lo hiciera demostraba un gran corazón y no podía entender qué tan grave fue lo que hizo para que ahora no tuviera buena reputación.

Ella asintió.

—Sí, pero me cansé de que mi padre abusara de su generosidad y le hice creer que ya no precisábamos su ayuda, y a mi padre le dije que él nos había manifestado ya no poder ayudarnos.

Una sonrisa se le escapó ante la acción. Era de extrañar que la orgullosa mujer no quisiera seguir recibiendo caridad de alguien ni seguir aprovechándose de él.

Como cada día, tendieron un mantel sobre la grama para comer el almuerzo preparado por la cocinera y se sentaron en él.

—Pensé en pedirle a él que fuera mi amante —habló en tono casual partiendo una hogaza de pan y ofreciéndole la mitad—, pero no me atreví. ¿Qué tal si se ha casado ya?

Él intentó como pudo alejar la rabia que le suscitaba que ella siguiera mencionando el tema del amante. Temía que aún no se hubiera quitado la absurda idea de la cabeza, pero se reconfortaba diciéndose que solo sobre su cadáver permitiría que alguien más la tocara. Primero muerto antes de dejar que alguien más probara sus labios. No consentiría que otra persona disfrutara del sabor de su boca, del calor y la suavidad de su piel. Así tuviera que montarle guardia las veinticuatro horas del día para evitar que cometiera una estupidez.

Jade pareció notar que su comentario no le había agradado y consideró la posibilidad de cambiar de tema a uno menos peligroso. Durante esos días, había reconsiderado su situación y, aunque sabía que era menester encontrar una rápida solución a sus problemas, no hallaba ninguna que favoreciera a todos. No quería casarse con él por miedo arruinarle la vida, pero tampoco deseaba buscar otro amante porque no concebía ser tocada por nadie más que no fuera él. Mentiría si dijese que seguía en la misma posición que antes. Quería casarse con él, estaba a nada de darle el sí, no solo por su familia, sino porque

sentía que se estaba enamorando.

No había que ser muy romántico para saber que la atracción ya superaba lo físico y los límites de lo normal. Se estaba enamorando, quizás ya se había enamorado. Cuando le decía tantas cosas bonitas, cuando la hacía sentir segura. Que su mera presencia bastara para sacarle una sonrisa interior no debía ser producto de algo que se pudiera explicar con lógica. Sí, se estaba enamorando aunque cada parte de sí gritaba para que alzara defensas para evitarlo. Se negaba a caer, se negaba a caer de nuevo y salir lastimada. Se negaba a casarse con él y, sin querer, lastimarlo. Cada vez que se planteaba la posibilidad de aceptar, unas feas palabras venían a su mente y la alejaban de la ilusión: «Eres demasiado tonta si creíste eso. No eres hermosa, ni siquiera interesante incluso para alguien como yo. Solo te salva la posición que, por lo que veo, también estás perdiendo».

Los ojos se le llenaron de lágrimas y luchó con todas sus fuerzas para alejarlas. Ya no le importaban, esas palabras se suponía que ya no le importaban, pero todavía se clavaban como un puñal en su herido corazón y alguien lo retorció cada vez que las recordaba. Él se merecía alguien mejor, ¿cierto?

Al ver el estado en el que de pronto se encontró, James se acercó a ella y tomó su cara preocupado. Ella lo miró e intentó controlarse, pero fue inútil, las lágrimas empezaron a salir en contra de su voluntad y su cuerpo se empezó a convulsionar. Abrazó sus rodillas y escondió su cara entre estas para evitar que él la viera avergonzada de sí misma con esa muestra de debilidad. Todas las penas acumuladas y afrontadas durante años en silencio parecieron ponerse de acuerdo para aparecer en ese momento. Desfilaban ante sus oídos las palabras despreciativas de su madre por no ser como Susan. El tono condescendiente de su padre como si siempre le tuviera pena; y como

cereza del pastel, las palabras de Andy que habían destrozado cualquier ilusión juvenil que pudo haberse formado en su vida.

Sintió cómo James la abrazaba y la atraía hacia sí con palabras calmantes, pero tuvieron que pasar varios minutos antes de poder calmarse, y muchos más para atreverse a alzar la cabeza y enfrentarse a la mirada inquisitiva de James. Si no creía que estaba loca, era obra de un milagro.

—Jade... ¿Estás bien? —su tono era cauteloso, tenía miedo de asustarla más.

Ella sorbió su nariz y lo miró a los ojos que siempre le infundían tranquilidad. Estaba preocupado, y no era para menos. No tenía idea de qué le había pasado y ella no sabía si quería explicar.

—Sí, es solo que... no pude con los recuerdos de mi hermana. Lo lamento.

Cuando él afirmó que sabía reconocer una mentira suya, debía ser verdad, ya que su rostro era pura duda.

—¿Sabes que puedes confiar en mí? —preguntó con tono suave.

Jade le regaló una pequeña sonrisa.

—Siempre —respondió y en un impulso no aprobado por su cerebro, rozó sus labios con los suyos.

No sabía por qué, pero una necesidad la impulsó a querer su contacto como si este fuera un calmante a sus emociones. No debía, no debía si deseaba mantener las cosas a raya, pero vaya que lo necesitaba. Solo un poco, se dijo, pero James parecía tener otros planes, porque tomó posición de su boca apenas estos hicieron contacto.

Ella no se hizo rogar al respecto, y pegó su cuerpo al de él.

Necesitaba sentirlo cerca, lo necesitaba. Se besaron con pasión, presteza. Sus labios se rozaron y sus lenguas exploraron con gusto, deseosas de conocer cada parte de la boca del otro como si de esa forma pudieran conocer cada parte de su ser. Jade le enlazó los brazos al cuello y él la tomó por la cintura empujándola hacia atrás y haciéndola recostar en el césped.

Debió haber protestado, pero ningún sonido salió de su boca. En ese momento esta solo era capaz de soltar gemidos ahogados por la boca de él, y sus manos, que debieron haberlo empujado, estaban muy ocupadas acariciando su espalda y deleitándose con cada músculo de su cuerpo.

Estaba perdida. Completa y absolutamente perdida en las sensaciones de su cuerpo y ninguna fuerza por muy latente que fuera podía haberla despegado de ahí. No quería alejarse, y ser deshonrada en medio del campo sobre un mantel no parecía ser un mal grave. No mientras fuera él quién lo hiciera. No mientras James siguiera haciendo lo que estuviera haciendo con sus labios sobre los suyos.

Nunca se había emborrachado, pero podía decir, sin temor a equivocarse, que eso que sentía en ese momento debía ser algo muy parecido a la ebriedad. No era capaz de pensar con claridad y el sentido común se había ido de vacaciones. Solo le importaba que el momento durase lo más que pudiese.

Cuando él separó sus labios, ella ahogó un jadeo de protesta, pero cuando se posaron en su cuello, suspiró y un pequeño jadeo salió de ella, haciéndosele desconocida su propia voz. Sus manos hicieron presión para atraerlo más hacia ella y las de él empezaron a viajar desde su cintura hasta sus pechos, acariciándolos por encima de la tela y posteriormente bajando esta para dejarlos al descubierto, feliz porque Jade no llevara un corsé que los retuviera u obstaculizara lo

que pensaba a continuación.

Acarició sus senos hasta que las puntas se endurecieron, y con la boca entre el hueco del hombro, hizo que su lengua acariciara ese punto sensible a la vez que sus manos jugaban con los pezones.

Jade sintió que una necesidad crecía dentro de ella y por instinto alzó una pierna y la encajó en la cadera de él, buscando mitigar esa molestia que empezaba a formarse dentro de su vientre, en esa parte jamás tocada.

—Jade —musitó él con voz ronca alzando un poco la cabeza para hablarle al oído— mi hermosa Jade. Cásate conmigo. Te haré feliz, te lo prometo.

Esas palabras con tanta ternura impresa fue lo que necesitó el poco sentido común que le quedaba para desaparecer. De pronto, ya nada tenía la importancia de antaño, sino que habían adquirido nuevas ideas egoístas. Lo quería, deseaba ser su esposa, y ya ni la certeza de un futuro horrible parecía poder menguar su ánimo. Si después se arrepentía, habría tiempo para considerar el asunto, pero ahora solo atinó a decir:

—Sí. Sí.

Fue solo un susurro, pero le bastó a James, porque sonrió y volvió a tomar su boca con posesión en celebración.

Consciente de que no podía deshonrarla ahí, utilizó toda su fuerza de voluntad para separarse. Ella protestó, pero él se limitó a acariciarle una sonrojada mejilla y acomodarle el corpiño antes de que perdiera el control. Cuando estuvo algo presentable, volvió a darle un último beso solo para sellar la promesa hecha, para marcarla como lo que era, suya. Suya para siempre.

Capítulo 16

— ¿Qué sucedió con Andy Brickner? —le preguntó Jade cuando iban de regreso a su casa.

No es que lo que le pasara al hombre le interesase ni mucho menos, pero, ya que de forma indirecta él y sus recuerdos habían sido el causante de que casi se desplomase de esa manera frente a James, le vendría bien saber qué había sido del objeto de sus pesadillas y si seguía en la casa Richmond, pues de ser así, tendría que prepararse mentalmente para encontrárselo de vez en cuando. No obstante, debió haber sabido que la rabia demostrada por James después de aquel pequeño incidente no era algo que tomar a la ligera, y que el hombre no saldría indemne tan fácil después de lo que le hizo.

—Le notifiqué al señor Brickner que su hijo tenía que abandonar la propiedad por motivos graves. Como es un hombre de confianza, él podía quedarse, pero solo si su hijo se iba en el período de dos semanas a lo mucho —contestó con tranquilidad y apretó los puños como si la solución diplomática no hubiera sido la primera opción—. El hombre debía saber la clase de criatura que era su hijo, porque no puso mucho pero y me aseguró que lo mandaría con un hermano que era arrendatario del marqués de Milford para que trabajara con él las tierras.

Un suspiro de alivio inconsciente se escapó de su boca al saber que ya no lo volvería a ver más. Grave error de su parte, pues trajo a colación aquel tema que no quería sacar.

—¿No vas a decirme qué te hizo? ¿Ni siquiera ahora que nos vamos a casar?

Ante la mención del matrimonio, Jade se ruborizó recordando los términos en los que había dicho que sí. Aún no podía creer haber perdido la suficiente fuerza para aceptar, pero le era imposible echarse para atrás; y no porque no quisiera, pues la posibilidad le venía rondando la cabeza desde que emprendieron el camino de regreso, más bien era que no podía. Su boca se negaba a dejar salir un arrepentimiento porque no estaba en lo absoluto arrepentida, y su alma, que ya era consciente del gran nivel al que estaba atada en la de él, objetaba ante cualquier idea que pudiera entorpecer su creciente felicidad. Porque le hacía feliz, le hacía inmensamente feliz pensar en compartir la vida con ese hombre que apareció de improvisto en su camino solo para traerle dichas. Le hacía feliz solo el hecho de estar a su lado. Le hacía feliz saber que la veía de una forma que nadie más podía y ella quería con todo su ser devolverle parte de esa felicidad, a pesar de que los pensamientos negativos se agolpaban en su mente desfilándole por el frente y recordándole por qué debería dar marcha atrás. Pero no podía, ya no, aunque eso significase un futuro desconocido y al que temer.

—Precisamente por ello, ya no tiene importancia —contestó. No quería revivir viejos tiempos, o puede que su positividad se fuera al traste.

Su rostro dejó claro lo poco conforme que había quedado con esa respuesta, pero ya fuera porque no quería presionarla, o simplemente porque no quería arruinar el momento, no insistió en el tema y le regaló una de esas sonrisas que hacían de su rostro la envidia de cualquier ángel.

—Hablando de la boda, ¿para cuándo crees que podrá ser?

¿Quieres que hable con tu madre o prefieres hacerlo tú? ¿Aquí o en Londres...?

Jade rio ante el evidente entusiasmo del hombre que superaba el suyo propio. Por un momento se permitió creer que era más que el deseo o un sentimiento de protección lo que lo había impulsado a proponerle matrimonio, pero se negó a hacerse muchas ilusiones, no aún. Ella no era de las personas que podían enamorar a un hombre en tres semanas.

—Cuando quieras. Yo hablaré con mi madre y... preferiría que fuera aquí. Tampoco quiero que sea algo muy extravagante... No me gustan las grandes celebraciones, me ponen nerviosa.

James frunció ligeramente el ceño ante esa última frase. A ella le preocupó que lo hubiera molestado de alguna manera. Era hijo de un duque, debía estar acostumbrado a lo ostentoso y a las grandes celebraciones, puede que deseara que su boda fuera así. Solo que ella no se veía capaz de soportar una celebración semejante. Con gente que la mirara de forma indiscreta y lanzara indirectas en cada felicitación.

—¿Algún problema? —preguntó dudosa.

—No... bueno, sí. Rowena es el problema.

—¿Rowena?

Él asintió.

—Mi cuñada —se explicó al ver que ella no comprendía—. ¿Recuerdas que te mencioné su manía por casar a todo el mundo? — Cuando Jade asintió, continuó—: Bien, gran parte de esa manía se debe a la satisfacción por organizar la boda. Y «sencillo» no está precisamente en su vocabulario ni lo estará nunca. Si quieres algo sencillo, ella no se puede enterar.

Jade no estaba entendiendo mucho.

— ¿Eso qué quiere decir?

— Que tendré que conseguir una licencia especial y casarnos aquí sin que ellos se enteren. — Al ver que ella abría la boca sorprendida añadió—: Al menos que quieras esperar mínimo dos meses y soportar sabrá Dios cuántas pruebas e idas Bow Street. Yo no deseo esperar tanto tiempo, te puedes arrepentir —le sonrió y Jade negó con la cabeza ante su falta de seriedad—. Iré a Londres mañana mismo y estaré regresando en unos tres o cuatro días con una licencia especial. Podremos casarnos cuando quieras.

Jade asintió y en ese momento llegaron a la puerta de su casa. Él tomó su mano con intención de plantar un beso en ella, pero cambió de opinión a última hora y la atrajo hacia sí para darle un beso corto y suave en los labios. Cuando Jade entró a la casa, lo hizo con una sonrisa algo tonta.

Atravesó el vestíbulo y fue directamente hacia su cuarto donde Harry la esperaba. Lo había encerrado ahí para evitar que causara un disgusto a su madre o a alguien más. Lo tomó en brazos y lo abrazó trasmitiéndole la alegría de ese momento.

— Oh, Harry, ¿crees que esto pueda ser real?

En el fondo, tenía miedo, mucho miedo de que fuera una felicidad temporal. Los pensamientos negativos y la idea de no ser suficiente no la abandonaban del todo a pesar de que la alegría de saberse pronto su esposa se instalaba como principal sentimiento. Era muy difícil dejar de lado todas las convicciones en las que se basó para rechazar en un principio el matrimonio, pero estaba dispuesta a intentarlo, de todas formas, dudaba que él la dejara echarse para atrás.

Diciéndose que tenía que informarle a su madre, inició su

búsqueda y la encontró, como siempre en los últimos días, encerrada en su habitación, con un camisón puesto y una toalla húmeda en la cabeza para amortiguar un supuesto dolor. Dadas las circunstancias, Jade comprendía la negativa de su madre por dejarse ver incluso por la ventana, pero le empezaba a preocupar ese estado suyo de reclusión. Temía que pudiera estar deprimiéndose y no tuviera suficiente valor para afrontar lo que venía.

—Madre —musitó llamando su atención.

Lady Sarford se incorporó un poco y miró a su hija con desdén por haberla molestado en su santuario.

—¿Qué deseas? —preguntó cortante.

Jade ignoró el tono y se acercó hacia ella recostándose levemente en el espaldar de la cama.

—Tengo noticias. Me casó —informó sin sutilezas— con lord James Armit.

Las preguntas que esperó de su madre ante tan extraño compromiso jamás llegaron. En cambio, soltó un discurso parecido al de la señora Bennet cuando Lizzi le dijo que se casaba con Darcy y, al final, su malestar desapareció como por arte de magia y Jade se encontró por primera vez en su vida recibiendo un abrazo verdadero de su progenitora.

—Oh, Dios. Oh, Dios. Yo sabía que no nos podías abandonar. Esto es maravilloso Jade, maravilloso.

Su madre siguió soltando halagos al menos cinco minutos más antes de correrla de la habitación para cambiarse. Sabía que ese ánimo se debía solamente al buen partido que significaba y el dinero que podía sacarlos de la ruina. Esa parte seguía sin gustarle mucho a Jade, pero sería absurdo intentar decirle que no pagara sus deudas cuando

sabía que no tenía otra opción, y él tampoco le daría opción. A cambio, ella esperaba poder hacerlo, aunque fuera, un poco feliz. Solo esperaba que pudiera ser posible.

Por la noche, ya todo parecía haber vuelto a la normalidad, en lo que cabía. Su madre ya no estaba deprimida y canturreaba feliz por toda la casa que su hija se casaba. Jade se tuvo que retirar temprano solo por evitarte toda la celebración, pero el insomnio no la dejó dormir por un buen tiempo. No sabía si producto de la emoción, o de la incertidumbre del futuro.

¿Qué tal si la familia de él no la aceptaba? James había afirmado que no eran personas comunes, pero no dejaban de ser un poco intimidantes. Podían pensar que se había aprovechado de él, o que se había valido de alguna maña para atraparlo. Ahora que lo pensaba, ni ella misma estaba segura de los motivos de él para casarse: ¿pena?, ¿compasión? Quizás solo deseo, deseo que se acabaría y a saber dónde terminaría el matrimonio, pero no quiso torturarse más con eso, al menos no por esos días. Se le presentaba la oportunidad de ser feliz aunque fuera por escaso tiempo y debía aprovecharla. No debía atormentarse más.

Se removió en la cama y cerró los ojos dispuesta a dormir cuando tocaron la puerta.

Segura de que era su madre que quería decirle algo con respecto a la boda que se le había olvidado, abrió la puerta y la sorpresa no pudo ser mayor cuando se encontró a James fuera de su cuarto.

Preguntar cómo había entrado era absurdo, sabía que por aquella ventana que debía arreglar, pero sí le interesaba saber el motivo.

— ¿Qué haces aquí? —le cuestionó haciéndose a un lado para que pasara.

Harry vio a la visita inesperada con desdén, pero acostumbrado de mala gana a su presencia, no hizo nada.

—He venido a que me des un beso de despedida —declaró James rodeándola por la cintura y atrayéndola hacia sí.

Jade jadeó sorprendida cuando sus torsos se unieron y alzó la mirada para encontrarse con un brillo pícaro en sus ojos. Su respiración inevitablemente se aceleró al recordar los acontecimientos de ese mismo día y empezó a sentir calor sin motivo alguno. Podía adjudicarlo a la vergüenza de que la viera en camisón, pero él ya la había visto de esa forma, y no se había sentido así la última vez.

—Estás jugando —aseguró en un tono de voz nervioso. ¿Por qué estaba nerviosa?

Él no cambió su expresión y ella supo que hablaba en serio.

—¿Has venido aquí casi a media noche solo a robarme un beso?

—Esperaba que me lo dieras por voluntad propia. Pero si tengo que robarlo... —inclinó la cabeza, pero Jade rio y desvió la cara.

—Estás loco —declaró.

—Quiero que me de buena suerte en el viaje —aseguró muy serio—. Solo uno... o dos.

Volvió a inclinar su cabeza y esta vez consiguió que sus labios se juntaran. Jade correspondió al beso y, por varios minutos, no hicieron más que besarse y disfrutar del contacto del otro. Ella le rodeó el cuello con los brazos y él la apretó más contra sí, disfrutando de su sabor, de su textura. Bebiendo de él y saboreándolo como el vino más caro y exquisito.

Cuando se separaron, una sonrisa marcaba ambos rasgos.

—¿Me vas a extrañar? —susurró contra sus labios.

Ella lo miró un poco ida. ¿Por qué siempre le hacía ese tipo de preguntas cuando su cerebro no era capaz de decir otra cosa que no fuera:

—Sí.

Él amplió su sonrisa y le echó un vistazo a la cama.

—Y... ¿si nos despedimos de una forma más profunda? —propuso con voz ronca.

Jade se ruborizó hasta las orejas y lo apartó de sí con una mirada que intentó que fuera de reproche, pero la diversión no se pudo escapar de sus ojos.

—No lo creo —dijo, pero al ver que él consideraba con seriedad el asunto, añadió—: Mi madre está a unos cuartos de aquí. No, definitivamente no.

Él compuso una expresión de pesar, pero la alegría volvió a asomar a sus ojos antes de robarle otro beso, esta vez más corto.

—Nos vemos en unos días. Muero por casarme contigo —dicho eso, se dirigió a la puerta sin percatarse de la expresión preocupada que de pronto se había instalado en la cara de Jade.

—James... —lo detuvo antes de que abriera—. ¿Estás seguro de que la boda es lo que quieres?

James empezaba a exasperarse de esa manía suya por querer convencerlo de que estaba equivocado, cuando estaba muy seguro de que lo que hacía.

—Completamente seguro, y es mejor que no te estés arrepintiendo, porque entonces solicitaré la ayuda de tu madre para arrastrarte a la

vicaría y obligarte a decir el sí —amenazó con una sonrisa y lanzó un beso al aire antes de salir.

Jade se dejó caer en la cama y una pequeña sonrisa de esperanza apareció en su rostro. Todo saldría bien, tenía que salir bien.

Dos días después Jade extrañó la presencia de James cuando decidió ir a practicar con la pistola; después de escabullírsele a su madre y evitar toda la cháchara sobre la boda que se estaba creando. Había olvidado mencionarle que no sería ningún evento esplendoroso, pero prometió que lo haría en cuanto regresara. Primero, seguiría con su práctica porque le había agarrado cierto gusto al arma que el hombre le había regalado.

Llegó al lugar donde todavía seguía la diana colgada, miró a su alrededor para comprobar si al final Harry la había seguido o no. Como no quería estar sola, había decidido llevarse al zorro consigo, pero el animal no parecía estar de ánimo y se había negado a seguirla, por lo visto.

Encogiéndose de hombros, cargó el arma como le había enseñado James y se preparó para lanzar, pero justo cuando estaba a punto de apretar el gatillo, jalaron uno de sus brazos con demasiada fuerza haciendo que, de la sorpresa, la pistola cayera al piso. No tuvo tiempo de pensar en lo que había sucedido, pues en menos de un parpadeo se encontró pegada en uno de los árboles con una mano sobre su boca y unos ojos azules que la miraban enfurecidos.

—Tenemos que hablar.

Capítulo 17

Jade observó cómo ese brillo de enojo en los ojos de Andy Brickner se intensificaba al verla y un escalofrío le recorrió la columna vertebral ahora pegada al duro tronco del árbol.

Con lo que le dijo James ayer, ella había creído que el hombre no representaría más un problema, pero, si le había quedado alguna duda de que lo sería, se acababa de expandir y confirmar de la peor manera.

Usó todas sus fuerzas para quitárselo de encima, pero el hombre la tenía acorralada, y mientras una mano le tapaba la boca para evitar que un grito se escapara, la otra le inmovilizaba el cuello y mantenía su cabeza apretada contra el tronco.

—Parece que te has ido de la lengua —le susurró cerca del oído causando que el miedo incrementase y su corazón empezara a bombear con más fuerza, mientras, su cerebro buscaba por todos lados una vía de escape—. ¿Tienes idea de lo que me ha ocasionado todo esto? Mi padre me va a mandar lejos y yo voy a tener que pasar el resto de mi vida trabajando como un vulgar ranchero. No estudié todos estos años para esto. ¡Tenía que ser el siguiente administrador, tenía que... ¡Ah! ¡Maldita seas! —blasfemó cuando Jade mordió con fuerza su mano hasta hacerlo sangrar. Para su infortunio, eso no consiguió que quitara su mano de su cuello y alejara el temor de que podía matarla con un solo apretón.

—Eso te lo has buscado tú —espetó—. Yo no he dicho nada. Los actos han hablado por sí solos.

En cierta parte era verdad. Ella no le había contado toda la historia, pero James no era tonto.

—¡Mentirosa! —gritó—. Si no le dijiste nada, entonces ¿por qué pidió a mi padre que me fuera? ¿te alzaste la falda para él? ¿Es eso? — una sonrisa macabra se formó en sus labios y una carcajada brotó de su garganta—. Por supuesto que es eso. Ya decía yo que eras una...

—No te atrevas —le advirtió Jade con sus ojos centellando determinación. Poco le importó que él todavía tuviera su mano sobre su cuello y ejerciera una leve presión en él, el enojo había empezado a crecer y le daba un valor antes desconocido—. No te atrevas a insultarme ni a echarme culpas que te corresponden. Lo mejor será que te vayas si no quieres meterte en un lío mayor con el que será mi futuro esposo.

Por un momento, Jade se permitió disfrutar del brillo de sorpresa y temor que dibujó los ojos de Andy ante sus palabras, pero no duró más de unos segundos, porque el hombre se recompuso.

—¿Has lograrlo atarlo al matrimonio? Eso sí es una novedad. Pobre lord James, lo compadezco. Pero eso no me importa. Escúchame bien. Yo solo deseo recuperar mi lugar, así que vas a hablar con el hombre y este me va a permitir quedarme, entiendes.

—¿Por qué habría de hacer eso?

Andy volvió a sonreír de esa forma espeluznante. Tenía la impresión de que esperaba justo esa pregunta.

—Porque si no, haré correr el rumor de nuestra pequeña relación. Quizás pueda adornarla un poco. ¿Qué pensaría la gente de que la correcta señorita Brickner tuvo amoríos con el hijo de un adiestrador

en su juventud? Qué mancha. Sobre todo, cargando ya con la de tu padre. El buen juicio de lord James se pondrá en entredicho.

Jade sintió como su cara empezaba a enrojecer por la sangre que el corazón bombeaba a toda velocidad debido al coraje.

—Nadie creará semejante absurdo —retó—. La palabra del hijo de un administrador contra la de la hija de un barón.

—La gente cree lo que le es más conveniente, querida. Eso si no contamos las cartas tuyas que aún conservo —se burló Andy y Jade palideció al recordarlas—. Al menos me darán el beneficio de la duda. Además, estamos hablando de la hija de un barón que está en la cárcel por moroso. Admítelo, lo mejor será que... ¡Aaaah!

El grito desgarrado que salió de la garganta de Andy fue seguido de la liberación de su cuello. Jade buscó al causante y se dio cuenta de que Harry lo había mordido dejándole una fea herida en la pierna. El zorro se había acercado tan sigilosamente como solo un animal de su especie era capaz y había esperado el momento de mayor distracción del hombre para atacar. En pocas palabras, la había salvado. De nuevo.

Sin perder mucho tiempo, Jade localizó la pistola que había ido a parar al piso durante el ataque y apuntó con ella al hombre que se retorció en el piso. Cuando este alzó la vista, se encontró con el cañón apuntando a su cabeza.

—Vete —le dijo Jade con la respiración acelerada por el esfuerzo de mantener los nervios a flor de piel.

Al contrario de lo que pensó, el hombre no se inmutó. Intentó formar una sonrisa con sus labios, pero una punzada de dolor en el pie se lo impidió, así que tuvo que conformarse con decir:

—Esta me las pagarás. Intenté llegar a un acuerdo, pero veo que no

funcionará —Tras varias muecas de dolor, se puso de pie—. Quizás le dé la excusa perfecta a lord James para librarse de ti y de ese compromiso en el que sabrá Dios cómo lo embaucaste.

—¡Márchate! —gritó Jade esta vez sin controlar el temblor de sus manos. Él pensaba que ella no sería capaz de disparar, y puede que tuviera razón, pero no pensaba quedarse a comprobarlo.

—Puede que incluso me esté tan agradecido que olvidemos el pasado. Admítelo, Jade. Nunca serás suficiente para nadie. Jamás podrás compararte con Susan ni en encanto ni en belleza. Ahora ni siquiera tienes dinero. ¿Por qué alguien querría unirse a ti sin ninguna razón válida?

El veneno que destilaban las palabras de Andy trajo a colación todas las veces que había escuchado esas mismas oraciones, y se internó en su sangre recorriéndola entera, provocándole un agonizante dolor interior que la hizo perder los nervios. Se escuchó el sonido de un disparo y poco tardó en darse cuenta de que ella había disparado.

Horrorizada, desvió su vista hacia Andy y respiró aliviada cuando vio que no tenía ninguna herida nueva, pero el disparo había servido para que toda la valentía que había destilado hacía poco se esfumara y la sangre abandonara su cara. Dispuesta a aprovechar esa oportunidad, corrió por el bolso en donde guardaba las municiones y se apresuró a cargar la pistola. Él quiso acercarse para evitarlo, pero Harry se le interpuso en el camino. La sangre aún entre sus dientes, el zorro se la saboreó como si la disfrutase y eso, más la escena de ella cargando la pistola, fue lo que buscó para que se alejara cojeando del lugar.

Una vez que desapareció de su vista, Jade soltó el arma y se desplomó en el suelo, dejando, como la vez anterior, que las lágrimas

vagaran por sus mejillas y recorrieran libremente su cara, agradeciendo que esta vez no hubiera nadie, aparte del zorro, que fuera testigo de su desgracia y debilidad.

El animal se acercó a ella e intentó llamar su atención, pero Jade solo podía pensar y pensar en lo que se avecinaba. Las palabras de Andy le afectaron, le afectaban como le venían afectando toda su vida, pero no tenían tanta relevancia porque ya estaba acostumbrada a ellas. El problema era lo que él estaría dispuesto a divulgar solo por desprestigiarla. Si su posición fuera otra, si su padre no estuviera preso y pudiera defenderla, puede que el asunto careciera de importancia. Pero estaba sola, vulnerable, ¡y él tenía esas malditas cartas como prueba!

Jade recordaba con exactitud cuando se las enviaba. Mantenían correspondencia cuando no podían verse, y en ella expresaba el cariño que afirmaba tenerle. Jamás se mencionó nada indecoroso, pero sin duda constituirían una prueba contra su prestigio.

Lloró más fuerte reprendiéndose por su estupidez hasta que se quedó sin lágrimas. Si él hablaba, no habría nada que la librara de escándalo. Estaría total y absolutamente arruinada si no lo estaba ya. Si James se casaba con ella, la gente lo criticaría, y su deshonra se lo llevaría también a él. No podía hacerlo eso, no podía arrastrarlo más.

Cabizbaja, regresó a su casa y se encerró en su cuarto intentando calmarse. De todas formas, algo le había dicho que las cosas no saldrían bien. Tenía que hablar con James cuando regresara.

Después de tres días en el agotador Londres, James estaba listo para regresar y organizar la boda.

Los esfuerzos que había tenido que hacer para pasear por la ciudad, conseguir una licencia especial y evitar encontrarse con

alguien que pudiera ir con el chisme a su cuñada podían definirse solo como magnánimos. Se había quedado casi todo el día en el hotel y solo salió cuando fue a conseguir la licencia y a la modista de Bow Street para conseguirle a Jade un vestido. De ninguna manera permitiría que se casara con los desgastados trajes que poseía. Había tenido que sobornar a la modista para que le diera uno de los que ya tenía listos, pero lo había conseguido. También había dejado órdenes para que sacaran a lord Seaford de la cárcel, y la mañana del día siguiente, partió de nuevo al campo.

Por algún motivo que no era precisamente su ansiedad por la boda, tenía apuro en regresar. Desde el día anterior un mal presentimiento le estaba rondando la mente y le instaba a llegar lo más pronto posible con Jade. Que ella le hubiera preguntado un día antes de que se fuera si estaba seguro, le daba a entender que ella todavía no estaba segura de su decisión, pero que lo aspasen si permitía que se echara para atrás. Ya había dicho que sí y no dudaría en utilizar a su madre para arrastrarla a la vicaría. Le confesaría sus sentimientos de ser necesario para convencerla, pero se casarían en dos días y no había nada que decir al respecto.

Cuando llegó, alrededor de las cuatro de la tarde, lo primero que hizo fue tomar un baño para deshacerse del polvo y luego ir a verla. Era un poco tarde, pero en la entrada no le pusieron ninguna objeción, así que supuso que el compromiso ya era de conocimiento público.

Pidió ver a la señorita Kingsley y el mayordomo fue inmediatamente a buscarla.

Jade recibió la noticia de que él quería verla con cierta resignación. No estaba nada contenta con lo que iba a hacer, pero después de pensarlo con detenimiento todo el día, decidió que lo mejor sería convencerlo de que aceptara el trato inicial, ese al que siempre se

negó. Andy aún no había mencionado nada, pero no dudaba que cuando estuviera mejor para caminar sin cojear, lo haría sin dudarlo, y ella no quería que la gente empezara a criticar el buen juicio de él y de su familia por casarse con ella. Lo destrozarían, pues no solo se estaba casando con alguien en la ruina, sino con una persona que había tenido amoríos con otros.

Ella sabía que James jamás creería eso último, no sabía por qué, pero tenía plena confianza en ello. No obstante, los demás no eran James. Serían parias sociales por un buen tiempo y la familia de él la odiaría y acusaría de haberse aprovechado de él. No, no podía permitirlo. Le importaba. Era una persona demasiado buena para pasar algo así por alguien como ella, que ni siquiera podía darle la certeza de una felicidad futura.

Se limpió una lágrima que le recorría la mejilla y bajó a recibirlo. Pronto se lo agradecería. Estaba segura de que en un futuro se lo agradecería. Él no la amaba. Todo esto no era más que producto del deseo y algo de compasión. Podían llegar a un acuerdo.

Cuadrando los hombros, le pidió al mayordomo que no le avisara a su madre, y se encontró con él en la pequeña sala que usaban de recibidor. Estaba sentado de forma relajada en uno de los escasos muebles que quedaban y se levantó cuando la vio entrar.

La sonrisa que le dedicó casi hace que se eche a llorar y tuvo que hacer gala de todo su autocontrol para no derramar lágrimas. ¿Cuándo se había vuelto tan importante su presencia? ¿Cuándo en tan poco tiempo había llegado a necesitarlo tanto que la sola idea de acabar todo la deprimía? Por eso quería convencerlo de que aceptara mejor una relación ilícita, ya no para pagarle todo lo hecho por ella, ya no por interés, ahora solo quería estar con él. Quería estar con él de una manera que no lo perjudicara. Ella ya estaba arruinada y sabrá

Dios en cuánto tiempo lo estaría más. A nadie le extrañaría su decisión y nadie lo criticaría a él por hacerlo. Podía vivir, en cierta forma, feliz a su lado.

Se rio de lo irónico del asunto. Se había enamorado cuando se juró que jamás lo haría de nuevo. Pregonaba sensatez y madurez diciéndose que el amor no era importante y había terminado cayendo otra vez en él, pero en esta ocasión era peor, porque esta vez sí era un amor verdadero, tan fuerte, que la sola idea de hacerle algún daño la hacía retorcerse de remordimiento. Lo quería a su lado, sí; pero no a costa de hacerlo víctima de esta despreciable sociedad en la que le había tocado nacer. Esa que no tenía piedad alguna por lo errores y condenaban a inocentes por juntarse con culpables.

Respirando hondo para calmarse, intentó dedicarle una débil sonrisa, pero su rostro, casando de llorar como no lo había hecho en su vida, debió delatar sus intenciones, porque la sonrisa de él se borró y en su lugar una férrea determinación tiñó sus facciones.

—No —declaró adelantándose a las palabras de Jade.

—James...

—No —insistió con una calma que la asustó.

Jade cerró los ojos e inhaló profundamente. Cuando los abrió, estos apenas podían sostener las lágrimas.

—Lo siento. Creo que es mejor que cancelemos la boda y el compromiso. —Y con esas palabras, algo dentro de sí se rompió.

Capítulo 18

Jade no sabía qué reacción esperaba por parte de James, pero definitivamente no era esa tranquilidad que la dejó en peor estado en el que se encontraba. ¿No le importaba acaso? No, imposible que no le importara aunque fuera un poco; si ese fuera el caso, no se hubiera negado hacía poco. ¿Cierto?

Él se acercó a ella con parsimonia y le alzó el mentón para que lo mirara a los ojos. Jade quiso evitarlo, pues los suyos estaban rojos por las lágrimas derramadas, pero él no le dio opción.

—¿Recuerdas lo que te dije antes de irme a Londres? ¿Que si te arrepentías te iba a arrastrar a la vicaría? Estaba hablando en serio.

Su tono tan convencido la hubiera hecho sonreír si la pena no estuviera en ese momento ocupando su corazón.

—James. No entiendes...

—No —la cortó—. La que no entiende eres tú. ¿Qué tengo que hacer o decir para llevarte al altar? Jade, si me quiero casar contigo no es por ninguno de los motivos que puedas creer, si me caso contigo es porque...

—¡No quiero perjudicarte! —interrumpió ella ignorándolo—. ¿No lo entiendes? Si te casas conmigo, la gente hablará, criticará. ¡Quiero protegerte!

—¿Protegerme? ¿De quién? —su tono de voz empezaba aumentar

demostrando la poca paciencia que le quedaba—. ¿De la sociedad? ¿De las críticas? —Cuando ella asintió rugió—: ¡Al infierno la maldita sociedad y sus reglas! Que no te importe Jade, que no nos importe.

Jade hizo un esfuerzo por que sus ojos no se llenaran de lágrimas, pero fue en vano. Sus palabras eran todo lo que necesitaba para retractarse de su decisión. Eran aquello que su mente necesitaba para mandar al corazón señal de esperanza. Pero no podía. ¿Qué sucedería después de la boda? ¿Y si la odiaba por haber enterrado a su familia en un escándalo? Ahora decía que no, pero después...

—Me lo agradecerás —susurró con las pocas fuerzas que le quedaban.

—¿Cómo puedes estar tan segura de ello? ¿Ves el futuro acaso? —Ella bajó la mirada incapaz de sostener la suya—. Me importa un rábano lo que la gente piense —declaró—. No vivo de ellos ni mi familia tampoco. Ten por seguro que, si nos hubieran querido cerrar sus puertas, lo hubieran hecho desde hace tiempo, con todos los escándalos que llevamos a la espalda. —Le tomó las manos y dijo en voz suave—: Jade, el escándalo no me interesa. Podrán decir lo que quieran a nuestras espaldas, siempre lo hacen, pero te aseguro que de frente nadie se atreverá a decir una sola palabra de lo de tu padre, al menos, no directamente.

El tono conciliador en que lo dijo fue lo que le bastó para que el último gramo de autocontrol se desplomara. ¿Por qué le hacía eso? ¿Por qué se comportaba como si ella en verdad le importara mucho? ¿Por qué le daba esperanzas de algo que no podía ser? Las lágrimas empezaron a salir y ella se soltó de su agarre para darse la vuelta. No quería que la viera débil. Ni ella misma se reconocía. Llevaba años siendo fuerte. Llevaba años controlando sus emociones y ese hombre había conseguido que derramara en un mes más lágrimas que en toda

su vida. O quizás eran las situaciones que se hacían insostenibles. Todo lo que había guardado dentro de sí hace años debió haberse acumulado para decidir aflorar ese día y hacerla frágil

—¡No comprendes! No es solo eso, es que... —Se calló un momento, su voz ahogada por un sollozo. No quería llegar a eso, no quería confesar esa parte de su vida. ¿Pero que más daba ya? ¿No se iba a enterar de todas formas? Se limpió las lágrimas que bañaban su rostro y se giró para enfrentarlo—. ¿Recuerdas que me preguntaste qué sucedía conmigo y Andy Brickner?

James asintió presintiendo que no le gustaría lo que iba a escuchar. Solo la mención de ese hombre hacía que la sangre se le calentase y las manos se le tensaran por el esfuerzo contenido de no golpearlo.

—Pues él y yo... él y yo tuvimos una especie de relación —confesó y se dejó caer en el diván que ocupaba James cuando entró. Desvió la vista hacia la ventana antes de seguir—. Ya lo conocía desde hace tiempo, pero hace dos años... hace dos años él se me empezó a acercar. Primero con discreción, los domingos durante el servicio. Y después cuando paseaba por el pueblo con la doncella que tenía. Sabrás por experiencia que mi madre no es la mejor carabina, por lo que no fue muy difícil entablar ciertos encuentros. Tenía recién cumplidos los veintiuno, James. Acababa de regresar de una temporada nada productiva y no me sentía bien conmigo misma. Él empezó a hablarme, a hacerme reír. Me hacía sentir... especial.

James la escuchó con lo que esperase que fuera un semblante inescrutable. No le gustaba nada. No le estaba gustando nada el rumbo que tomaba esa conversación, pero obligó a sus instintos más bajos a mantenerse a raya. Esperaba fervientemente que la historia no tuviera el final que se estaba imaginando.

Jade posó un momento su vista en la de él para confirmar que

tenía su atención y cuando lo hizo, volvió a desviarla a la ventana. No era capaz de contar esa vergüenza viéndolo a los ojos.

—Hablamos por cartas que traía la única doncella de su casa. Nos comunicamos así por muchos meses hasta que empezamos a vernos en secreto. Yo solía ir a su casa cuando su padre no estaba, y él a veces también se escabullía acá y nos veíamos en algún punto del bosque. Pensaba que en verdad me quería, James; y hubiera estado dispuesta a enfrentarme a mis padres si me pedía matrimonio. —Una sonrisa amarga se formó en sus labios—. ¿Ingenua no es así? Cualquiera con un poco de cerebro se hubiera dado cuenta de que solo andaba tras fortuna y posición. ¿Por qué, si no, se fijaría en mí?

—Jade... —reprendió él incapaz de escuchar cómo ella hablaba así de sí misma. Pero ella lo cortó con un gesto de manos.

—No importa. El hecho es que, cuando la mala situación empezó a volverse evidente, Andy tuvo el descaro de reprochármelo. Estábamos a unas millas de esta casa, en el lugar en el que siempre nos veíamos. Yo al principio no entendí, o puede que no quisiera hacerlo, pero a medida que la conversación transcurría, fue imposible seguir engañándome. El hombre estaba tan molesto que no medía sus palabras —aunque intentó evitarlo, su voz se volvió ahogada cuando le tocó decir—: me dijo que ¿por qué otro motivo alguien se fijaría en alguien como yo? Cuando ilusamente le confesó lo que esperaba de él, sus palabras exactas fueron: «Eres demasiado tonta si creíste eso. No eres hermosa, ni siquiera interesante incluso para alguien como yo. Solo te salva la posición que, por lo que veo, también estás perdiendo. Tal vez pueda disfrutar de tu cuerpo sin ninguna responsabilidad». Entonces, me acorraló contra el árbol y empezó a besarme y a... — respiró hondo para poder proseguir, pero una salta de maldiciones interrumpieron su relato. Girándose para verlo, observó que James

había empezado a caminar de un lado a otro, enfurecido como un animal enjaulado que solo esperaba su liberación o el mínimo error para dar rienda suelta a su naturaleza salvaje y atacar. Jade lo había visto molesto y se había asustado, pero nada comparado con la viva furia que su mirada azul destilaba. Que pareciera capaz de matar a alguien le hizo cuestionarse lo acertado que fue haberle dicho todo eso.

—James... —lo llamó para atraer su atención, pero el hombre siguió blasfemando.

—¡Maldito sea! ¡Mil veces maldito! —Al fin se giró hacia ella y la ira que emanaba pareció empujarla hasta que su espalda quedó pegada por completo al respaldar del diván—. ¿Dime que no te hizo nada? ¿Dime que no te hizo nada o yo mismo lo mato? No. ¿A quién engaño? Lo mataré de todas formas. Ya he escuchado suficiente. —Hizo ademán de dirigirse a la puerta, pero Jade, temerosa, lo retuvo del brazo.

Su solo contacto fue suficiente para calmar un poco a la bestia, que se giró hacia ella e inhalando a la máxima capacidad de sus pulmones, le hizo un gesto para que continuara.

—No me hizo nada —Jade cerró los ojos y se estremeció al recordar la escena—. Harry me había seguido desde la casa. Era como si me presintiese el peligro. Tomó a Andy por sorpresa y saltó sobre él, y consiguió colgarse de uno de los brazos. Andy se lo sacudió, pero las heridas que le dejó entre garras y dientes fueron suficientes para que tuviera que ir por atención inmediata. Por supuesto, en ese momento no le convenía contar nada del incidente. Yo todavía contaba con cierta posición, tenía las de perder, pero ahora... ahora va a contarlo todo. ¡Todo! Y sabrá Dios en qué posición me dejará. Conoces a la gente, James, creerán lo más interesante. —Su voz se

había vuelto nerviosa—. ¿Ahora lo entiendes? Mi reputación no valdrá nada. El escándalo será magnánimo. Tiene las cartas que le envié para respaldarse. Tenemos que terminar con esto. Si lo deseas, creo que podremos ser...

—Jade Kingsley —habló él con un forzado tono pausado, tan forzado que no había que tener dos dedos de frente para saber que estaba perdiendo la paciencia— juro que no respondo de mis actos si vuelves a mencionar la propuesta de ser mi amante. ¿Entiendes?

Ella estuvo por decirle que era la única forma para no alejarse de él, pero al ver el peligro en sus ojos, solo calló y asintió. No era el mejor momento.

—Ahora, ¿puedes soltarme?

Sintiéndose rechazada, ella liberó su brazo y el hombre salió por la puerta como si lo persiguiese una ola de demonios. Consideró quedarse ahí, pero la tentación fue más grande y decidió seguirlo. Algo en su rostro, en su mirada, le había advertido que no podía dejarlo ir en ese estado. Además, todavía ni le había respondido con respecto a lo que pasaría con ellos.

—James —lo llamó, pero él no se detuvo. Abrió la puerta y se encaminó a las caballerizas—. ¡James! —gritó más, pero él parecía sordo a sus súplicas. A Jade se le hacía difícil seguir sus largas zancadas, por eso, cuando llegó, él ya se había montado en su caballo y salía a todo galope.

Estática en medio de las caballerizas, se quedó observando al jinete que partía a toda velocidad con la fiereza de un guerrero que iba a la batalla. El viento despeinó sus negros cabellos y solo el frío que empezaba a hacer la hizo reaccionar. Dirigiéndose hacia donde estaban los caballos, Jade montó a su mansa yegua dándole poca

importancia a su aspecto. La espoleó y salió tras James, aunque este ya se había perdido en el horizonte, ella sabía perfectamente hacia donde se dirigía. Solo esperaba llegar a tiempo.

Furia. Enojo. Rabia. Coraje. Todo eso y más sentía James en ese momento, y aun así esas palabras no parecían suficientes para explicar en su totalidad la marea de sentimientos que le tensaban el cuerpo en aquel instante. Ni estar a punto de romperse el cuello por lo rápido que estaba cabalgando servía de catarsis para liberar todo lo que tenía dentro. Su mente solo tenía un pensamiento, y era moler a Andy Brickner a golpes hasta hacerlo suplicar y luego matarlo lentamente para librar al mundo de semejante escoria.

Apenas entró en la propiedad, se dirigió a la casa del administrador. Su cerebro no era capaz de pensar con claridad ni de asimilar que su apariencia estaba asustando a los que lo veían. Tampoco consideró la reacción que pudiera tener el señor Brickner al respecto. Tenía una sola imagen en mente y para desgracia de Andy y sus familiares no era nada agradable.

Desmontó de un salto cuando se encontró frente a su objetivo y aporreó la puerta decidido a tumbarla si no la abrían en cinco segundos. Una apurada doncella lo recibió, pero James pasó por su lado sin decir nada y sus ojos escrutaron todo el pequeño lugar en busca de su objetivo. Cuando lo localizó sentado en una de las sillas en la chimenea, no dudó en ir hacia él y tomarlo por el cuello de la camisa.

—Te voy a matar, imbécil —amenazó y el sorprendido hombre no hizo más que palidecer.

—Lo-lord James. ¿Qué sucede? —escuchó que decía el señor Brickner, el administrador.

James no se giró a verlo, ni tampoco sintió pena por él. No se sentía en absoluto arrepentido de estar a punto de librar al mundo de una alimaña semejante, solo podía lamentar haberle dado su pistola a Jade y haber olvidado traer otra de Londres.

Con furia renovada, tiró a Andy Brickner al piso e hizo que su cuerpo chocara con la pared. El joven no hizo ni siquiera amago de moverse, parecía saber que cualquier intento de su parte por defenderse solo conseguiría ascenderlo más y adelantar el momento de su muerte.

—¿No te piensas levantar? —provocó—. ¿Eres valiente para amenazar a una mujer e intentar forzarla, pero no para pelear conmigo?

Se escuchó un jadeo ahogado proveniente seguramente de la doncella. El señor Brickner paseaba la vista, atónito, de su hijo a James y de James a su hijo, como si no supiera de qué lado estar o esperara que alguien le aclarase la situación.

—Lo-lord James. No sé qu-que le habrán dicho, pero...

—¿No lo sabes? —espetó James cada vez más furioso. El rugido de un león hubiera quedado en ridículo en comparación al tono de su voz. Era fuerte, gutural, casi inhumano—. ¿No lo sabes? —volvió a tomarlo del cuello y lo alzó. El golpe contra la pared le había abierto una herida en la sien que empezaba a sangrar ligeramente. Sus rubios cabellos se habían despeinado por completo, y sus ojos solo podía reflejar temor por la especie desconocida que tenía adelante—. ¿Quieres que te refresque la memoria? ¿Qué tal si comenzamos por haber embaucado a una señorita con el único fin de aprovecharte de ella? Quizás te acuerdes mejor si te mencionó cómo intentaste abusarla cuando te enteraste de que tenía problemas económicos. Mejor no hablemos de lo que le habrás dicho a aquellos muchachos

para que la asaltaran de camino a su casa, ni del chantaje al que la hiciste víctima el día de ayer. ¿Todavía no recuerdas? Quizás unos cuantos golpes te refresquen la memoria. —Volvió a lanzarlo al piso y esta vez le propinó un golpe en toda la mejilla haciéndolo virar la cara.

El señor Brickner, que al fin logró salir de la conmoción, sostuvo como pudo los brazos de James antes de que le diera otro golpe.

—Por favor, lord James. Lo va a matar.

—Eso es precisamente lo que quiero —bramó el hombre liberándose del agarre, pero no lo golpeó enseguida, sino que miró un momento al señor Brickner antes de decir—: No se merece otra cosa por haber ultrajado de esa manera a mi prometida.

Tal vez fue producto de tantos golpes, o la simple certeza de que ya no tenía nada que perder, pero Andy Brickner esbozó una sonrisa torcida ante sus palabras y masculló:

—Si hubiera hablado, le hubiera hecho un favor, hombre. Dudo que esa mujer sea capaz de hacer feliz a nadie. No es más que...

El grito gutural que salió de la garganta de James bastó para que el hombre detuviera su oración, pero ni haberse callado antes de decir otra tontería ni los brazos del señor Brickner bastaron para impedir que este se lanzara contra Andy y ambos iniciaran una pelea por todo el piso.

Los jadeos de horror no se hicieron esperar, así como tampoco los balbuceos preocupados del señor Brickner. Andy estaba intentado defenderse, pero no había duda de quién saldría vencedor de la batalla.

Se oyeron sonidos de unas cuantas cosas caer y otras más romperse, pero nada parecía evitar que el par siguiera en lo suyo. Cuando James logró posicionarse encima de Andy, tenía las manos en

su cuello cuando gritaron:

—¡James, no!

Sus tímpanos, que siempre andaban pendientes y anhelaban esa bella voz, no pudieron hacer nuevamente caso omiso del llamado y giró la cabeza para encontrarse con el semblante preocupado de Jade. No soltó el cuello de Andy, pero al menos no ejerció presión y le prestó su atención a la dama que miraba la escena preocupada.

—No lo hagas, por favor. No vale la pena buscarte un problema por eso.

Las palabras, dichas en un tono tan suave y conciliador, lograron traspasar la bruma de ira que envolvía su mente y hacerlo recobrar un poco el sentido común. Miró a Andy como se mira al peor de los insectos y se separó de él.

Todos en la sala dejaron escapar al unísono un suspiro de alivio, y James miró al señor Brickner con una clara amenaza:

—Lo quiero lejos de aquí en una hora. Si llego a escuchar un solo rumor que la desprestigie, o algo que pudo haber provenido de ti, juro que te mataré o, como mínimo, te mandaré a la cárcel para que te pudras en Newgate. —Dicho eso, salió y Jade fue tras él.

Montaron en absoluto silencio hasta la casa. El sol ya estaba diciendo adiós y la luna empezaba a alzarse como soberana de la noche.

Llegaron en silencio a la mansión Richmond y dejaron los caballos en el establo. Jade aún estaba un poco agitada por la escena que había presenciado, pero no dudó en seguirlo adentro y tampoco le importó llegar hasta su habitación.

Una vez en el cuarto, observó cómo James se deshacía del chaleco

y después, de la camisa, que tenían algunas salpicaduras de sangre. La visión de su torso la turbó tanto como la vez anterior, pero no dijo nada. Él desapareció en el cuarto de baño y regresó minutos después con la cara y el torso mojados, seguramente se había pasado un trapo con agua.

Ella se acercó a él y se dio cuenta de que Andy había conseguido hacerle un corte en la barbilla y darle un golpe en el pómulo. Nada que no desapareciera en un par de días. Tocó suavemente el golpe con la yema de los dedos y él hizo una ligera mueca. Luego, fijó su vista en el golpe y vio que sangraba un poco.

—Permíteme limpiarte ese corte —dijo e hizo ademán de entrar en el cuarto de baño, pero él retuvo su brazo y la obligó a mirarlo.

—No. Jade tenemos que hablar. —Su tono serio le indicó la importancia de esa conversación. Ella tragó saliva y asintió—. Andy ya no representará un problema, así que necesito que me digas si estás ya dispuesta convertirte en mi esposa, o dejarás que tus inseguridades te gobiernen y te den la excusa para rechazarme y plantearte otras alternativas. Si es así, háblame claro, porque entonces es mejor que dejemos esto aquí.

Jade se quedó paralizada ante sus palabras y supo que había llegado el momento de tomar una decisión, una definitiva.

Capítulo 19

Jade observó el semblante decidido de James y, por algún motivo, fue incapaz de sostenerle la mirada. Soltando su brazo, se alejó unos cuantos pasos, y solo cuando estuvo segura de que nada en su cara o en sus ojos delataban sus inquietudes, levantó la vista y habló.

—Yo...

—No te atrevas a decir que no es cierto o que no entiendes de lo que hablo —advirtió él como si le leyera la mente. Suspiró y acortando la distancia entre ellos, tomó su rostro entre las manos y habló con suavidad—: No te mientas ni me mientas a mí, Jade. ¿Crees que no me he dado cuenta de la poca estima que te tienes a ti misma? ¿Crees que no soy consciente de que a la mínima oportunidad te menosprecias? Lo de Andy ha sido solo una excusa.

Ella bajó la mirada, pero él le alzó la barbilla y la obligó a enfrentarse a él. Jade no podía creer que estaban teniendo esa conversación, no podía creer que él hubiera llegado a esas conclusiones, pero menos podía concebir que tuviera razón como su mente estaba considerando en ese momento. ¿Había sido esa la verdadera razón? ¿Su incapacidad para creer que podía hacerlo feliz? ¿Había sido esa la verdadera razón siempre y no querer conservar su libertad? Ella lo sabía, sabía que en el fondo ese temor estuvo siempre presente, se lo había repetido en contadas ocasiones, pero de ahí a admitirlo en voz alta era otra cosa.

—¿Por qué Jade? —insistió él—. ¿Por qué estás empeñada en degradarte y pensar que no eres suficiente para alguien? ¿Qué no te das cuenta de que eres una de las personas más especiales que hay en este mundo?

Sus palabras la destrozaron y su masoquismo interior se negó a creerlo. ¿Cómo iba a ser especial cuando nunca cumplió las expectativas de sus padres, cuando no fue capaz de conseguir marido o encontrar una buena solución para salvar a su familia? ¿Cómo iba a ser especial cuando ni siquiera fue capaz de darse cuenta de que la estaban utilizando, embaucándola con lindas palabras; cuando no poseía la belleza despampanante de su hermana y no era buena socializando? Al menos de que hablara de especial refiriéndose a que era rara, Jade no comprendía a qué se refería.

—¿Por qué no puedes entenderlo? —gritó James al borde de la exasperación cuando la cara de ella dejó traslucir parte de lo que pensaba—. ¿Por qué no puedes creer que lo eres?

—¿Porque no lo soy! —Las palabras salieron de su boca en tono de grito— ¡Madre siempre me lo ha dicho! Padre siempre lo ha dado a entender con sus miradas. ¡¿Por qué estás tú empeñado en hacerme creer algo que no soy?! ¿Que no te das cuenta de lo que en verdad haces? ¿Que no eres consciente de que juegas conmigo de esa forma?

James no pudo evitar la sorpresa que le produjeron sus palabras.

—¿Jugando? —preguntó anonadado.

—¡Sí! —bramó ella cansada—. Juegas conmigo cuando me dices cosas tan lindas. Juegas conmigo cuando me haces creer que soy especial, cuando me haces creer que puede haber algo en mí que te... —Se detuvo un momento consciente de lo que iba a decir: «que te importo». ¿Cómo estuvo a punto de mencionar eso? Negó con la

cabeza descartando el tema—. Olvídalo. Creo que he tropezado dos veces con la misma piedra, ni siquiera lo suficientemente buena para aprender de mis errores.

—No te atrevas a compárame con esa rata de Brickner, Jade, porque...

—Sé que no eres así —cortó ella—. Jamás insinuaría tal cosa. Solo que... no comprendo James. No puedo comprender. ¿Me culpas acaso por tener celos cuando sé por qué te quieres casar conmigo? ¿Puedes culparme por tener miedo de no poder hacerte feliz? Toda mi vida James. Llevo toda mi vida sin ser suficientemente buena para nadie. — Su voz bajó de tono, un nudo empezó a formarse en su garganta—. ¿Por qué habrá de serlo para ti?

—¿Por qué no? —contestó él—. Dices que sabes ¿porque te pido matrimonio? —Ella asintió—. Dime por qué.

Jade no entendió la pregunta. Así como tampoco entendía por qué seguían teniendo esa conversación ¿No había dejado claro ya que lo mejor sería terminar todo?

—Dímelo Jade —insistió con vehemencia y ella lo miró desafiante.

—¿Por qué más? Por una mezcla de deseo y compasión ¿Crees que eso basta para sustentar un matrimonio? ¿Crees que es suficiente? — espetó.

James se quedó estático ante todo el sentimiento cargado en las palabras. Ella en verdad estaba convencida de ello, lo que significaba que en caso de sentir algo por él, por más mínimo que fuera, le daría miedo admitirlo porque pensaría que no sería correspondida, o que no merecería serlo. Imbécil. Debió haberle dicho la verdad desde que la descubrió.

—Jade, no entiendes, yo...

—No. —interrumpió ella cansada de escuchar excusas. No quería que él le tuviera lástima, no deseaba ver esa lástima—. Fue un error aceptar. Fue un error creer que tal vez... —Hizo un gesto con la mano descartando el asunto—. No importa.

Dio media vuelta y se dispuso a abandonar el cuarto. Quería irse a su casa y echarse en la cama para llorar y desahogarse. Luego, cuando las lágrimas hubieran vaciado todo peso de su alma, pensaría en qué es lo que haría con su vida y los problemas que tenía encima. Sin embargo, no había dado ni dos pasos cuando su brazo volvió a detenerla.

—¿Creer que tal vez que, Jade?

Ella se negó a responder. No quería responder, no quería exponerse de esa forma, pero él tampoco parecía dispuesto a dejarla ir sin una respuesta, por ello y, consciente de que ya no tenía nada que perder, confesó.

—Creer que tal vez sí podíamos ser felices. Lo creía James, hubo un momento en que en verdad lo pensé. Luego paso lo de Andy y... mis esperanzas se fueron. Lo tomé como una señal que me quería demostrar que no podía ser del todo feliz, y sí, tienes razón, me escudé en una preocupación por el escándalo para no admitir la verdad. ¿Contento?

James no respondió, pero, para desgracia de Jade, tampoco la soltó. Deseaba huir, pero ni siquiera era capaz de apartar la mirada de la suya. Algo dentro de sí quería que dijera algo, lo que fuera que destruyera de una vez por todas sus esperanzas o las levantara. Pero él no decía nada y el silencio que inundó la habitación empezaba a volverse cada vez más tenso, hasta el punto de hacerla contener unos segundos la respiración.

Cuando ya no pudo más, tiró de su mano para liberarse, pero, sorprendiéndola, James la atrajo hacia sí y tomó posesión de su boca.

Negándose a no sentir por última vez el sabor de sus labios, ella se dejó besar y se entregó a él como si su vida dependiera de ello. Le respondió el beso y pegó su cuerpo al suyo ansiosa de explorar y disfrutar de cada rincón de su boca, Quería saborearlo, explorarlo tan a fondo para poder guardar por siempre el recuerdo.

James tampoco se quedó atrás, aunque él tenía la certeza de que ese no sería su último beso, sino uno de los muchos que se darían en un futuro. Solo quería transmitirle de alguna forma lo que con palabras no podía formular, y es que era tan grande lo que crecía dentro de sí que sentía que no sería suficiente con expresarlo en voz alta; así que se dedicó a acariciar sus labios con los suyos, con ímpetu, pasión y a la vez ternura, dejándole claro que no había otro lugar en el mundo en donde le gustaría estar, que no habría otros labios que pudieran asemejarse a los suyos y complacerlo de tal forma. Quería que ella se diera cuenta de lo especial que resultaba para él su solo contacto.

—Pequeña tonta —murmuró entre sus labios—. ¿Cómo puedes siquiera pensar que no tienes derecho a ser feliz cuando eres la persona más buena y maravillosa que ha pisado este mundo? Halagado he de sentirme yo por ser merecedor de esas esperanzas y feliz por haber entregado mi amor a alguien que lo merece más que a nadie. Te amo, Jade —confesó haciendo que la chica se sorprendiera—. Creo que te amé desde el primer momento que te vi ahí, en medio del pueblo, y mis ojos no pudieron enfocarse en nadie más que en ti; y es que desde entonces ellos se dieron cuenta de que solo podían observar tu magnificencia, porque nadie más les brindaría el placer que les daba observarte. Tardé un poco en darme cuenta, lo admito, pero dame crédito que Esmeralda dice que somos «lentos de

entendimiento». Fui un tonto al no decírtelo antes, pero estarás de acuerdo conmigo en que es difícil confesar este tipo de cosas cuando no tienes la certeza de que el otro sienta lo mismo. Pero ya no me importa decírtelo, Jade, no me importa porque te has convertido en lo mejor de mi vida y tengo la esperanza de que yo sea lo mejor para ti. Dime que me darás una oportunidad, dime que dejarás de lado todas las excusas e inseguridades. —Rozó brevemente sus labios antes de continuar—. Dímelo, Jade.

Los ojos de Jade se llenaron de lágrimas y fue incapaz de formular una respuesta. Jamás le habían dicho cosas tan bonitas en su vida y casi podía jurar que no había sido más que una ilusión. Pero no lo era. Sus ojos se lo decían a gritos, le expresaban silenciosamente todo lo que él acaba de decir. Quiso responderle y expresar todas y cada una de las palabras, pero estas eran incapaces de ordenarse para formar una frase coherente, así que solo respondió arrojándose sobre él y besándolo con igual aplomo que el de él hacía poco.

James no necesitó más para darse ánimos y la pegó más a sí de ser posible. Devoró su boca con la urgencia que lo venía consumiendo desde hacía tiempo y sus manos empezaron a acariciar su espalda. Subían y bajaban en un dulce tormento para Jade que sentía su cuerpo arder y no podía hacer más que abrazarlo y atraerlo hacia sí.

—Jade... —murmuró él con voz ronca—, Jade...

Ella lo calló con otro beso y la pregunta silenciosa de él fue respondida. Sin pensar mucho, él la arrastró hacia su cama y se sentó en ella con Jade a horcajadas.

Jade gimió cuando sintió su boca en su cuello y su mano deshaciéndose del corpiño del vestido. Era un vestido de mañana y se abrochaba por delante, por lo que no le supuso ninguna dificultad liberarlos y acariciar a su gusto los generosos pechos. Ella jadeó más

fuerte y colocó sus manos en el pecho de él, moviéndolas y explorando el duro torso provocando un gruñido de su parte. En poco tiempo, se encontraba acostada en la cama. Su vestido había desaparecido y él estaba encima suyo, acariciando sus curvas y besándola mientras Jade se sostenía a él como si de una tabla de salvación se tratase.

En algún momento, el resto de las prendas desaparecieron. Sus cuerpos pudieron rozarse sin ningún impedimento y compartir el calor que los consumía. Encontraron una posición donde encajaron perfectamente. Donde comprobaron que estaban hechos el uno para el otro y las palabras sobraron.

Capítulo 20

—Creo que debería regresar —murmuró Jade mirando de lejos por la ventana cómo la luna se encontraba en su máximo esplendor. Sí, debía regresar, pero en contrario a sus órdenes, su cuerpo se acurrucó más al de James en busca de su calor.

Él le acarició con ternura sus cabellos y le dio un beso en la frente.

—Todavía es temprano —protestó el hombre rodeándola con sus brazos y abrazándola para atraerla hacia sí.

—Se preocuparán en mi casa. Tal vez no mi madre, pero el mayordomo y el ama de llaves. Me tienen aprecio.

—¿Quién no podría tenerte aprecio? —le dijo él a su oído.

—Mi madre.

—Dudo que esa mujer sea capaz de tenerle verdadero aprecio a alguien, entonces.

Ella intentó zafarse, pero él no la dejó.

—James... tengo que irme.

—No —rozó sus labios con los suyos en un intento de hacerla desistir, pero ella se mantuvo firme.

—James... —alargó la palabra cuando la mano de él empezó a acariciar su cadera por debajo de la sábana y ascendió por su cintura —. Ha-habló en serio —consiguió decir entre las sensaciones que

empezaban a recorrerla.

—¿Estás segura de que deseas irte? —susurró en su oído.

—Segura —murmuró, aunque su tono desmentía la palabra.

Él rio, pero la soltó y se incorporó en la cama, estirando los músculos como un gato que recién se había despertado.

—Te acompaño —anunció y miró a Jade con burla—. Ahora no puedes negarte al matrimonio. Te he deshonrado.

Ella le devolvió la mirada, y en un tono dramático, dijo:

—Dios. Es verdad. Lord James Armit desvirgó a una joven antes del matrimonio. ¿Dónde quedó su caballerosidad, lord James?

Él se acercó y tomó la barbilla entre sus manos.

—Desapareció apenas rocé esos labios. —Como si quisiera comprobarlo, le dio un prologando beso que bien pudo haberlos devuelto a la cama si Jade no estuviera determinada a regresar a su casa—. Tengo la licencia. ¿Nos casamos en dos días?

—¿Dos días? —preguntó asombrada.

—O mañana —sugirió él pensativo—. Dos días es mucho. Quizás deberíamos ir por el vicario y casarnos ahora mismo.

Presintiendo que hablaba en serio, Jade se bajó de la cama cubriéndose con la sábana y declaró mientras buscaba su ropa:

—Dos días estará bien... ¿Le dijiste a tu familia?

James desvió la vista algo incómodo.

—Les diremos cuando vayamos a Londres. Verás... si se los decía, Rowena no me permitiría casarme al menos en dos meses, cuando pudiera organizar una verdadera boda. Es mejor así, en secreto.

¿Crees que podemos irnos a Londres unos días después de la boda? Quiero presentártelos.

Ella asintió. En otra ocasión se hubiera preguntado si ese recelo a que su familia fuera a la boda no se debía a que se opondrían, pues estarán de acuerdo con ella en que la excusa de él era un tanto extraña; pero ya no le interesaba. Con tenerlo a él se conformaba.

Eso le recordó que no le había dicho que lo amaba. Abrió la boca dispuesta a confesar sus sentimientos, pero él la interrumpió.

—Si no te cubres, te regresaré a la cama.

Jade se percató entonces de que mientras pensaba la sábana se había resbalado dejando un pecho expuesto, por lo que se apresuró a cubrirlo y a buscar su ropa.

Cuando llegó a su casa, eran alrededor de las diez de la noche y se fue directo a la cama sin cenar. No tenía hambre. Su cuerpo no podía sentir en ese momento otra cosa que no fuera alegría, dicha. ¿Sería verdad? ¿No sería un sueño del que despertaría al día siguiente para enfrentarse a la cruda realidad?

Jade sonrió consciente de que no lo era. Era real y, si la vida le sonreía un poco, todo sería maravilloso.

—¡Jade! ¡Jade! ¡Ven ahora mismo! ¡Oh! ¡Es hermoso! ¡Jade!

Jade se dirigió a la puerta con la velocidad de alguien que se acababa de levantar y se preguntó qué hacía su madre despierta tan temprano. No era su costumbre y dudaba que hubiera empezado una nueva. Abrió la puerta de su cuarto y se encontró con su madre, también en camisón y que sostenía un paquete en sus manos.

—Ha llegado esto para ti —declaró emocionada entrando sin permiso—. Míralo. ¡Es hermoso!

Jade no entendió a qué se refería hasta que su madre abrió la caja y sacó un bello vestido color marfil.

Anonadada, no pudo hacer más que quedarse mirándolo embobada. Eso era la creación más hermosa que hubiera visto. Era sencillo, de escote redondo y mangas cortas, solo con unas cintas de adorno, pero bello en su simplicidad. Alargó la mano para tocarlo y comprobó que se trababa de fina seda destinada a acariciar la piel.

—También vienen unos guantes —añadió su madre, pero ella no le prestó atención, todavía su vista estaba en el vestido. No lo podía creer, era... era maravilloso, no tanto el vestido, sino el gesto. Definitivamente, no pudo haberse conseguido mejor hombre. Alguien que pensaba en ese tipo de detalles...

—Y hay una nota —informó su madre entregándole una carta.

Ella la tomó y agradeció que todavía estuviera sellada. No le hubiera sorprendido que su madre, en su infinita curiosidad, la hubiera leído; pero no había llegado a ese grado de imprudencia.

Abrió la nota y la leyó:

Espero que te guste, y te quede bien. Es solo una parte de la sorpresa, la otra debería llegar en la tarde.

Tuyo siempre.

James.

Cerró la nota con una sonrisa y volvió a mirar el vestido, ansiosa como una niña por saber cuál era la otra parte de la sorpresa.

Las horas pasaron y Jade tuvo que aguantarse el reproche de su madre por que la boda se realizara en tan poco tiempo. Esplendorosa como era, no podía soportar la idea de que su hija se casara bajo licencia especial, pero poco le importó cuando Jade le hizo ver que era

lo mejor para atenuar los rumores.

Casi a la hora de la cena, tocaron la puerta y el mayordomo abrió. Su madre y ella estaban en el salón principal cuando sintieron una presencia en la arcada de la puerta. Las mujeres se giraron y, de la sorpresa, dejaron caer el bordado y el libro que respectivamente les servía de entretenimiento.

Con un aspecto bastante recuperado, el hombre de cabello azabache y ojos grises miró a las mujeres con una sonrisa.

—¡Padre! —exclamó Jade levantándose para abrazarlo.

No podía decirse que fuera su hija predilecta, pero tenía mejor relación con él que con su madre.

El hombre correspondió al abrazo y le dio unas palmaditas en la espalda antes de separarse y girarse hacia su esposa que parecía estar viendo una aparición.

—¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios mío! —musitó la lady Sarford abanicándose con la mano.

—He llegado a tiempo para la boda —dijo el barón y a Jade se le llenaron los ojos de lágrimas, no solo por volver a verlo, sino porque sabía quién era el causante de que estuviera ahí.

Sabía que James se encargaría de todo, pero no imaginó que fuera tan rápido. Jamás creyó volver a verlo tan pronto.

La familia pasó una agradable cena como antaño y su padre le habló de los planes que tenía para recuperarse. Prometió no volver a ser imprudente y pedir consejo de ser necesario.

El día siguiente, ataviada con el hermoso vestido que parecía hecho a su medida, Jade se dirigió a la mansión Richmond donde el vicario los esperaba para celebrar la boda. Fue algo sencillo y rápido,

intercambiaron votos y después realizaron un almuerzo familiar.

—No puedo creer que también estuviera presente en la boda — recriminó James viendo al zorro sentado en uno de los muebles del salón principal, donde sus padres conversaban animadamente y ellos estaban a un lado, hablado.

—Se quedará aquí. ¿Qué esperabas?

—En nuestro cuarto no dormiré —advirtió— y espero que no me destroce los muebles.

—Es zorro, no gato ni perro —objetó ella—, sabe comportarse. No me importa donde duerma mientras no lo dejes a la intemperie. Y vendrá con nosotros a Londres —anunció.

Él hizo una mueca.

—Llevamos apenas una hora de casados ¿y ya das ordenes? —dijo atónito y Jade rio.

—Solo cuando de Harry se trata.

Él miró con el ceño fruncido al animal otra vez.

—Empiezo a sentir celos de él.

—No seas tonto —ella rio—. Jamás podrían compararse, James, yo... —se calló cuando vio que él le tendía una pequeña caja de terciopelo que sacó de su frac.

Curiosa, la tomó, ahogó un jadeo cuando vio que se trataba de un anillo. ¡Un anillo de jade! La hermosa creación tenía forma de corazón y estaba incrustada en una base de oro.

—No me imaginé encontrar con tal facilidad lo que buscaba — admitió él—, pero la suerte estuvo de mi lado y un joyero lo tenía listo. Es tu anillo de compromiso, y servirá para que en casa te puedas

diferenciar.

Ella hubiera preguntado qué quería decir con «diferenciar» si no estuviera embobada viendo el regalo. Jamás había tenido una joya tan bonita.

—Oh, James —musitó—, no tenías por qué hacerlo. Esto...

—Sh... —la calló él poniéndole un dedo en los labios—. No digas nada. Tu cara me basta como satisfacción.

Ella tuvo que contener las lágrimas y se lanzó para abrazarlo. Lo hubiera besado si sus padres no hubieran reclamado en ese momento su total atención.

Hablaron un rato más hasta que los barones se marcharon y los dejaron solos. Él le enseñó la casa y le habló de unos planes a futuro para conseguir la suya propia en alguna otra localidad de Inglaterra. También mencionó que alquilarían una en Londres para cuando pasaran un tiempo ahí y habló de que Rowena se encargaría de que todos la conociesen. Ella no estaba muy ansiosa por colarse en esa sociedad que tan poco había tratado, pero accedió solo para darle el gusto. No podía ser tan malo.

—Espero que no te asustes cuando conozcas a mi familia —comentó él un rato después, cuando estaban acostados en la cama, luego de una maravillosa noche de bodas—. Fue buena idea casarme contigo antes de que los conocieses, así no hay lugar a arrepentimientos.

Ella acarició su pecho y sonrió al responder:

—Haces parecer que estoy a punto de tratar con personas insoportables o salidos de Bedlam.

Él no se atrevió a mirarla a los ojos cuando dijo:

—¿Insoportables? Depende de cómo lo veas ¿Salidos de Bedlam?
No se aleja mucho de la realidad.

Jade solo rio y se colocó encima para besarlo.

—Solo porque son tu familia, me caerán de maravilla.

James asintió, rogando interiormente que fuera cierto.

—¿Dónde te hiciste esta cicatriz? —preguntó curiosa acariciando una pequeña línea blanquecina que atravesaba su hombro.

James miró a lo que se refería y evitó la pregunta. Sí, hizo bien en casarse antes.

Capítulo 21

Estaba nerviosa. Muy nerviosa.

Afuera de la casa Richmond, Jade esperaba que les abrieran la puerta para, por fin, conocer a la familia de su esposo. Había pasado ya casi una semana después de la boda, cuando James había decidido que lo mejor sería afrontarlo todo lo más rápido posible, significase eso lo que significase, pues, por el tono en que lo dijo, bien podía alguien creer que lo iban a sentenciar a muerte.

Un serio mayordomo les abrió la puerta y sus ojos, que debían ser normalmente inexpresivos, se posaron más tiempo del debido en el animal que Jade llevaba en sus brazos, porque sí, se había salido con la suya de llevar a Harry consigo a Londres.

James saludó al mayordomo con efusividad y la presentó como su esposa. Entonces, el semblante del hombre paso de la extrañeza, a la normalidad, como si solo por ahora ser parte de esa familia se permitiera cualquier locura de su parte.

Ambos entraron y, mientras seguía a James, Jade observaba con meticulosidad cada detalle del esplendoroso lugar. Nadie podía dudar de la elegancia que destilaba cada pared, que a su vez demostraba la clase de quién gobernaba el hogar.

Sintiéndose un poco intimidada, Jade respiró hondo para calmarse y se dijo que eso no tenía por qué ser algo del otro mundo. James había asegurado que ellos serían personas agradables, y ella le creía,

no tenía por qué ser de otra forma.

—Deben estar en el salón del té —informó James guiándola por una serie de pasillos—. Hoy es almuerzo familiar.

Ella asintió, pero cuando iban a entrar, se distrajo observando un cuadro que colgaba en la pared. Fanática del arte, miró la imagen y James entró solo en el pequeño salón.

—Buenos días, familia —saludó cuando vio a todos reunidos—. Sabía que era hoy el almuerzo, el día perfecto para regresar.

—¡James! —exclamaron casi todas al unísono parándose para darle un abrazo de bienvenida.

—Gané —afirmó Topacio después de los saludos y miró a sus primas con una sonrisa—. Cada una me debe cinco libras —aseguró.

Él la miró desconcertado, pero las demás parecieron entender, porque su cara era de decepción.

—Eso es lo que nos pasa por apostar con alguien que tiene sangre gitana —masculló Rubí volviendo a su asiento.

—Debí hacer caso a mi instinto y saber que no era una apuesta sensata —añadió Zafiro también tomando asiento.

—¿De qué están hablando? —dijo confuso por tan rara bienvenida. Vio que Duende también parecía esperar una respuesta, y agradeció no ser el único desconcertado.

—Apostamos cuánto tardarías en aburrirte del campo y regresar a Londres —le explicó Topacio.

—Yo dije que regresarías para marzo —comentó Rubí negando con la cabeza por haber perdido.

—Yo creí que aguantarías hasta abril —aseguró Zafiro

encogiéndose de hombros.

—Y yo aseguré que llegarías en mayo —dijo Topacio victoriosa— y aquí estás, ¿no?

«No puede ser», masculló en voz baja, pero ninguna lo escuchó. De hecho, las Loughy pocas veces solían escuchar a alguien más que no fueran a ellas mismas. Solían entablar una conversación ellas solas.

—Tardaste más de lo que imaginamos —habló Zafiro poniéndose un dedo en la barbilla pensativa.

—Rowena estará encantada de verte —intervino Topacio con una sonrisa pícara— Ahora tendrá alguien más a quien casar.

Una sonrisa se le formó en los labios ante el esperado comentario. Al ver que había causado expectación con la reacción, dijo:

—Pues me temo que eso no pasará porque... ¿Cómo se los explico? Me casé —respondió simplemente disfrutando de la cara atontada de las Loughy.

Incapaces de decir algo ante semejante noticia, las mujeres se miraron entre sí, y justo cuando parecía que iban a acribillarlo con preguntas, algo sucedió.

El zorro que debía haberse escapado de los brazos de Jade, atravesó el lugar causando controversia. Instintivamente los hombres se pararon para agarrarlo, pero soltando una maldición entre dientes James se les adelantó y lo tomó por el cuello. El animal, molesto, le enseñó los filosos dientes, pero él no se dejó intimidar y lo mantuvo a distancia de su cuerpo.

Antes de que alguien pudiera preguntar qué rayos sucedía, Jade entró en el salón y localizó a James tomando por el cuello a Harry. Molesta por lo que estaba siendo sometido su mascota, dijo:

—No lo tomes así, le vas a hacer daño. Dámelo, tú le caes mal — dijo y extendió los brazos.

—¿En serio? —respondió James sarcástico—. Qué casualidad, él también me cae mal a mí. —Le entregó el animal, que se acurrucó en sus brazos causando la atención de muchos.

Al ver que no estaba sola, Jade se ruborizó y miró con vergüenza a los presentes, acercándose un poco a James por instinto. Vaya forma de presentarse ante su familia política.

James suspiró y se dirigió al público.

—Familia, les presento a mi esposa, Jade. Jade, ellos son gran parte de mi familia.

Todas las miradas se posaron en ella con curiosidad y Jade solo atinó a sonreír mientras apretaba más al animal contra sí. Eran al menos ocho personas las que estaban frente a ella y eso la ponía nerviosa.

—Jade —dijo una hermosa mujer de cabello caoba como si encontrara algo divertido en su nombre—. ¿Nunca te ibas a poder librar de las joyas? ¿Verdad, James?

James hizo una mueca.

—Eso parece —respondió suspirando—. Bien, creo que haré las correspondientes presentaciones. Jade, ella es Topacio Loughy, actualmente Topacio Hawkings, duquesa de Rutland. —Señaló a la mujer que acababa de hablar y luego advirtió—: No te acerques mucho a ella, es una mala influencia. Tiene una lengua venenosa y es medio bruja.

La mujer rio y Jade también, pues la forma en que lo dijo le había causado gracia y había disipado parte de la tensión.

—¿No exageras un poco? —le preguntó, pero la tal Topacio fue quien respondió:

—Claro que exagera, yo soy un amor de persona, y toda una santa.

Esta vez todos rieron y Topacio los miró con una expresión de fingida indignación. Jade la observó con meticulosidad y se quedó sorprendida de la belleza que desplegaba la mujer. Con su cabello caoba y unos ojos grises que destilaban misterio, la mujer debía alzarse como una flor exótica entre tantas rosas inglesas. No se extrañaba de que hubiera casado a un duque. Sin embargo, lo que más llamó su atención era el brillo cínico que destilaban sus ojos, parecía que disfrutaba, en cierta forma, molestando a los demás o jugando con ellos. Era extraño, demasiado extraño.

—Ella es Zafiro Loughy —continuó James señalando a una rubia sentada un poco más alejada—. Ahora Zafiro Allen, condesa de Granard. Suele ser sensata la mayor parte de las veces, pero tiene los nervios frágiles. No intentes discutir con ella cuando esté molesta al menos que hables francés, italiano, español, latín, alemán, griego o ruso. Con ella si te puedes juntar, pero no tanto porque ahora es una Allen y, como sabes, son la familia problemas. «El que se junta mucho con un Allen, irremediablemente termina en problemas». —citó—. Tampoco te acerques mucho a sus hijos, pues son mellizos Allen... Sabes que, mejor no te acerques a esa familia tampoco —concluyó James después de pensarlo un rato.

Jade contuvo las ganas de reír y observó el semblante ofendido de la mujer. También era bella, una rosa inglesa en toda regla, pero su rasgo más característico eran aquellos ojos azules como la piedra preciosa que portaba de nombre. Era imposible entrar en un lugar sin fijar la vista en esa mirada que brillaba con la sensatez y el sentido común de alguien acostumbrado a actuar bien. Le parecía extraño que

estuviera ligada con los Allen.

—Oh, eres imposible, James —masculló Zafiro y le dirigió una sonrisa a Jade—. No le hagas caso, siempre ha tenido tendencia a la exageración.

Jade asintió en conformidad.

—Ella es Rubí Loughy —siguió James señalando a una pelirroja—. Ahora Rubí...Rubí, ilumíname, ¿cuál era tu apellido?

Topacio y Zafiro soltaron una pequeña carcajada como si la pregunta tuviera un chiste oculto y Rubí las fulminó con su mirada avellana. La pelirroja, no menos hermosa que sus primas, parecía ser víctima de una broma poco agradable.

—Rushfort —respondió cortante.

—Rubí Rushfort, marquesa de Aberdeen. Ella es la menos loca de todas, o eso creo, y tiene frecuentes ataques de histeria. Pero con ella sí te puedes juntar. Y ella —señaló a otra joven rubia— es Duende.

—¡James!

—Digo, es Esmeralda, pero, sabes, yo le digo duende, y no porque se quedó con la estatura de uno, sino que es verdaderamente irritable cuando se lo propone. ¿Te he hablado de ella, no? —Jade asintió—. Bien, con ella también te puedes juntar, pero no te sientes cerca en la cena, la cicatriz de mi hombro es su culpa.

Jade no supo cómo responder y Esmeralda solo sonrió de una forma angelical. Por lo visto, las antiguas Loughy podían clasificarse como unas verdaderas joyas, no solo en belleza, pues la única imperfección de la joven Esmeralda era su estatura, sino también en actitud. ¿En verdad esa cicatriz era su culpa?

—Bien, a parte. Ellos son el duque de Rutland, el conde de

Granard y el marqués de Aberdeen —continuó James señalando a un par de caballeros sentados al lado de sus respectivas esposas. Jade les hizo una reverencia a todos y ellos respondieron con una inclinación de cabeza—. Son los hombres con tan poco sentido común como para casarse con las Loughy, pero viven felices así. Ella —señaló a Angelique— es Angelique Allen, recuerda, no te acerques a ella, es una Allen y eso es igual a problemas.

Jade miró a la joven rubia y esta Angelique solo blanqueó los ojos como si estuviera acostumbrada a la frase.

—Te presentaría a los niños —continuó él—, pero es mejor conservar la paz por unos minutos más, ¿no crees? Además, todavía tengo que presentar a mi hermano y a Rowena —este último nombre lo dijo con un tono algo preocupado.

—¡Rowena! —exclamó Zafiro Allen como si recordara algo, y luego se dirigió a los presentes—. ¿Alguien más se ha dado cuenta que aquí hubo una boda y Rowena no la organizó?

Los presentes se mantuvieron en silencio como si evaluaran la gravedad de la situación. Al final fue Topacio quién habló.

—Jade, espero que tengas un armario lleno de vestidos negros porque no tardarás en enviudar. Rowena lo va a matar.

Jade frunció ligeramente el ceño y se giró hacia James, quien sonrió.

—No te preocupes, no habla en serio —la tranquilizó, pero ni él mismo parecía muy seguro.

—¿No podemos esperar a decírselo? —intervino Esmeralda de pronto—. Yo lo quiero vivo para mi boda.

—¿Te casas? —preguntó James atónito.

—Por supuesto —dijo Topacio—. Todos lo saben, apenas se entere el novio, se realizará la boda.

Todos los presentes, menos Jade, quién no comprendía, rieron, pero Esmeralda se cruzó de brazos en pose defensiva.

—Él vendrá a pedir mi mano —aseguró y eso llamó la atención de todos los curiosos.

—¿En serio? —intervino Rubí animada—. ¿Cómo lo sabes? ¿Te lo ha dicho él?

—Sí.

—¿Cuándo? —inquirió Topacio.

—¿Cuándo vendrá? Hoy.

Era su impresión ¿O había un tono nervioso en la respuesta de la joven? Parecía saber que su prima no se refería a cuándo vendría sino a cuándo se lo había dicho.

—Me refiero a cuándo te lo dijo —aclaró Topacio no dejándose engañar.

—Ayer, en el almuerzo de lady Dartmouth.

La joven se ruborizó, pero antes de que alguien pudiera preguntar algo, una pareja rubia entró en el salón. El hombre debía rondar los cincuenta años y la mujer podía tener poco más de cuarenta. A pesar de las leves arrugas que empezaban a marcar la edad, todavía se podía distinguir la belleza de antaño que debieron atraer más de una mirada.

La mujer sonrió al ver a James, pero frunció el ceño al verla al lado. El nerviosismo que había desaparecido al conocer a las antiguas Loughy, reapareció cuando creyó que tal vez no era de su agrado.

—James... —musitó la dama, pero él la interrumpió.

—¡Rowena! —James le dio un efusivo abrazo como si quisiera predisponerla a su favor—. Qué alegría verte. Tantos meses y sigues igual de hermosa que siempre. Bien, ya que también está aquí mi hermano les presentaré a Jade, mi esposa. —Todo lo dijo tan rápido que no cabía duda de que quería terminar lo más rápido posible con el asunto, pues era probable que después no tuviera el valor.

La tal Rowena miró a James, luego a Jade, nuevamente a James y otra vez a Jade con expresión atónita. James podía decir en su favor que incluso William parecía sorprendido.

—¿Te has casado? —dijo en un murmullo casi inaudible la duquesa y él asintió con cautela—. ¡¿Y la fiesta de bodas?! —Esta vez casi gritó.

James desvió la vista hacia el piso y todos los demás también evitaron mirarla. Todos sabían lo que se avecinaba, y no tardó en llegar.

—¡Te has casado y no ha habido una fiesta de bodas! —volvió a gritar Rowena fulminando a James con la mirada—. ¡Esto es imperdonable! ¡¿Cómo has podido hacerme esto?! —seguía exclamando mientras se abanicaba teatralmente—. Oh, yo... —no pudo decir más, pues en ese momento cayó al piso desmayada.

«Genial», pensó Jade viendo el cuerpo de la mujer caer. La boda sencilla había provocado un desmayo en la mujer, por lo que, inconscientemente, ella era la causante del malestar de la duquesa. ¿Podía dar una peor impresión a su familia política? No lo creía.

Capítulo 22

Los presentes observaron el desmayo de la mujer con tal asombro que demostraba lo preocupado que estaban por ello. Jade había conocido a muchas personas que fingían desmayos para llamar la atención, pero ninguna lo hacía si no había un sillón cerca, por lo que lo de la duquesa sí debía ser algo por lo que alarmarse.

—¿Esto no fue por lo de la boda, verdad? —preguntó James mientras miraba como Rubí le pasaba por la nariz un frasco de sales a la duquesa, que no reaccionaba. Sabía que le esperaba una reprimenda como si hubiera cometido el peor de los actos, pero jamás creyó que se desmayaría.

—¡Claro que no! —respondió Topacio brusca. Él se lo perdonó porque sabía que estaba preocupada—. Debe ser algo más.

—La llevaré a su cuarto —afirmó William tomando sin ningún problema a la duquesa en sus brazos—. Cuando llegue el médico, háganlo subir inmediatamente—ordenó, su voz brusca y autoritaria estaba teñida de preocupación. No cabía duda del gran amor que le profesaba a su esposa.

Justo en el momento en que el duque salía con una duquesa en brazos, el mayordomo apareció bloqueándole el camino. El semblante normalmente adusto y sin expresión del empleado, no pudo evitar ser desfigurado por la sorpresa al ver a lady Richmond desmayada. Tal sería su estado de conmoción que tardó un poco en apartarse del

camino y mencionar a qué había ido.

—El barón de Clifton desea hablar con usted, excelencia.

Jade dio un respingo al escuchar el título del antiguo prometido de su hermana y, a pesar de que las circunstancias no eran las mejores, no pudo evitar preguntarse qué hacía ahí. Según tenía entendido, el barón de Clifton se había vuelto un paria londinense que no era recibido en ninguna casa aceptable.

Cuando el duque le lanzó una mirada suspicaz a Esmeralda y esta asintió con una sonrisa, lo comprendió todo, y no pudo evitar sonreír porque el hombre haya decidido rehacer su vida. Esmeralda Loughy poseía esa vitalidad y alegría que alguien sumido en la mala vida necesitaba para resarcirse.

El duque iba a responder, pero unos quejidos provenientes de la duquesa llamaron su atención.

—¿Qué sucedió? —preguntó la mujer poniéndose las manos en las sienes. Vio a su esposo y frunció el ceño—. Querido, bájame, puedo caminar.

El duque no le hizo caso y se giró al mayordomo.

—Dígale a lord Clifton que en este momento no lo puedo atender, si puede regresar más tarde, o quiere quedarse a almorzar, es bienvenido.

Empezó a caminar con la duquesa en brazos, pero esta se enderezó al escuchar el nombre del barón y miró a Esmeralda.

—¿Lord Clifton? ¿Al fin te va a cortejar, Esmeralda? —preguntó esperanzada, demasiado esperanzada a su parecer.

—Viene a pedir mi mano —aseguró la joven y la duquesa pareció recomponerse de repente, como si esas solas palabras hubieran

obrado magia.

—Oh, William, bágame y atiende al hombre. ¿Cómo lo vas a hacer esperar? —forcejeó hasta que consiguió que él la bajara—. ¿No ves que al fin se va a casar? Anda, anda, yo estoy perfectamente.

El duque masculló algo en voz baja.

—Cuando llegue el doctor, que la revise —ordenó y salió indicándole al mayordomo que mandara al barón a su despacho.

La duquesa chasqueó la lengua y se giró hacia Esmeralda.

—Una boda, esto es maravilloso, querida, al menos esta sí tendré el placer de organizarla —dijo y le dirigió una mirada acusadora a James y a ella; parecía más sorprendida porque su cuñado la haya privado de la boda, que porque la esposa de su cuñado tuviera un zorro en las manos. ¿Eso era bueno o malo?

—Entonces —dijo James queriendo desviar la atención del tema—, ¿te vas a casar con el peor paria de la sociedad? Sinceramente, nunca creí que una escoria como Anthony Price fuera tu tipo de hombre ideal, Duende. Me has sorprendido.

Esmeralda, ofendida, había abierto la boca para defender a capa y espada a su amor, pero, para su sorpresa, y la de todos, Jade se adelantó incapaz de escuchar hablar mal de aquella persona que tan bien se había portado con ellos.

—Él no es una escoria —afirmó con vehemencia fulminando con la mirada a su marido—. Es una buena persona.

Todos la miraron sorprendidos y como sabiendo que pedirían una explicación, se adelantó:

—Él se iba a casar con Susan, mi hermana, antes de que muriera — Su voz se tiñó un momento de melancolía, pero luego se recompuso

—. Incluso después de que esta muriera, siguió ayudándonos cuando la situación... —se calló bruscamente al darse cuenta de que no solo iba a mencionar algo poco grato, sino que acababa de dejar ver el lado bueno del barón que estaba segura de que el hombre deseaba mantener en secreto—. ¡Rayos! Se supone que no debí haber dicho eso, olvídenlo.

Pero estaba claro que ella no conocía a nadie de los que estaban ahí, sino no hubiera pedido semejante absurdo.

—Él pronto será parte de la familia, querida. Puedes hablar con confianza —instó Topacio.

—Sí, habla —apremió Esmeralda.

Jade, al verse acorralada, recurrió a James.

—James...

Puso una cara tan adorable que James no le pudo negar nada. Bien, en realidad, nunca le podía negar nada.

—Ya, déjenla tranquila. No quiere hablar del asunto.

Los presentes hicieron un gesto enfurruñado por tener que quedarse con la duda.

—El hecho es que no es malo. Pero no digan que yo se los dije; en su última carta me dijo algo de una reputación que cuidar —mencionó acordándose de la última vez que se había comunicado con el barón, hace uno dos años más o menos.

Esmeralda rio y Topacio habló.

—El secreto está a salvo con nosotros. Sé que no hay nada peor que perder tu reputación.

Esta vez, todos rieron.

—Bien —dijo la duquesa alegre—. Ahora solo quedas tú, Angelique, creo que podremos... —Una tos por parte de Zafiro intervino su futuro discurso.

Zafiro y su esposo miraron a Angelique, quien después de asentir, le hizo una seña a Julián para que hablara por ella.

—Lord Coventry vino esta mañana a pedir su mano —dijo el conde sin poder contener la alegría, al parecer, tenía especial interés en librarse de su hermana—. Por supuesto, se la di. No hay nada que desee más en este mundo que verla casada, aunque si me preguntan, hubiera preferido que se casara con alguien que no fuera el vecino, alguien que viviera más lejos. Un escocés hubiera sido bueno, pero es mejor que nada...

El conde debía agradecer que su hermana estuviera lejos de él, porque se veía que tenía ganas de golpearlo.

—¡Maravilloso! ¡Dos bodas! —lady Richmond parecía haberse recompuesto por completo y ahora andaba de un lado a otro del salón, su mente empezaba a idear todos los detalles—. Tienen que darme al menos dos meses —señaló—. Rubí y Topacio se casaron demasiado rápido; estas tienen que ser unas bodas esplendorosas. Buenos músicos, un buen banquete...

Ella seguía paseando, y Esmeralda y Angelique se dedicaron una mirada en donde se decían que ninguna de las dos quería esperar dos meses para la boda, pero tampoco se atrevieron a contradecir a la mujer que acababa de sufrir un desmayo por haberse perdido aparentemente la organización de una.

—¡Los vestidos! Hay que mandar a encargarse los vestidos desde ahora. ¿Qué tal un verde pastel, Esmeralda? Creo que te quedaría muy bien. Angelique, podrías usar un amarillo...

La mujer siguió parloteando y yendo de un lado a otro, mareando a los presentes.

—Es muy importante que decidan la fecha, así podemos mandar a elaborar las invitaciones...

Tan concentrados estaban todos en las idas y vueltas de Rowena que Jade no se percató cuando el zorro se escapó de sus brazos y fue a darle la bienvenida a los recién llegados. No fue hasta que se escuchó un «Oh, no, tú no» que miraron a la puerta.

El duque y Anthony acababan de entrar, y el animal, reconociendo el rostro del que antes iba a formar parte de la familia, se había colocado a los pies de Anthony y no parecía tener intención de moverse.

—Jade, quítame a esta criatura de encima.

Mascullando algo de «¿Por qué nadie lo quiere?» se apresuró a hacer lo pedido, u ordenado, mejor dicho.

Volvió a coger al animal en brazos y le dirigió una sonrisa a Anthony.

—Buenos días, lord Clifton. También es un placer volver a verlo — dijo irónica haciéndole saber que su «Jade, quítame esta criatura de encima» no era lo que se esperaba por un saludo.

Anthony no respondió, solo masculló algo en voz baja que sonó como una maldición.

—Qué casualidad verte aquí...

—Me casé —explicó ella y señaló a James—. ¿No es maravilloso que sin saberlo terminamos perteneciendo a la misma familia?

Anthony le dirigió una mirada a toda la familia y luego una

mirada a Esmeralda, que parecía acusadora. Ella solo sonrió.

—Oh, lord Clifton —dijo lady Richmond alegre— estábamos hablado de la boda. Creo...

La mujer se interrumpió cuando el mayordomo entró e informó que el médico había llegado. Como niña pequeña, la duquesa se cruzó de brazos y elaboró su mejor gesto enfurruñado afirmando que ella se sentía bien, pero si ella era terca, el duque, normalmente de pocas palabras, también lo era, así que a mala gana terminó saliendo de la habitación.

No dispuestos a iniciar el almuerzo sin la duquesa, la familia se quedó en el gran salón hablando de temas triviales.

Esmeralda se sentó al lado de Anthony y no se le despegó. Las miradas de adoración que le dirigía al hombre no le pasaron disimuladas a Jade, quién sonrió interiormente. Sí, ella lo quería, comprobó y, por lo visto, él también, pues en ocasiones le regresaba las miradas.

James, por su parte, a pesar de saber ahora que era ese amor que Esmeralda siempre pregonaba, no terminaba convencido de que el peor paria de la sociedad londinense se haya regenerado. Teniendo como le tenía un especial cariño fraternal a Esmeralda, no soportaría que ella se llevara una desilusión y, aunque toda la familia parecía haber aceptado al barón, él tenía sus recelos de hermano mayor.

—Deja de mirarlo con el ceño fruncido —le regañó Jade a su lado en voz baja—. Ya te dije que él es una buena persona.

Ambos estaban en el rincón más alejado de salón, donde tenían una vista privilegiada de los demás.

—¿Segura? —preguntó James con recelo.

—Sí.

Él frunció el ceño, pero ya no tanto por temer por el corazón de su casi hermana, sino porque su esposa defendía con mucha vehemencia al hombre.

—Pareces tener fiel confianza en él —masculló sin poder ocultar sus celos.

Ella sonrió.

—Ya lo dije, se iba a casar con mi hermana.

—Sí, pero de eso ya hace muchos años. Cariño, has estado en el campo todo este tiempo, no sabes qué clase de vida se ha dedicado a llevar.

—Me doy una idea —aseguró Jade—, pero confía en mí, él es bueno. Recuerda lo que te conté. —Él asintió recordando la historia de cómo los había ayudado todos esos años—. Por eso puedo afirmar, sin temor a equivocarme, que él es una buena persona. Solo que no le gusta que las personas se enteren. Ahora, deja de mirarlo con el ceño fruncido y deja que sean felices, se ve que están enamorados —ordenó y acarició al animal para que volviera a recostarse en su regazo.

James trasladó su ceño fruncido de Anthony al zorro.

—Podías haberlo dejado en el campo —farfulló malhumorado.

—Si lo hacía, mi madre se hubiera deshecho de él. Te lo dije —protestó.

—Maravilloso —conjeturó James—. No veo el problema.

Ella lo fulminó con la mirada.

—Sabes lo que le debo a este animal, no pienso abandonarlo a la intemperie y dejarlo a merced de los cazadores, sobre todo sabiendo

que ya no puede defenderse como antes.

James masculló algo en voz baja, pero no respondió, pues, muy en el fondo y, aunque nunca lo admitiría en voz alta, le caía bien el animal.

La conversación cesó de pronto y todos dirigieron su vista al médico que acababa de entrar.

El médico se aclaró la garganta y después de mirar a todos los presentes con expresión neutra, dijo:

—La duquesa se encuentra perfectamente, es solo que... —calló un momento como si no supiera como dar la noticia— está embarazada.

Poco faltó para que todos en el salón se quedaran con la boca abierta. La noticia pareció vagar por cada uno de los cerebros y era tan increíble que nadie pudo formular palabra. Jade también estaba sorprendida. ¿Podía una persona de esa edad embarazarse?

El doctor, pensando que el silencio se debía a que precisaban más información, siguió hablando.

—Este es un caso poco común —admitió el hombrecillo calvo— pocas mujeres a la edad de la duquesa son capaces de concebir, pero no es imposible. Mi recomendación es que se mantenga lo más tranquila posible, que no se agite, que no reciba emociones negativas y que descanse la mayor parte del tiempo. Cuando el embarazo se empiece a notar, será mejor que solo salga de la cama si es indispensable, pues, como dije, es un caso poco común y también un tanto... riesgoso.

—¿Riesgoso? —bramó la voz del duque preocupado.

El doctor pareció incómodo ante el tono.

—Bueno... su excelencia pasa por poco los cuarenta. No estoy

diciendo que sea vieja ni mucho menos, pero no es una edad común para tener hijos. Puede haber unas pocas complicaciones más que si se tratara de una mujer más joven, pero si se siguen mis indicaciones, todo puede salir perfectamente.

Al ver que todos seguían sin poder decir nada, el doctor murmuró una disculpa y se retiró.

Pasaron al menos dos minutos hasta que, casi al mismo tiempo, las personas de la habitación empezaron a gritar vítores. Solo el duque, normalmente controlado, parecía no poder creerse aún la noticia.

—Vamos, hermano, reacciona —le dijo James casi sacudiéndolo—, ve a ver a tu esposa. Vamos todos.

—Sí, vamos— instó Topacio siendo la primera en levantarse—. Ustedes quédense aquí. —Señaló a los esposos y a Anthony—. No entraremos todos.

Dicho eso, las Loughy, seguidos de un conmocionado William, y de un entusiasta James fueron hasta la habitación de la duquesa. Angelique y Jade prefirieron quedarse en el salón junto con los caballeros.

Se formó un silencio tensó que se rompió cuando de la habitación del salón de al lado se abrió una puerta y una joven castaña, de no más de trece años, entró en el salón.

—¿Por qué tantos gritos? —preguntó refunfuñona—. ¿Tan emocionados están por la boda de Angelique? —Miró a la joven que le dirigió una mirada de advertencia, pero esta, tomándose como un reto, sonrió—. En verdad debía considerarte un caso perdido si se alegraron tanto.

Angelique Allen iba a responder, pero su hermano se adelantó presentándosela a ella y a Anthony como su hermana, lady Clarice.

La joven hizo una perfecta reverencia a lord Clifton y, cuando se giró hacia Jade, sus ojos quedaron fijos en Harry.

—¿Eso es un zorro? —preguntó asombrada mirando al animal. Cuando Jade asintió, preguntó—: ¿Me lo regalas?

—¡No! —las exclamaciones unísonas de ella y el hermano de la joven, el conde de Granard, hicieron que esta hiciera un puchero.

—Debo suponer que, si pregunto si puedo tener uno, la respuesta será la misma. —Miró a su hermano con rencor, pero luego se encogió de hombros—. Bien, regresaré con los niños.

—¿No te cansas de enseñarle malas mañas a nuestros hijos? —inquirió el duque de Rutland, esposo de Topacio, en tono burlón.

Por el semblante del hombre, Jade podía afirmar que era de ese tipo de personas que siempre vivían sonriendo y le buscaban el lado bueno a todo.

—¿Yo? —la joven mostró una sonrisa tan inocente que era difícil no creerle—. Jamás haría tal cosa.

El duque de Rutland intercambió una mirada con el marqués de Aberdeen, esposo de Rubí, y este miró a Clarice arqueando una ceja.

—¿Ah, no? ¿Debo suponer entonces que el truco que usó Charlotte para correr a la institutriz la semana pasada fue de su invención?

—Sí —dijo ella cada vez más ofendida—. Yo no tengo la culpa de que se hayan juntado con las Loughy. —Lanzó una mirada a Jade y luego a Anthony y sonrió—. ¿Pueden creerlo? Se unen con ellas y luego quieren echarme la culpa a mí de las actitudes de sus hijos, como si fuera una mala influencia.

Anthony pareció entender a qué se refería, pero Jade no logró

captarlo del todo. ¿Por qué parecía insinuar que la sangre Loughy bastaba para que una criatura saliera mal portada?

El duque de Rutland soltó una carcajada y miró a la joven con admiración.

—¿No quieres irte a vivir con nosotros? A Topacio le encantaría tenerte en casa.

—¿Dónde tengo que firmar? —preguntó el conde con una emoción que sorprendió a Jade. ¿Acaso ese hombre no quería a sus hermanas?

Lady Clarice sonrió.

—Me gustaría, pero hacerlo significaría hacerlo feliz a él —señaló al conde— ¿Qué clase de hermana sería yo si lo hiciera feliz? Sería renegar del propósito por el que he venido a este mundo.

Todos, menos el conde, rieron, y la joven, conforme con sus reacciones, desapareció por donde había entrado.

Jade negó con la cabeza ante la extraña escena y con Harry en brazos, se acercó a donde estaba lord Clifton y se sentó a su lado. Desde la muerte de su hermana no había visto al hombre, pero no había cambiado en absoluto. Seguía poseyendo ese abundante cabello castaño y esos ojos ámbar que le daban la impresión de un depredador en busca de una presa. Sus facciones se habían endurecido un poco, como si hubiera pasado por muchas penas después en esos años, pero en ese momento estaba relajado, dando la apariencia de alguien que se ha quitado un peso de encima.

Alzando la cabeza para poder mirarlo a los ojos, ya que el hombre era demasiado alto para mal de muchos, Jade le sonrió y él le retribuyó la sonrisa.

—Ha sido una verdadera sorpresa encontrarte por aquí —le

comentó en voz baja, aunque ninguno de los otros presentes le prestaban atención, pues habían iniciado una conversación entre sí.

—Pero si la sorpresa me la he llevado yo —protestó el barón y con tono irónico dijo—: No creí que lo primero que me recibiera al entrar al salón fuera ese horrendo animal. —Echó un vistazo al zorro y Jade lo fulminó con la mirada. Lo hubiera golpeado si no supiera que él bromeaba, y en verdad esperaba que bromeara.

Harry, sabiendo que hablaban de él, lanzó una mirada de advertencia a Anthony quién se la devolvió. Ambos ojos, casi del mismo color, parecieron verse envueltos en una batalla hasta que Harry desistió y volvió a bajar la cabeza.

—Me alegra que te hayas casado —habló Anthony recostándose en el asiento—. Te lo mereces, Jade. ¿Cómo está tu familia?

Ya que en ese momento estaban bien, Jade no consideró que mentía cuando respondió.

—Perfectamente. Gracias. También me alegro de que te hayas comprometido. Esmeralda Loughy parece ser una joven adorable.

Él le lanzó una mirada que podía jurar que era de incredulidad, como si hubiera dicho una barbaridad. Al final, pareció darse cuenta de que había demostrado demasiado asombro, porque volvió a su semblante inexpresivo cuando respondió:

—Creo que eso depende de la definición que tengas de «adorable».

Jade arrugó ligeramente el ceño sin comprender.

—¿Qué quieres decir? ¿No es acaso una persona tranquila, educada, sensata y agradable?

Anthony la miró brevemente, pero cuando respondió, sus ojos estaban en el techo.

—Creo que puedo decir que es educada, hasta cierto punto.

Jade no estaba entendiendo. ¿Acaso estaba dando a entender que Esmeralda Loughy no era lo que parecía? ¡Pero si tenía la apariencia de un ángel!

—Tal vez esto suene indiscreto, pero... ¿cómo terminaron comprometidos?

Anthony no la miró, pero sí dejó ver una sonrisa resignada.

—No tengo ni la menor idea.

Jade abrió y cerró la boca diciéndose que ya se había metido demasiado en asuntos que no eran de su incumbencia. No obstante, como si algo pareciera querer saciar su curiosidad, Anthony la miró y dijo:

—Ella es una persona maravillosa. Pero yo no la describiría precisamente como sensata y tranquila. Quizás agradable, cuando no está exasperándome la paciencia. Pero maravillosa, en fin, quizás precisamente por ello.

Jade sonrió y no necesitó más para saber que el barón de Clifton había encontrado a su talón de Aquiles.

La duquesa y los demás regresaron pronto. James tenía los ojos rojos, como si hubiera llorado, pero solo porque en su rostro se dibujaba una verdadera sonrisa, no se preocupó.

Durante el almuerzo, la joven comprendió varias cosas. La primera, por qué James estaba temeroso de presentarle a su familia, y la segunda, por qué siempre había afirmado que ella no era rara, pues todos los que estaban ahí sentados consigo distaban mucho de ser normales. Que no se malentienda, a Jade le cayeron de maravilla todos, pero no podía dejar de admitir que ese almuerzo fue uno de los

más extraños que presencié en su vida. También comprendió por qué Esmeralda Loughy no podía calificarse como «adorable» y es que la joven parecía tener una rara manía de amenazar con los cubiertos.

—Hiciste bien en casarte antes de traerla —comentó en mitad del almuerzo Topacio tomando un sorbo de su limonada—. Por su cara, creo que la hubiéramos espantado antes de la boda.

James le dirigió una sonrisa a Jade y esta se sonrojó preguntándose qué cara había puesto. Pero es que, vamos, no se veía todos los días a una joven de clase alta amenazar con un cuchillo a su esposo después de que este le jugara unas cuantas bromas.

—Espero, Esmeralda, que hayas asegurado bien al barón. Este todavía puede arrepentirse.

Esmeralda le lanzó una mirada a Anthony casi esperando que lo negara, pero este, viendo la oportunidad de molestar un poco a la joven, no dijo nada. Ella lo fulminó con la mirada y se giró a Topacio.

—Nos casaremos —afirmó a su prima sonriendo.

—Ya lo sé, querida, vienes afirmado eso desde hace como dos meses.

Anthony miró a la duquesa de Rutland, esperando que aclarara eso, pero esta solo se limitó a sonreír y cambiar de tema diciendo:

—A menos no invitamos a lord Conventry o Angelique también se queda sin pretendiente y Rowena sin bodas.

Como si la sola palabra le trajera los recuerdos, la duquesa de Richmond volvió a dirigirles una mirada de reproche a James y a ella. Jade se limitó a desviar la mirada.

James consiguió ágilmente desviar el tema de las bodas y el resto del almuerzo pareció transcurrir de forma agradable. Jade descubrió

por qué James le había dado el anillo y el gesto que en aquel momento le pareció hermoso, aumentó su valor hasta que no hubiera palabras para describirlo. Todas las antiguas Loughy tenían un anillo como la piedra representativa de sus nombres y cuando vieron el suyo, podría decirse que le dieron la bienvenida a la familia.

Después del almuerzo, salieron un rato al jardín y los niños jugaron entre sí. Según recordaba, cada Loughy tenía dos hijos. Los de Topacio eran Tamara y Albert; los de Rubí Charlotte y Mathew; y los de Zafiro, los mellizos Marian y Chase. Las criaturas, que al principio había considerado adorables, no tardaron en demostrarle que en realidad distaban mucho de serlo, pues debían ser los niños más inquietos y traviosos de toda Inglaterra. Aun así, Jade no pudo evitar sonreír al verlos interactuar con los otros y sus padres. Podía notarse a distancia el cariño que, a diferencia de muchos padres del reino, estos les profesaban a sus hijos, así como también era bastante obvio el amor que cada pareja tenía por sus cónyuges, lo que le recordó que ella no le había confesado a James su amor. De pronto la idea se volvió inaceptable. ¿Cómo no lo había hecho aún? ¿Cómo no le había confesado al hombre que había robado su corazón, que lo amaba? Quizás esas dos palabras no fueran suficientes para expresar la magnitud de sus sentimientos, de lo que albergaba en su corazón, pero debía decírlas porque jamás estaría tranquila si no lo hacía.

La noche llegó e instalada en la que antes era la habitación de James, Jade se encontraba tendida en la cama completa y absolutamente desnuda. Con una sonrisa pícaro en los labios, esperó a que su esposo se decidiera a entrar. Cuando lo hizo, su vanidad aumentó varios niveles al ver que los ojos de él se oscurecían y se fijaban en su cuerpo con un brillo que no podía ser otra cosa que deseo.

—Dios mío —murmuró con voz ronca— unas horas con ese par de locas y ya te han corrompido.

Jade rio y se incorporó en la cama dejándole una buena vista de sus senos a su disposición. Los ojos de él vagaron por ellos y ella pudo observar cómo su respiración se aceleraba.

—Lo que sucede, lord James, es que esta noche estoy decidida a volverlo mi amante.

—¿Ah, sí? —inquirió él siguiéndole el juego mientras se acercaba y sus ojos azules la devoraban con la mirada.

—Sí, y no pienso desistir hasta lograrlo.

Él se deshizo de las botas por el camino junto con el frac y el chaleco. Se arrodilló en la cama frente a ella y la atrajo hacia sí.

—No creo que eso vaya a costarle mucho trabajo, señorita Kingsley —susurró en su oído pasando la mano por su espalda y acariciándola hasta llegar a sus glúteos.

—¿No? —ella imprimió un tono de voz decepcionado—. Es una lástima, y yo que tenía todo perfectamente planeado.

Él besó su cuello y ella empezó a desabrochar los botones superiores de la camisa.

—No importa —susurró contra su piel y causó que esta se erizara.

—James... —jadeó ella cuando una de sus manos tomó posesión de sus senos—. Tengo que decirte algo.

—Umm —masculló él con sus labios ocupados en la clavícula de ella.

—Yo... yo también te amo.

Esa simple frase consiguió captar toda la atención de él, que dejó

momentáneamente lo que estaba haciendo para verla a los ojos y comprobar que acababa de escuchar lo que acababa de escuchar.

—Te amo —repitió ella contra su boca—. Tenía que decírtelo. No estoy segura desde cuándo, tal vez cuando empecé a buscar justificaciones para tu comportamiento del primer encuentro, o quizás cuando te materializaste como ese ángel que quiso salvarme no solo de mis problemas personales, sino de los internos. Tal vez ahí te colaste dentro de mí sanando todas y cada una de las heridas que creí que permanecerían abiertas como recuerdo y lección. Derrumbaste todas las barreras y acabaste con los peros que te ponía demostrándome lo importante que era para ti, y solo por eso, te volviste importante para mí. Fui incapaz de sacarte de mi mente a pesar de decirme que no era del todo buena para ti. —Lo besó brevemente antes de seguir—. Te amo, James, solo quería que lo supieras.

Con las palabras haciéndole eco en los oídos, James no pudo hacer más que quedarse observándola maravillado. Nunca había querido presionarla para decir esas tan anheladas palabras, pero, ahora que las escuchaba, se le hacía difícil comparar la alegría sentida con algún otro momento de su vida. Era difícil comprender cómo dos simples palabras podían calar tan hondo y hacerle dar un vuelco de alegría al corazón.

—Jade... —susurró—, mi querida Jade. Es sorprendente como al final lograste salirte con la tuya.

—¿A qué te refieres?

—Conseguiste volverme tu amante. Conseguiste que me volviera amante de tus besos, de tu cuerpo y de tu alma. Lograste que fuera amante de todo aquello que representas y en el proceso, cariño, te llevaste también mi corazón.

Incapaz de decir todo lo que sentía en palabras, Jade se limitó a besar sus labios. Amando su sabor, amando su calor y amándolo a él, porque, después de todo, ella también se había vuelto amante de su persona y de su ser. Ambos habían caído, sin saberlo, en aquella red llamada amor que el destino tejía para las personas merecedoras de él. Un amor por siempre duradero, ya que sus almas habían sido atadas y el corazón de cada uno de ellos era y sería, para toda la eternidad, amante del otro.

Fin

Catherine Brook es el seudónimo bajo el que escribe esta joven autora venezolana. Estudiante de arquitectura, disfruta del romance desde que tiene uso de razón. Siempre le han gustado las novelas con final feliz y fue después de leer *Bodas de odio*, de Florecia Bonelli, que se enamoró del género histórico y todas sus autoras. Cuando se le presentó la oportunidad de publicar en *Wattpad*, jamás se imaginó tal aceptación y, gracias a ello, ha dado rienda suelta a esta pasión, pues en su opinión, no hay nada mas mejor que una bella historia de amor con final feliz.

Edición en formato digital: enero de 2019

© 2019, Catherine Brook

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17606-10-7

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial